

LOS JARDINES DEL CIELO
EXPERIENCIAS DE UNA GUERRILLERA

Por Pola Augier

**para mis hijos
José y Carlos**

**para Pablo, el hijo de Yoli:
a través de él, a todos los
jóvenes hijos de desaparecidos y niños secuestrados en Argentina**

INDICE

INTRODUCCION	Error! Bookmark not defined.
Bienvenida	1
No le ponés la gotita de amor que yo le pongo.....	6
Las primeras escaramuzas.....	16
¿Cómo está mi hijo? ¿Es normal?.....	24
El exilio para un reencuentro	28
Buscada	34
Clandestinos dentro de los clandestinos	40
¿Qué está sucediendo?	50
Un beso grande para Josecito.....	57
No es cierto ¿verdad? No es cierto	63
La policía tal vez pueda ayudarla. Lo siento señora	71
Pequeño burguesa, pequeño burguesa	77
Quiero ver a José.....	85
Parece que es cierto. Vas a tu provincia	95
Vamos a la calle con las mechas al vuelo	100
Soy yo	107
Hijita, Bussi no es tan malo	116
Nunca conocí al Che	122
Mete bombas.....	126
¿Este tren, llega directo a Tucumán?	131
Mové un poco el culo, che	135
Mañana las cosas serán diferentes, niña	141
Llegamos.....	149
La culpa y el miedo.....	155
El abuelo Alfredo.....	158
Abuela: ¿Qué son las nubes?	168

Bienvenida

Llegaron a las seis de la mañana al aeropuerto internacional de San Pablo. Carlos estaba agotado, no había pegado un ojo en toda la noche a pesar de lo tranquilo que resultó, echando por tierra sus predicciones, el vuelo desde Méjico. Tenían que esperar aproximadamente tres horas para tomar la conexión a Buenos Aires.

Él se tiró en una butaca, no muy cómoda, de una de las salas de espera del moderno aeródromo. Ella lo miraba con una sonrisa comprensiva en su rostro, tratando de transmitirle tranquilidad, sintiendo que el viaje se le estaba haciendo demasiado largo. Él observaba, a través de los grandes ventanales de vidrio, a la gente que pasaba para tomar un vuelo u otro.

No estaba lo suficientemente ansiosa como lo requeriría la situación, teniendo en cuenta su personalidad eléctrica. En los momentos tensos y difíciles experimentaba un desdoblamiento de sí misma y lograba verse en el tiempo, en el futuro, describiendo la situación como si esos instantes se ubicaran en una dimensión que no le pertenecía. Eso le permitía conservar una calma prestada y ajena.

Después de casi veinte años, como el tango, regresaba a su país. En ese instante, en ese escenario desconocido, no era ella la que estaba, aunque sí era su hijo el que intentaba acurrucarse para dormir inquietamente. Todas sus facultades y sentidos se centraban en el deseo de que Carlos lograra descansar: eso era lo importante. Momento de no pensar, de evadirse del temor que le producía el regreso. No era únicamente el miedo a la integridad física de ellos; contaban además, el estado de ánimo de José y sus sentimientos, sus incertidumbres, esperando llegara y ver salir hacia él, desde los recovecos de la estación aérea, a su madre y hermano. Faltaban algunas horas y ninguno estaba seguro de lo que sucedería. José en Buenos Aires, ellos en San Pablo.

No sabía si lloraría o reiría, si recordaría o todo le resultaría extraño, si la dejarían entrar al país sin problemas o inventarían algún intrincado trámite legal para enviarla de regreso a Brasil o para encarcelarla bajo cualquier pretexto. No sabía. Las dudas la desesperaban; anhelaba ansiosamente que fuera el día siguiente. Era un arco iris de posibilidades y desconfianzas, un insoportable arco iris sin colores. No debía pensar, no podía ser ella en ese lugar porque probablemente no tendría el valor de tomar el vuelo a Buenos Aires, especulando sobre el posible riesgo, no sólo para ella, sino también para quienes más amaba en el mundo, sus hijos.

Carlos logró dormirse recostando su cabeza de adolescente en la mochila y sus pies en los patines, para que a nadie se le ocurriera robárselos. Los cargaba desde Nicaragua: eran el regalo de Navidad de su padre y el tesoro máspreciado por el momento. Patines inmensos, negros, violetas y celestes, de una sola hilera de ruedas. Definitivamente llamaban la atención, no sabía si por los colores o porque las personas pensaban cómo se le ocurría hacer semejante viaje con ellos en la mano. Gran parte de la preocupación de Paula se centraba en esos botines deslizadores; no quería imaginar lo que pasaría si se los robaban o perdía. Habían viajado desde Estados Unidos a Nicaragua, de Nicaragua a Méjico, de Méjico a Brasil y, esperaba, llegarían sanos y salvos a Argentina.

Los colegas de trabajo, quienes conocían del viaje y la necesidad de retornar a su país, la alentaron. Sus familiares dejaron ver sus temores. Trataron de hacerla reflexionar para que desistiera. Todos habrían respirado aliviados si eso hubiera sucedido. Cuanto más discutía con ellos sobre el propósito, cuanto más difícil se la ponían, más reafirmaba su decisión. Su madre siempre decía que no había mejor manera de lograr que Paula hiciera algo que sugerirle lo contrario.

El letrero luminoso del aeropuerto indicaba el vuelo y su horario. Saldría muy puntualito. A Paula, volar, desde que nació José, le producía pánico. Si lo hacía con alguno de sus hijos, el temor se duplicaba. Intentó pensar únicamente en las dos horas que restaban. Carlos y ella estarían en el aire, dentro de un aparato infernal, en manos de un desconocido sobre cuya

pericia para pilotear la nave no tenía ninguna certeza. Buenos Aires aún era una lejana nebulosa en su pensamiento.

El viaje había sido pospuesto, luego de que cayera la dictadura y asumiera Alfonsín, por varias razones. Siempre hubo un motivo o un pretexto; uno de ellos, una orden de captura del Batallón 601 del I Cuerpo de Ejército, vigente en el gobierno de Alfonsín. En esta ocasión existía, para aquellos que no la conocían lo suficiente, casi todos, un motivo de mucho peso: la detención de Gorriarán poco tiempo antes de la fecha en que estaba previsto el viaje. Exclusivamente los más cercanos conocían de sus discusiones con ese hombre, las que llegaron a ser grandes peleas que necesitaron la intervención de terceros para no pasar a más.

Hacía años que no tenía contacto con él. El distanciamiento se agudizó al tomar Paula conocimiento de lo sucedido en La Tablada. El dolor y estupor que semejante locura le habían causado intentaron buscar una explicación: la encontró en el egocentrismo exacerbado que caracterizaba al personaje. Dentro de la organización, había sido protagonista reiteradamente de actos irresponsables, lejos del marco proporcionado por la mística que los rodeaba.

Que él estuviera preso no la alegraba, aunque ciertamente le daba tranquilidad. Lo consideraba capaz de cualquier artimaña para ser noticia, lo que podía ser peligroso, no sólo para la gente hoy cercana a él, sino para cualquiera que alguna vez lo hubiera estado.

Por su experiencia personal no tenía dudas de que los servicios de información de su país, quienes siempre habían demostrado saber más de ellos que ellos mismos, tendrían noticias frescas de su condición con el grupo de Gorriarán.

Hicieron el primer llamado para el vuelo. Carlos, todavía amodorrado, compró una gaseosa. Ella se asomó al pasillo para llamarlo. El contestó con un gesto de ya voy. En esos años, para llegar a Argentina desde Nicaragua en una empresa aérea más o menos fiable, sin pasar por la capital del plástico, Miami, la posibilidad más cercana era subir hasta Méjico.

Desde que dejaron el aeropuerto de Managua lo único que hicieron fue abrir la boca: no podían creer lo que costaban las cosas. Siempre pensó que Carlos sería el empresario de la familia, se destacaba por su sentido del ahorro y el gusto por las buenas cosas. Hasta el momento, se había negado rotundamente a comprar nada, deducía que le estaban robando. Pero, en su cansancio por tantas horas de vuelo, confusión, emoción y sueño, claudicó: pagó dos dólares por un medio vaso de Coca Cola aguada.

Se montaron al avión que voló prácticamente vacío. El personal de a bordo los atendió como a las apuradas, recostándose prontamente en los asientos desocupados y olvidándose, por suerte, de los pasajeros. Carlos durmió, profundamente, por primera vez en todo el viaje. Paula cruzaba los dedos y hacía esfuerzos por mantener la mente en blanco. A las dos horas, la voz metálicamente sonriente dijo: "En unos minutos estaremos aterrizando en la ciudad de Buenos Aires".

No era Paula quien bajó de ese avión. Las piernas de una intrusa la conducían por los pasillos de Ezeiza con su hijo al lado. En una curva, de frente, el cartel de Migración. Algunas personas delante de ellos sirvieron de colchón preparatorio. Ansiosa, observaba los mínimos movimientos del empleado que revisaba la documentación. Intentaba encontrar en él un gesto que le indicara algo. Aparentemente, ella no existía para tal personero. En una mano llevaba los pasaportes de los dos y en la otra, aferrados enérgicamente, los famosos patines viajeros. Cuando le tocó el turno, el funcionario la saludó amablemente, extendió la mano para recibir los documentos y bajó la vista para constatar. Los inspeccionó, chas, chas, selló y, con una sonrisa que le supo muy natural, lo escuchó decir: "Bienvenida", haciendo señas para que pasara el siguiente. No sabía si reír o llorar.

Carlos la sacó de dudas con su contundente sentido práctico nicaragüense: "Esperemos que las maletas hayan llegado". Por unos minutos pasó a ser su preocupación, aunque las encontraron más rápido de lo que esperaban. Las colocaron en un carrito y salieron, tratando de ubicar el rostro de José. Al descubrir la sonrisa resplandeciente de su hijo mayor, Paula corrió a abrazarlo llorando y, sin percatarse, cometió un colosal sacrilegio: dejó caer de sus manos, que

aún los sujetaban, los patines de Carlos, que golpearon estruendosamente sobre el piso del aeropuerto. Ofendido, su hijo menor no permitió que su madre los volviera a tocar y, en el transcurso de varias horas, no habló. No imaginaba cómo había sido capaz de cometer semejante traición solo por abrazar a su hermano mayor en un país desconocido.

Envuelto con sus brazos a José, Paula vio la sonrisa y ojos acuosos de Facundo, hermano de Jorge Benito Urteaga, su compañero - Mariano dentro del partido - quien, al desaparecer, dejó en Paula el vacío inmenso del amigo, el compañero y el amado, que marcó para siempre los tiempos de ella.

No le ponés la gotita de amor que yo le pongo

Esa gran ciudad que veía después de tantos años, mientras se desplazaba por sus calles en el auto de Facundo, le resultaba totalmente extraña. En realidad, siempre lo fue.

Cuando llegó a Buenos Aires por primera vez, estando en el partido, le resultó inhóspita, agresiva, distante e inalcanzable. Supo que nunca podría sentirla. No había conexión entre ellas. Desde el primer momento tuvo una acentuada predisposición en su contra. Era la época en que, en la organización, tenía mayor auge la mística impuesta por el Comandante Santucho, la de los militantes prácticos, austeros, de entrega sin límites, de una fidelidad religiosa, de un valor a toda prueba, de sinceridad y compañerismo; características que ayudaron a forjar muchachas y muchachos como hombres y mujeres transparentes, convencidos que su lucha sería en bien de los desprotegidos, sensibles ante una injusticia, un niño descalzo o un anciano mendigo, implacables con quién consideraban no pensaba como ellos. Esos valores, explicable e inexplicablemente, agudizaron la altanería, la soberbia y la pedantería que padecían la mayoría de los jóvenes que consideraban haber encontrado su verdad.

La enviaron a Buenos Aires, entre un grupo de militantes, a reforzar el partido. La tropa del interior prácticamente "intervino" a esa regional y prolongó la estructura mental fascista de la sociedad argentina de la que tampoco se libraban los de izquierda. La consigna se cimentaba en "mover" a los porteños, quienes, para ellos, eran "pequeños burgueses" miedosos, incapaces de desarrollar la lucha armada y, supuestamente, con tendencia a intelectualizar la práctica. Para los militantes de la gran urbe, los recién llegados, eran los campesinos voluntaristas.

En los primeros días la alojaron en la casa de un psicólogo, simpatizante del partido, quien, a pesar de todos los estereotipos que la precedían, trató con mucho respeto y comedimiento a la tucumana. La levantaba todas las mañanas con La Internacional, nunca

supo si por convicción o sarcasmo. Teniendo en cuenta que se trataba de un porteño, pensaba ella, lo más probable era lo segundo.

Santucho, el máximo dirigente de la organización, estaba preso en Rawson. El responsable del partido "afuera" era Mariano, quien, contradiciendo las ordenes del jefe de enviarla a Rosario, donde habían tenido lugar las primeras operaciones militares de relevancia de la organización y que se adaptaba mejor a su experiencia, utilizó todos los subterfugios posibles para retenerla en la capital.

Las estructuras del partido dieron infinidad de vueltas para resolver dónde estaría destinada. Le pasaron citas y contra citas, vio a un compañero, a otro, aunque nunca se concretaba nada. Al final, se quedó a trabajar con Mariano sin tener muy en claro lo que hacía. La magia del poder, aún en mínimas cuotas y practicada por los hombres como un elemento cotidiano más, se presentaba sigilosamente, subyugando a la desprevenida. Comenzó a estar solapadamente bajo su protección convirtiéndose en su compañera. Esto la transportó a otra categoría y perdió su identidad desapercibidamente. Esta condición no se adaptaba a su carácter pero, por el amor que sentía, condescendió a que las cosas sucedieran así sin intentar modificarlas.

Mariano era diferente a ella. Tranquilo, siempre de buen humor, le gustaba juntarse con los compañeros y que algunos vinitos le refrescaran las anécdotas. Tocaba la guitarra y cantaba. A Paula la sorprendía esa forma relajada de actuar, habituada al ostracismo y costumbres de asceta impuestas dentro del partido, especialmente en el norte, propiciados por el letargo de las tradiciones provincianas. Mariano cocinaba un guiso de mondongo exquisito. Ella, intentaba hacerlo igual. Aunque siguiera con puntillosa exactitud todos sus pasos, nunca lograba el mismo resultado. El le repetía: "Es que vos no le ponés la gotita de amor que yo le pongo". Y tenía razón: aborrecía cocinar.

No podían casarse legalmente, los dos eran clandestinos. Una tarde de smog, mientras caminaban por una de las avenidas principales de Avellaneda, de paso hacia alguna casa de

seguridad, Mariano se desprendió de su mano para decirle: " Es hora de casarnos". Paula lo miró asombrada. Entró a una joyería y compró dos anillos de compromiso, los más baratos que había. Ella seguía sin entender.

Al salir del local, él reía mirando a todos lados, buscaba algo. Sobre la acera de frente, se aproximaba una anciana de cabello muy blanco con una bolsa en cada mano, que indicaban su visita al mercado. El se le acercó con lentos y largos pasos. Se colocó a su lado y le dijo: "Linda señora, hemos observado a todos los que pasan por esta calle y creemos que usted es la persona más respetable que transita por ella". Sin respirar y señalando a Paula continuó: "Ella y yo nos queremos mucho, no podemos casarnos de otra manera por razones muy poderosas. ¿Podría hacerlo usted?". La sorprendida señora abrió la boca y Paula no podía cerrarla por la estupefacción. La cara de convicción y seriedad de Mariano produjo un momento especial. La anciana preguntó: "¿Cuándo?". Él contestó inclinándose hacia ella, casi susurrándole al oído: "Ahora, aquí mismo". Ella, mirando hacia todos lados para reafirmar que era real, fue dejando cuidadosa y lentamente las bolsas en el piso. Estirándose hacia arriba e intentando acercar su rostro al de él, en actitud cómplice, le preguntó: "¿Tienen los anillos?" Con aires de triunfo, él se los entregó. La mujer los tomó en sus manos y susurrando una oración les dio un beso; seguidamente, se los devolvió para que cada uno se lo pusiera al otro mientras decía: "Deberán amarse y respetarse hasta que la muerte los separe. Dios los bendiga". Con gran ternura, como si fuera la madre de ellos, le dio un beso a cada uno. Tomó sus bolsas y se alejó en dirección contraria. Para Mariano, fue espontáneo y sencillo. Paula permaneció estática, observando a la anciana, que se alejaba tranquilamente sin voltearse a mirarlos ni por un instante, como si para ella hubiese sido un cotidiano ritual.

La ciudad continuaba agobiándola a pesar de la compañía de Mariano. No soportaba sus inmensas distancias y tanta gente desconocida que corría de un lugar a otro. Los grandes edificios le producían vértigo y, lo que era primordial, a los policías porteños, de civil, le costaba detectarlos. A los de Tucumán, los olía antes de verlos. Se sentía profundamente insegura, quería desaparecer de esa ciudad o que ésta lo hiciera. Le pidió a Mariano que la

trasladara a Córdoba. Él no se atrevió a decirle que no, pero tampoco dio muestras de coleccionar sus conflictos.

Desde niña, cuando no quería aceptar algo se enfermaba. Continuando con la costumbre, comenzó a desmayarse donde estuviera.

Una mañana, mientras esperaba un colectivo en la zona sur del gran Buenos Aires, miraba desplazarse los autos arriba de un puente. Pasaban velozmente para un lado y para el otro. Por un instante, pensó en toda esa gente que nunca conocería, en sus problemas, sus necesidades, lo cercanas y a la vez lejanas que resultaban ensimismadas en su isla personal. Una insostenible e incontenible angustia se apoderó de ella. La soledad le cayó encima, como pesado techo de vaporosa textura se introdujo a su estómago y, a través de él, comenzó a expandirse por su cuerpo. Levantó la vista hacia el puente y trató de encontrar un rostro amigo. Un colectivo lo atravesaba. Se percató de que era gris y la gente que iba en él se veía uniformemente gris. Regresó su mirada desesperada a las personas que esperaban con ella; con pánico, notó sus vestimentas de distintas tonalidades de gris; la piel suave y rosada del niño se había convertido en ceniciento pergamino. El cielo se oscureció y el sol fue sorprendido por un eclipse. Fijó su mirada en la copa de un árbol, esperando, como última tabla de salvación, que fuera verde. Un zumbido en los oídos no le permitió percibir los sonidos de la calle: la copa del árbol era una nube negra.

Se despertó tirada en la acera, rodeada de piernas y voces. Lo primero que sintió fue vergüenza, estaba mojada porque se había orinado. Por un instante, pensó en la posibilidad de continuar en el piso haciéndose la desmayada, pero el recelo porque llegara la policía la hizo reaccionar. Se reincorporó de un salto y, ayudada por alguien, tomó un taxi.

A consecuencia de ese suceso debió pasar la mayor parte del tiempo encerrada. No solamente rechazaba la ciudad, ahora la aterrorizaba. Se encerró en sí misma. Los contactos con otros miembros de la organización se redujeron sensiblemente. Estaba sola. Mariano se perdía en los, aún, insondables túneles de la clandestinidad.

Deseaba un hijo con todas sus fuerzas. Era algo decididamente encarnado. Sus compañeros, en general, lo consideraban bastante insólito, debido a la experiencia política y la fama que la precedían. Gran parte de las mujeres, con cierta trayectoria dentro del partido y que, habían ingresado a él en el lapso del V Congreso, en su mayoría clandestinas, difícilmente planeaban ser madres, por las dificultades adicionales y el papel que inmediatamente les asignaban.

Paula, encerrada en sí misma, no entendía la falta de comprensión por parte de los militantes y se aislaba cada vez más. Con los años, fue descubriendo la importancia estructural que la tolerancia a las divergencias posee dentro de las relaciones humanas y lo difícil de encontrarla. En ese ejercicio, concluyó que su personalidad de constantes contrastes podía llegar a ser inteligible, incluso para los más avezados.

Quedó embarazada. Aparentemente todo marchaba bien; sin embargo, antes de los dos meses sufrió un aborto espontáneo que profundizó su depresión. Los desmayos se sucedían habitualmente. Mariano no llenaba sus vacíos y se convirtió en una presencia físicamente prescindible. Se habituó a sus prolongadas ausencias, a no encontrarlo a su lado. No lograba, como muchos de sus compañeros y ella misma antes, reemplazar las necesidades afectivas con activismo. No quería compañeras militantes que le recitaran Moral y Proletarización. No hablaba, pasaba largas horas mirando el suelo mientras las lágrimas se le escapaban. Extrañaba Tucumán, sus amigas, los compañeros de la facultad, las primeras reuniones clandestinas, las manifestaciones estudiantiles, las peñas y sus zambas. Clarisa, su risa y sus rabietas brotaban en su memoria constantemente.

Al poco tiempo, otro embarazo y otra pérdida. Al salir de un hospital de La Plata, sus compañeros la trasladaron a la casa de una pareja de simpatizantes para que se restableciera. Al llegar, buscó un cuarto, se recostó en la primera cama con que tropezó y no despertó en casi cinco días.

Informado Mariano de lo que estaba sucediendo, viajó inmediatamente a verla. Preocupado, intentó animarla. Ella escuchaba perfectamente cuando alguien entraba a la habitación, pero no podía o no quería regresar. Sentía que era parte de una pesadilla, de aquellas donde las personas creen estar despiertas pero, al mismo tiempo, tienen una cierta conciencia de que el sueño continúa.

Mariano recurrió al apoyo de Laura Gaggero, esposa de Pujals, primer desaparecido del partido, quien era psicóloga. Paula oía que ella llegaba a hablarle diariamente. En ocasiones, percibía los sollozos de su compañero, lo que le provocaba dolor, aunque era más fuerte la angustia de la realidad. Sintió un pellizco en la muñeca. La tarde del quinto día una sed insoportable se apoderó de ella: soñaba con cantidades inmensas de Coca Colas frías que no podía beber. Se despertó y se sentó al mismo tiempo. La habían reubicado en la segunda cama de la habitación, tenía puesto suero y pañales como los bebés.

Levantó el tubo que sostenía la bolsa. Con él en la mano, buscó la cocina y se dirigió al refrigerador. Una compañera desconocida miraba sus movimientos con ojos de extrañeza. Exasperada, buscó la gaseosa; como no había, sacó una jarra de agua que prácticamente bebió de un trago. Miró a la muchacha y le dijo: "Hola". Ella corrió a abrazarla llorando. Ese arrumaco la hizo sentirse protegida. La cuidadora, más joven que Paula y ambas al fin de la adolescencia, logró mantenerla de pie con su dicharachera charla. Conversaron toda la noche y fueron entrañables amigas por dos días. Nunca supo su verdadero nombre y tampoco volvió a verla.

La llevaron a vivir con una pareja de compañeros en un barrio del Gran Buenos Aires. Las calles eran de tierra y la mayoría de las casas, de madera. Cuando amanecía lloviendo, no podía bajarse de la cama, el agua casi llegaba al colchón y los zapatos flotaban.

Los "sabios" del partido aconsejaron comenzar un tratamiento psicológico. Ella decidió llevarles la corriente, lo que duró corto tiempo. Obstinada, se dedicó a hacer los estudios necesarios para saber porqué no podía retener los embarazos. Recurrió a un doctor, cuyas

recomendaciones respetaba al pie de la letra. Iba a cada cita, se hacía cada examen, leía sobre el tema y consultaba a otros especialistas. Finalmente, uno de los médicos le dijo: " Vamos a hacer la prueba de toxoplasmosis, aunque no creo, porque en nuestro país, usualmente, no se dan estos casos". La enfermedad resultó positiva. No entendió claramente cómo la adquirió.

Le recetaron un tratamiento brutal. Debía tomar aproximadamente treinta pastillas por día. La descalcificaban y le provocaban la caída del cabello. Para ella, eso no tenía ninguna importancia, haría todo lo que estuviera en sus manos para tener un hijo.

Una mañana, luego de uno de sus largos períodos de ausencia, Mariano entró al cuarto a despertarla con una pícaro sonrisa bailando en sus facciones. En una cajita escondía un precioso cachorro pastor alemán. Se lo entregó diciendo: "Para que te acompañe un poquito". Lo llamó Toribio. Su compañero evadía constantemente el tema del hijo, no le preguntaba respecto de sus visitas al médico o el tratamiento. Paula tampoco insistía en enterarlo, percibía que él no tenía esperanza de que pudiera quedar embarazada. Las experiencias anteriores lo hacían albergar temores en cuanto a las consecuencias.

Paula depositó toda su ternura en el perro. Los vecinos, gente humilde, murmuraban que nunca podría tener un hijo por el amor que profesaba a Toribio. Alguna vecina muy amable le trajo un "preparado" infalible para quedar embarazada. Con ritos y plegarias, junto a otras mujeres, lo enterraron en el patio de la casa con la anuencia de las dos habitantes Marisa y ella, quienes juraron jamás decirlo a ningún miembro del partido, el proletariado podía caerles implacablemente. Ninguna de las dos creía en eso; las dejaron hacer porque lo consideraron una muestra de afecto.

La integraron por un tiempo como responsable de un equipo de propaganda. Un día regresaba de La Plata en un micro, mirando sin ver lo que pasaba en las calles y hundida en sus pensamientos, cuando de pronto, apreció cierto revoloteo y murmullos a su alrededor. El chofer llevaba la radio a todo volumen. Observó que la gente conversaba con gestos de alarma. Prestó atención y se enteró, por el locutor, sobre la muerte de diecinueve guerrilleros en

Trelew. Habían caído en una acción conjunta de diferentes organizaciones que pretendía liberar los presos políticos confinados en Rawson. Más tarde se supo que, los que no habían logrado huir, habían sido fusilados cobardemente luego de ser apresados y encerrados en una base militar. En esa operación consiguieron fugarse Santucho, otros dirigentes del partido y de organizaciones hermanas.

Paula debió bajarse del ómnibus, no podía controlar el llanto. Con los ojos inflamados regresó a la humilde casa y se encerró en su cuarto. No resistía lo que estaba sintiendo. El golpe que significó el asesinato de tantos compañeros era difícil de sobrellevar, pero la muerte de Clarisa Leaplance para ella era asfixiante. El gran cariño que sentía por ella no era menor a la culpa por considerar que la había traicionado al unirse a Mariano. Clarisa había comenzado una relación con él antes de caer presa. Cuando pudo ver a su compañero le dijo: “Nunca me repondré de no haber podido hablar con ella”.

Una noche entraron a la casa Mariano y Matías, compañero de Marisa, y le dijeron muy alegres: “¡Te tenemos una gran sorpresa!”. Inmediatamente, la figura de un hombre surgió en el hoyo negro que dejaba la puerta abierta. Paula, al reconocerlo, dejó escapar un grito: “¡Robi!”. Las lágrimas surgieron como pequeños hilos transparentes y presurosos. El Comandante la abrazó largo rato, era la primera vez que lo veía desde que había caído preso. Mariano y Matías se dedicaron a los preparativos del famoso guiso de mondongo. Paula y Santucho conversaban. El le preguntó: “¿Qué esta pasando?” Ella contestó: “Nunca imaginé que me enviarías a Buenos Aires al regresar del viaje al exterior”. Serio y cansado, su rostro hizo esfuerzos para esbozar una sonrisa. Ella continuó: “Creí que volvería a Tucumán, esta ciudad es insoportable”. Su semblante se transformó, puso cara de jefe y comenzó: “Debemos servir al partido donde estemos, etcétera...” Paula no le prestó atención. Él se dio cuenta, miró hacia el piso y con un suspiro profundo le dijo: “Continuá el tratamiento con la psicóloga”. “Quiero tener un hijo”. Sorprendido por la tozudez de la muchacha, levantó las cejas. Paula se debatía entre el inmenso respeto que profesaba a ese hombre y lo que más quería en ese momento. Al percibir el gesto de Santucho, sintió inseguridad y tartamudeó un poco. Su mirada de águila taladró el cerebro de Paula y, con gesto paternal, le apretó suavemente el

brazo: “Trató de hacerlo, pero tené en cuenta que es imposible tu regreso a Tucumán”. Mirando al frente, haciendo lo posible por evitar los ojos de Paula, continuó: “Clarisa conocía tu relación con Mariano, yo mismo se lo informé y ella lo aceptó”. Para Paula, su relación con Clarisa traspasaba la frontera de la formalidad partidaria; por lo tanto, el hueco que sentía dentro de ella no podía llenarlo una comunicación oficial, incluso de Santucho.

En los últimos días de abril, comenzó a tener indicios de un nuevo embarazo. Si bien esta vez tenía control médico, esto no disminuyó su pavor a perderlo. El médico aseguró que con reposo absoluto y cumpliendo el tratamiento, “el producto” podría llegar a término. Paula llevaba a cabo, disciplinadamente, cada uno de sus consejos. Mariano, al saberlo, no manifestó alegría, al contrario, se sentó al borde de la cama, apoyó los antebrazos en la rodilla, cruzó las manos y se quedó mirando el piso por largo rato.

Ella sabía que la preocupación de él se centralizaba en el temor que sufriera otra recaída. El encierro y la caparazón que había creado a su alrededor, como gusano de seda, la hacían indiferente a la preocupación de su compañero; salió del cuarto, dejándolo solo.

Se sucedieron casi dos meses que los compartió exclusivamente con Toribio, Marisa y su embarazo. A través de su compañera de vivienda conoció, por primera vez, la vida de una mujer del pueblo desde adentro. Sus preocupaciones, necesidades, ilusiones y silencios. De alguna manera las dos estaban solas, con sus decisiones tomadas a cuesta como peso liviano, ligero e imprescindible. Marisa, el de haberse casado con un militante sin tener en claro las convicciones políticas de este; Paula, alejada de la militancia, de las reuniones, discusiones y de lo que con tanta fuerza había ayudado a forjar, por el deseo de tener su hijo.

Para ninguna de las dos significaba una carga. Ambas vivían lo que habían elegido. Desde situaciones opuestas, se encontraron en la cotidiana rutina por la que pasaban sus vidas. Trabajaban juntas. Hacían ropa de bebé en una máquina que, con paciencia, Marisa le enseñó a utilizar. Alegres, hicieron lo posible para convertir la sencilla casa que habitaban en un lugar más agradable. Paula, esperando a su hijo y su compañera de casa, a su esposo.

Al cumplir cinco meses de gestación, Mariano llegó eufórico. Sabiendo que le provocaría una gran alegría, exclamó: “¡Nos vamos a Córdoba!”. Paula, por su embarazo, no podía saltar de júbilo, aunque, con su imaginación, brincaba hasta el techo, salía al patio, daba tumba cabezas, se reía, gritaba de felicidad, le tiraba de la cola a Toribio... Toribio, ¿qué pasaría con él? Mariano, comprensivamente, afirmó que, cuando estuvieran ubicados, se lo llevarían. Ella estaba segura de que eso sería imposible. No obstante, necesitaba creerlo.

De ningún modo pudo reencontrarse con Toribio. Marisa y su familia, al poco tiempo, debieron dejar apresuradamente la vivienda unas horas antes de que llegara la policía. Se vieron obligados a abandonar a su querido perro y compañero. Los animales uniformados se llevaron a su civilizado can.

Debieron pasar muchos años para aceptar tener nuevamente un perro. Fueron sus hijos, en Nicaragua, quienes se lo pidieron.

Las primeras escaramuzas

Llegaron a la casa de Facundo en un barrio de los suburbios de la ciudad. José y su tío, expectantes, trataban de palpar cada reacción de Paula. Carlos daba vueltas reconociendo el lugar, no tenía preocupaciones de ese tipo, su prioridad era saber dónde dormiría y qué comería.

Paula al entrar a la casa se topó, de frente, con una foto de Mariano colgada en la pared, parecía darle la bienvenida. Sintió un fuerte impacto en el pecho; terca, no permitió que ninguna reacción asomara. El recuerdo de él estaba vivo, pero necesitaba obviarlo para poder continuar. Con desasosiego apartó la vista del retrato, de la mirada de Mariano asombrosamente penetrante, incluso desde el papel.

Deseaba poder transmitirles, especialmente a José, alguna emoción que le provocara el regreso. Nada sucedía. Frente a la ansiedad de ellos, Paula resultaba antipática y apática. Tratando de romper su mutismo, Facundo comenzó el diálogo. Con su dejo particular, tan porteño y campechano a la vez: "¿Y...?", abriendo los ojos y levantando las cejas por sobre los anteojos, en un gesto que le tintineó a su hermano: "¿Qué tal? ¿Cómo encontrás el pago?" José, sentado al lado de su tío, la estudiaba curioso. Contempló el mantel que cubría la mesa. Quería pensar un minuto, esperaba no desilusionarlos, sin embargo, las palabras se le adelantaron como siempre: "La verdad, no siento nada, salvo el susto antes de pasar migración y la emoción de verlos. La ciudad no me dice nada, es como si llegara a un país desconocido". Facundo reaccionó inmediatamente con una sonrisa: "Bueno - alargando la primera sílaba- te comés el asadito que te estoy preparando y después hablamos".

José rodeó la mesa y se sentó junto a su madre. Le pasó suavemente la mano por la espalda, acariciándola con su cálida sonrisa tan parecida a la de su padre, regalándole cántaros de ternura y comprensión. Paula pensó que su niño se estaba convirtiendo en un hombre extraordinario.

José, desde hacía cuatro años estudiaba su carrera universitaria en Argentina. Para ella, separarse de él fue desgarrante. Le dolía ese hijo suyo. Cuando lograba tenerlo, se escurría de su vida cotidiana por diferentes razones. Hubiera querido que él cursara la Universidad en Nicaragua. En cambio, decidió volver, reencontrarse con su país, redescubrirlo, borrar la imagen trágica que de él tenía e identificarse con su gente. La relación entre ambos fue especialmente difícil en la temprana adolescencia de José. Se rebelaba como cualquier muchacho de su edad y Paula no sabía como reaccionar por sentirse culpable de todo lo que él, sin elegirlo, había tenido que vivir. Golpeaba constantemente su pensamiento la frase que Muriel, la hijita de Carmen, una amiga y compañera, pronunció en una rabieta, dejándolas perplejas: “Ustedes...siempre el partido, siempre el partido”

Por la tarde, salieron a dar una vuelta por el centro de la ciudad. José, pendiente de las reacciones de su hermano, de lo que pudiera mostrarle y fuera novedoso para él. Carlos, nunca había estado en una ciudad de esas dimensiones. A pesar de ello, Paula observaba como su nicaragüense, flemático como el más puro inglés, no mostraba asombro por nada. Sólo dio un leve respingo, acompañado de una casi imperceptible sonrisa, cuando se montó al subte y éste tomó velocidad. Él fue quién la decidió, en gran medida, a hacer ese viaje. Iba a cumplir quince años y no conocía gran parte de la familia y el país de su madre.

Esa noche tuvo noticias de Stella. Para sorpresa y alegría de Paula, su amiga acababa de llegar al país procedente de Europa, donde residía. Había llamado a la casa de Facundo y preguntado por José, para darse con la noticia de que Paula y Carlos también estaban en Buenos Aires. Permanecería un día en la ciudad, de paso a su provincia. Se habían conocido en el exilio.

Paula sentía que habían pasado miles de años. En medio de seres extraños, fríos y rubios, se habían encontrado desesperadas y desamparadas; se generó entonces entre ellas una unión de lazos indestructibles de cariño y compañerismo.

Hacía aproximadamente diez años que no la veía. La última vez, había sido en Nicaragua. Stella viajó a visitarla y a conocer un poco esa realidad. Paula y sus supersticiosos ancestros, habitantes permanentes de su alma, consideraron una señal de buen augurio para su viaje tamaña coincidencia.

Al día siguiente partieron, los tres, a encontrarse con ella, su marido y sus dos hijos. José y Paula notaron que el mundo subterráneo había fascinado al nicaragüense y decidieron utilizar ese medio de transporte tanto como pudieran. Buscaron las combinaciones necesarias para llegar hasta donde se encontraba su amiga y se introdujeron en el gusano correccaminos de hierro.

Mariano y ella llegaron a Córdoba. Se instalaron en la casa de la Gringa, hermana de uno de los dirigentes de la organización, el Gringo Mena. Tenía un rostro fuerte y una gran personalidad. Bajita, movediza, gritona y alegre. Vivía con sus dos hijos. Paula encontraba maravillosas las calles, las gentes, las casas, las plazas. El escenario le era familiar, podía moverse con mayor tranquilidad en él; consiguió salir a la calle sola, sin miedo. Advirtió que el pecho y la cavidad de su pubis se expandían, lo que permitía a su hijo crecer plácidamente.

Buscó a uno de los mejores ginecólogos de la ciudad para que la atendiera. La historia clínica tuvo que recitársela: el nombre y documentación que había utilizado en Buenos Aires no le servía después de la "caída" de la casita de Marisa y Matías. El médico estaba desconcertado con semejante situación; la miraba fijamente tratando de entender a personaje tan singular. Presintió que con esa muchacha nada le sería fácil. Quiso asegurarse si, efectivamente, tenía cinco meses de gestación; su panza era demasiado pequeña y decidió hacer un tacto. Al comenzar la revisión, ella soltó un alarido; el galeno, preocupado, sudoroso la miró asombrado y atinó a decir: "Señora por ahí saldrá un niño". Ella, muy segura, le contestó: "Desde ya le advierto... por ahí no sale nada". Rabiosa, salió del consultorio, pensando que ese profano podía haber lastimado a su bebé.

El reposo y tranquilidad la hicieron sentir más fuerte. Todas las tardes hacía largos paseos, un rato caminando, otros en taxi. Mientras recorría la ciudad, regresó a su mente el

primer año de Universidad, un año después del Cordobazo. Su familia le había permitido estudiar en esa ciudad porque allí vivía su abuela materna. En esa capital participó de las primeras escaramuzas estudiantiles con la policía, la toma de facultades, las reuniones con universitarios para hablar de política; el frío, el miedo y la alegría.

Eran tiempos de dictaduras. Ella esperaba, en el patio de la facultad, el inicio de una asamblea. Detrás suyo escuchó que alguien le preguntaba: "¿Venís a la reunión?", se dio vuelta y contestó: "Sí" a uno de los dirigentes estudiantiles de la facultad. "¿De qué año sos? Pareces de secundaria". "De primero, comencé el colegio pequeña porque mi madre no sabía que hacer conmigo en casa y convenció a unas pobres monjas que era superdotada". El se rió y ella sintió que el piso se le movía. "Esperame aquí. Cuando termine la asamblea nos vamos a tomar un café". El se dirigió hacia el estrado donde se encontraban los líderes estudiantiles. Fueron al bar de la esquina, se sentaron en la mesa más apartada que encontraron desocupada y conversaron horas, jóvenes y sabios en sueños.

Concentrados miles de estudiantes, antes de iniciar una marcha del silencio por las calles de la ciudad, pudo saludar a su nuevo amigo fugazmente. Inmediatamente un murmullo y como arena en un vertedero, los estudiantes comenzaron a movilizarse hacia la calle formando una masa compacta y diversificada que los separó. Sintió desasosiego al verlo despedirse con la mano, haciendo un gesto de: "Después nos vemos". Alegres, seguros, orgullosos, muchachos y muchachas se enfrentarían al poder establecido. La ternura y pureza de su pasión los alejaba de ese mundo y su miseria. Tanta seguridad y convicción los hicieron olvidarse del miedo, los patrulleros y la montada.

Caía la tarde. Gran cantidad de gente transitaba por las calles. Hombres y mujeres caminaban apresurados para tomar un colectivo que los acercara a su casa después de un largo viaje y ocho agotadoras horas de trabajo. Había mujeres ansiosas por encontrar algo que las condujera rápidamente a sus hogares y estar, por unos instantes, con sus hijos antes de dormir, para comenzar al día siguiente el diario peregrinar de colectivo, colectivo, trabajo, colectivo, colectivo.

Paula, por un instante, se abstraigo de lo que sucedía con sus compañeros. Trató de entender a las hormiguitas laboriosas que, posiblemente, en una lejana etapa de su vida, tuvieron algún sentimiento parecido al de ellos; ahora estaban atrapados y sin salida en una sutil telaraña impregnada de responsabilidades inmediatas y cotidianas. Algunos miraban de reojo mientras se dirigían agitados a su parada. Otros, en los cordones de la vereda, observaban esa extraña marcha silenciosa de miles de estudiantes que abruptamente rompía el paisaje habitual.

Rodeada por tanta euforia colectiva, sintiéndose más segura que en ninguna parte, pensando que esa muralla humana desplazándose era inexpugnable, se sintió un titán. Escuchó algún grito de: "Vagos, comunistas, ya van a empezar de nuevo". Recorrieron aproximadamente diez cuadras. De pronto, percibió un rumor en la cabeza de la manifestación, la que comenzó a avanzar lentamente. Alguien con un gran vozarrón aulló: "¡Vengan hijos de puta!". Se detuvieron completamente. Los gritos comenzaron a generalizarse contra la dictadura, contra el imperialismo, contra la cana. La marcha dejó de ser del silencio. Ella corrió hacia un costado y se subió a la acera para tratar de ver qué sucedía. Cien metros más adelante, sobre la calle, estaba alineada la montada; uno al lado del otro formaban varias filas de vereda a vereda. Sintió aprensión. En ese instante y como en un sueño, los caballos comenzaron a moverse y alguien gritó: "¡Ya vienen, corran!". Un iluso total, cerca de ella, dijo: "No se vayan, esto es una marcha pacífica, no nos harán nada". Debió de haber sido uno de los pacifistas apaleados.

El grueso de la manifestación se replegó y un grupo quedó solitario adelante. Ella llevaba en sus botas una honda y recortes de hierro, distribuidos antes de salir por un grupo de estudiantes. No todos quisieron tomarlas. Los caballos galopaban con mayor rapidez hacia ellos. Junto a otros tres estudiantes, se paró en el centro de la calle, les apuntaron con sus hondas e intentaron alcanzar a los caballeros de la muerte, creyendo, ingenuamente, que frenarían la embestida equina.

Paula ya no sentía temor; una fuerza desconocida la movía. Dio un respingo al llegarle el calor de dos bombas molotov tiradas desde los costados, cinco metros por delante de ella. Los gases lacrimógenos reventaban por todos lados, despidiendo un humo espeso y desesperante. Uno de los jinetes se tomó la cara, que comenzó a sangrarle, y cayó del caballo. Ya estaban encima de ellos. Paula se tiró abajo de un auto estacionado y se arrastró hacia la vereda. En ese instante, los cascos pasaron a su lado.

Se incorporó cerca de la esquina. Un policía tenía a un muchacho colgado al costado de su caballo. Con una mano sujetaba sus cabellos, mientras el estudiante pateaba intentando hacer pie y, con la otra, le pegaba en la cabeza con el palito de abollar ideologías, como diría Mafalda. Sintió que el corazón se le paralizaba de odio. Se escuchó un grito estentóreo e histérico: “Soltalo hijo de puta”, que detuvo el instante. Con asombro, comprobó que había sido ella; el policía se dio vuelta para mirarla. No lo dejó reaccionar y comenzó a correr como jamás lo había hecho en su vida.

Regresó a casa de su abuela, quien la esperaba con cara de pocos amigos y le dijo: “Yo llamo a tu mamá, no puedes seguir metiéndote en esas cosas”. “La Garibaldi”, ya había pasado por mucho en su infancia; estaría ahíta de revoltosos y revoluciones. No le contestó nada, se encerró en su cuarto angustiada, pensando en lo que podría haberle pasado a él.

Salió temprano de la casa; no quería tropezarse con la madre de su progenitora. Era sábado. Comenzó a dar vueltas en colectivo leyendo los periódicos. Las noticias, en sus primeras páginas mencionaban los acontecimientos del día anterior. Cansada, descendió y caminó. La distraía observar a la gente e imaginarse cuál sería su vida. Caminar por una gran ciudad era una de las mejores maneras de sentirse sola; en todo caso, la más gráfica. Estaban todos igualmente aislados, tratando de resolver cada uno lo que les interesaba individualmente y esa soledad de contacto, era la que más la sobrecogía; especialmente, a una pueblerina acostumbrada a conocer a todos.

Hacía frío, el otoño se había adentrado. Desde niña sentía una extraña fascinación por la hora del día en que el sol descendía sobre las casas y permitía mirar de frente su color naranja sin herir la vista, creando efectos fantásticos en el ambiente. Percibía la angustia del día que hacía esfuerzos desesperados para mostrar su belleza, antes de que la noche, lentamente, lo fuera matando. La hacía tomar conciencia de la permanente presencia de la muerte en la vida. Camino a la cita con Rodrigo entró a una calle donde los árboles, vereda a vereda, juntaban sus ramas sobre el pavimento a la altura de los techos de las casas. Formaban un fabuloso arco de diversos colores entre el amarillo y el rojo y el follaje adquiría tonalidades cobrizas por la tenue luz solar. En las aceras y la calle, las hojas semejaban una alfombra del mismo colorido. Al caminar sobre ellas, se quebraban y le producían una rica sensación, que le subía al cuerpo desde las plantas de los pies. Se descalzó en la solitaria cuadra, olvidándose del frío. Para ella, la ciudad simplemente no estaba, únicamente existía la vía convertida en maravilloso bosque.

Una figura se recostó al límite de la existencia al acercarse hacia ella. Para perpetuar la magia por unos instantes más, el sol no le permitió ver con claridad. En el borde de la realidad escuchó: “¿Porqué estás descalza?”. Rodrigo agregó: “Ponete los zapatos, che”, y juntos regresaron al mundo.

Años después diría, sin temor a caer en la cursilería: “Quise ayudar a cambiar el mundo porque creía en los cuentos de hadas. Historias donde no sólo el príncipe y la princesa eran felices para siempre. Nuestra generación, especialmente las mujeres, dimos un paso gigantesco al romper los sueños de clase media en los que nos habían formado. Abrimos las puertas a un mundo de empuje, participación, criterios propios y quebrantamiento de esquemas. Nos desconocimos en nuestras madres criadas para mantener el status quo. Desdichadamente, la mayoría de hombres continuaron siendo un fiel reflejo de sus abuelos. Hasta copiaron elementos históricos de los héroes de la primera independencia para volcarlos a la vida cotidiana, sin incorporar elementos imprescindibles de modernidad.”

Su abuela perdió la paciencia y la madre llegó a Córdoba a buscarla: “No importa que pierdas el año, todavía sos chica”. Y se la llevó de regreso a Tucumán.

A los pocos meses, en su provincia, vio a Clarisa avanzando por el patio de la Facultad de Derecho, patio de miles de pisadas dulces, cálidas y eternas. Su figura, que se dibujaba a contraluz, daba a sus cabellos un brillo diferente, como un aura, ésa que dicen que tienen las personas de acuerdo a su estado de ánimo. Cuando estuvo cerca, Paula percibió que le cubría el rostro una ansiedad diferente que la asustó. Sus labios parecían jugar al oficio mudo en los indeseados instantes que utilizan las palabras para decir algo terrible. Anhelaba que no hablara. Las palabras demoraban espacios prolongados entre sílaba y sílaba, como no queriendo unirse: "Lo ma...ta...ron". No preguntó, no podía hacerlo; en los ojos francos y brillantes de Clarisa, a causa del charquito de agüita salada que se escurría hacia sus mejillas, pudo leer todo. Se imaginó a Rodrigo corriendo en alguna calle de Córdoba, con algún arma en su mano, con algún hermano a su lado, dibujando su heroísmo y ternura ante las bestias repugnantes.

¿Cómo está mi hijo? ¿Es normal?

En Primera Junta hicieron la combinación. Caminaron tranquilamente por los pasillos del subterráneo, sucios y atestados de personas que corrían. Los recuerdos se alborotaban. Miró a sus hijos que conversaban animadamente y la realidad le pareció maravillosa.

A mediados de diciembre del setenta y tres, su ginecólogo decidió internarla. Se estaba pasando la fecha del parto y Yolanda no demostraba ningún síntoma que lo augurara. Los médicos consideraron necesario ponerle suero. Pasaban las horas y ella como si nada. No sentía ni una mínima molestia: parecía que la cosa no era con ella. El médico, enojado, explicaba a los otros: "Es una cabeza dura, se le puso que no puede tener el niño normalmente y no veo la razón". Ella lo miraba y le decía tranquilamente: "Haga la cesárea". Eso lo enfurecía, y se retiraba de la habitación con pasos largos y coléricos, seguido por su corte de guardapolvos blancos. Las horas continuaban pasando.

Al día siguiente, llegaron dos doctores a quienes veía por primera vez. La revisaron, la auscultaron y, sorprendidos, comprobaron que no tenía nada de dilatación. Agitados, la llevaron de urgencia a la sala de operaciones. La sentaron en la camilla. Paula tembló al sentir el pinchazo en la espina dorsal. Le colocaron la inyección mata caballos que les permitió trabajar hasta que su hijo floreció de sus entrañas. En ese momento, se desgarró en alaridos de pánico:

"¿Cómo está mi hijito! ¿Es normal? ¿Le falta algo?". El galeno perdió la compostura y ido un grito que compitió con los de ella para ordenar: "Callen a esa mujer", y la durmieron.

Al despertar, su madre estaba en el cuarto. Le pidió que trajera a su bebé, quería verlo. Cierta nerviosismo surgió en su voz, aunque se repuso rápidamente y le dijo: "Está dormidito, es un varoncito precioso, no te preocupes, está bien." Calmada, concilió nuevamente el sueño.

Por la mañana, una de las doctoras, tía de Paula y esposa de un hermano de su padre, la observaba al lado de la cama junto a su madre. Sus rostros reflejaban compasión y condescendencia, lo que le provocó un expectante terror: "A tu hijo tuvimos que llevarlo de urgencia a una clínica de neonatología. Por tanto esfuerzo, tragó líquido amniótico y se le produjo un pequeño edema cerebral, pero ya está fuera de peligro. No tendrá consecuencias". Paula sintió que se le escurría la vida. Sus gritos en la clínica, ya famosos, estallaron nuevamente: " ¡Traigan a ese médico!" Mientras trataban de sostenerla en la cama, ella se doblaba formando un arco. De tanto dolor, creyó que su herida en el bajo vientre estallaría como la pulpa de una tajada de naranja que, al rasgarle la piel, ofrece esta las gotas de jugo en forma de tiernas y deliciosas perlititas anaranjadas.

Le dieron de alta. Salió del sanatorio dolorida y angustiada, esperando que su madre le diera una mala noticia. Ella, sin muchas explicaciones, quizás por pánico a sus reacciones, la llevó inmediatamente a la clínica donde estaba su hijo. Al llegar, apreció tranquilidad y amabilidad en el personal del lugar y logró calmarse. Le hicieron poner una bata mientras la enfermera, interpelada por Paula una y otra vez, respondía que el bebé estaba fuera de peligro. Cuando le señalaron a José, no podía dejar de reír y llorar: era el niño más bello del mundo. Lo estaban alimentando y no la dejaron acercarse; solamente pudo verlo a través de un vidrio que parecía derretirse por la emoción.

Paula experimentó, por primera vez en su vida, sentimientos nítidamente definidos, acompañados de un torbellino de sensaciones maravillosas. Para ella, lograr dar a luz a José fue lo más grande que le había sucedido en la vida. Venció la enfermedad, la resistencia de sus compañeros y las dificultades de la clandestinidad.

Visitó la clínica cada día que su hijo estuvo internado. Sin casi respirar, lo observaba durante horas. No le permitían amamantarlo. Lo que en estos días sería un lamentable error, en aquellos, era prudencia ante el desconocimiento. Así era la ciencia.

Intentó extraerse leche para que se la pudieran dar, pero resultó imposible. Sus mamas se fueron secando por la falta de contacto entre una madre desesperada y su hijo. Mariano apareció fugazmente, como lo hacía habitualmente. Conoció a José, le dejó la inmensa cuota de afecto que reservaba para cada encuentro y se marchó.

La madre de Paula y uno de sus hermanos vivían en Córdoba, desde hacía unos años. Antes del parto, tuvo poco contacto con ellos por seguridad. Luego del nacimiento de su hijo, se instaló en casa de sus familiares, contraviniendo todas las reglas. Paula se sorprendió cuando su madre le dijo: "Compré una mecedora para que te sientes y en ella amamantes a José. Era lo que a mí más me gustaba cuando los tuve a ustedes". Gesto insospechado por parte de una mujer poco dada a mostrar sus sentimientos. La ayudó con lo imprescindible para el niño. Paula no había adquirido nada por temor a que no fuera necesario o como una más de las tantas cábala que rigieron su vida. Tampoco se había preparado en cómo cuidarlo, preocupada solamente por tenerlo. Cuando le entregaron a José y lo tomó en sus brazos, por primera vez, sintió una profunda devoción y un susto insoportable. No tenía idea de lo que debía hacer.

Viajaría a Buenos Aires. Esas eran las orientaciones que le transmitieron desde el partido. De la clínica al aeropuerto. Con los pañales y mamaderas partieron José y ella. A él le sucedió lo mismo que a su madre, nació en Córdoba y a los pocos días se lo llevaron a otra provincia. A Paula a Tucumán.

Apenas despegara el avión debía darle el biberón a José. El, haciendo gala de gran puntualidad, no esperó ni un minuto, justo a la hora indicada pegó su berrido. Paula, nerviosa, sacó la mamadera preparada y se la colocó en la boca. Su hijo comenzó a chupar y la rechazó. Hizo un nuevo intento, y lo mismo. Cuando el bebé pasó al alarido, Paula, desesperada, llamó a la azafata pidiendo un médico. Se acercó sonriente, intentando demostrar toda la calma del mundo. Ella le explicó lo que sucedía. La mujer, centrada y de mayor experiencia, tomó al niño en brazos e intentó que chupara la mamadera; José succionó e inmediatamente la escupió. La azafata levantó el biberón y observó la punta; prontamente miró a la madre con cara de "Dios mío" y le explicó, acentuando cada una de sus palabras: "Señora, a la mamadera, para que

salga la leche, hay que hacerle un agujerito en la punta". Se la llevó y la regresó perforada. El bebé se la tragó en un instante.

En ese tipo de cosas su madre jamás sería una buena maestra. Se había casado cuando era casi una niña y tuvo la ayuda permanente de niñeras mientras sus cuatro hijos eran bebés. Su indeleble inclinación a la bohemia, fomentada por su gran amor a la música, la atrapaba en un mundo particular. Era soprano y tocaba el violonchelo. Este conjunto de factores la convirtieron en un bicho extraño para una familia conservadora y provinciana como la de su marido, quienes tampoco la ayudaron, para bien o para mal, a ejercer de madre. La maraña pueblerina de hijos, familia política, habladurías y costumbres añejas, provocaron en ella un clic que apagó las posibilidades de adaptarse a esa vida, para ella asfixiante, y acabó por derretirle su interior cuando su marido decidió abandonarla.

El exilio para un reencuentro

Los tres salieron, parpadeando, a la superficie desde la boca del subte. Había un sol espléndido, acompañado del pegajoso calor de diciembre en Buenos Aires.

Preguntaron por la dirección de Stella. Un amable anciano les indicó con precisión, tomándose todo el tiempo necesario, incluso los acompañó hasta encaminarlos. Valoró ese gesto. En Managua era muy difícil tener ese tipo de contacto con sus habitantes. La gente no paseaba por la ciudad; en la mayoría de barrios no había aceras y tampoco un centro.

Llegaron al edificio. Una pareja de jóvenes que se mudaba estaba utilizando el único ascensor, antiguo, de aquellos como jaula de hierro. El encuentro se demoró. Cuando pudieron montarse, lo hicieron rodeados de muebles hasta llegar al piso indicado. Stella se acercó corriendo apenas se abrió la puerta del elevador. Las amigas se fundieron en un abrazo profundo, llorando descontroladamente. Los hijos de ambas las observaban conmovidos.

Conversaron lo que el poco tiempo les permitió. Por la tarde, ellos tomarían un avión hacia su provincia. La pareja que vivía en la casa, amigos de ellos, discretamente los dejaron solos. Mientras hablaban y hablaban, miraban a sus hijos, que hacían lo mismo entre ellos. Las dos reafirmaron, con una sonrisa pícaro, que eran los más bellos del mundo; vivían intensamente el ser madres. Los hijos eran sus grandes amores y en gran medida, la razón de existir. El marido de Stella, al llegar, se integró a la charla de ellas.

Paula, desde que la conoció, se fascinó con ella. Una auténtica provinciana, alta, guapa, con un rostro fuerte y dulce, una sonrisa encantadora, segura. A pesar de tener casi la misma edad y cumplir años el mismo día, siempre la consideró su refugio y seguridad sentimental; los lazos familiares que se esfumaron desde la adolescencia. Por lo general, Paula no escuchaba a nadie, pero con Stella era diferente, tomaba en cuenta sus apreciaciones.

Admiraba en ella lo que consideraba las grandes virtudes: valor, lealtad y dignidad. En los momentos más difíciles de su exilio en Suiza, contó con ella incondicionalmente.

Fueron meses desesperantes, separada de su pequeño hijo quien había sido secuestrado dos veces por los militares argentinos. Paula salió de su país partida en pedazos, dejando a su bebe en manos de la abuela paterna.

Desde el exilio, no lograba que los militares permitieran a su niño reencontrarse con ella. Gracias a Alfonsín, quien intercedió para que dejaran en libertad a José, luego del segundo secuestro sufrido por el niño y la madre de Mariano, su niño permanecía en Buenos Aires con su familia. Paula abandonó nuevamente sus responsabilidades partidarias y se refugió en Suiza, reflexionando que, desde allí, sería más fácil recuperarlo. Esta vez, las críticas de sus compañeros resbalaban sobre una coraza de angustia y desesperación, hacia un alcantarillado irrecuperable. Comenzó de esa manera un proceso crítico hacia ese tipo de extremos, de los que ella había sido defensora y cómplice.

Estuvo más de un año haciendo infinidad de trámites ante las autoridades suizas. En su apartamento, en Ginebra, no lograba conciliar el sueño. Si se dormía, temía despertar y no encontrar a José a su lado, sensación que la trastornaba. Mantenerse despierta le permitía no perder la conciencia; sabía que su niño no estaba y el choque, al despertar, no era tan desequilibrante. En los momentos en que conciliaba el sueño tenía una pesadilla reiterativa: convertida en una gigante ponía un pie en Europa y otro en Argentina y rescataba a José. Tomaba increíbles cantidades de somníferos. Dormía una hora y se despertaba.

A las siete entraba a trabajar en una fábrica de relojes. No pretendía seguir recibiendo la ayuda que el gobierno suizo brindaba a los solicitantes de asilo político. Descubrió que, con razón o sin ella, hacían todo lo posible para que la persona que tuviera un poquito de dignidad, al recibirla, se considerara humillada.

Obtener el refugio fue difícil. Según información enviada por el gobierno argentino, era una peligrosa terrorista internacional. Eso significó vejatorios retrasos mientras trataba de resolver los ordenados vericuetos de la burocracia suiza. Las fuerzas de seguridad, representantes de los cándidos habitantes de país tan particular, le hicieron un interrogatorio de horas que la dejó absolutamente pasmada por el nivel de información que poseían sobre las organizaciones y situación política en Argentina. El oficial interrogador hablaba un perfecto castellano sudamericano.

La definición de su situación legal se prolongaba desesperantemente. Por ello, optó por la única alternativa que encontró y que la gran mayoría no utilizaba: trabajar en negro junto a inmigrantes de España e Italia.

Las horas en la fábrica, después de mal dormir, no la agotaban; por el contrario, le producían una gran ansiedad, haciéndola trabajar febrilmente. Los primeros días no fueron malos. Las compañeras de trabajo mostraron una actitud condescendiente hacia ella. No lo sabían, aunque de alguna manera intuían una situación especial.

Su trabajo consistía en colocar pequeñas agujas de relojes en una especie de cinta adhesiva que giraba constantemente sobre una rueda instalada en una mesa frente a ella. Lo que hacía era tan sencillo y mecánico que le permitía pensar, pensar, pensar y trabajaba, trabajaba, trabajaba. No tenía idea de lo que producía. A las dos semanas notó que el supervisor, un arrogante suizo, racista y despectivo, especialmente con las españolas, se acercaba a ella amablemente; en contraste, sus compañeras cada día guardaban mayor reserva hacia Paula. El hecho de permanecer en otro mundo le representó casi un mes antes de reparar en que ellas estaban furiosas. Su histérico ritmo de actividad había levantado la producción de la sección, por lo que a sus compañeras cada día les exigían más. Le resultó difícil calmarse, relajarse y realizar sus labores pausadamente, al ritmo de todas. Debía detenerse y pensar para lograrlo, desviando su atención, lo que hacía mucho más pesado el trabajo.

En una de las desesperadas noches de insomnio llamó a Stella, quien llegó con su marido, siempre dispuesto a colaborar. Ella, con sus grandes ojos tiernos y solidarios, le entregó una botella de vino. "Trata de no tomar tanto valium, tomá vino". Nunca supo darles las gracias adecuadas a la dimensión de la ayuda que en ese momento recibió. No era la botella, que por cierto no funcionó, fue el gesto de sus amigos y la posibilidad de recurrir a alguien lo que constituyó precioso bálsamo.

Al hacerse conocido su caso en círculos de la solidaridad Suiza hacia América Latina, entabló contactos con los que se fueron acercando con la intención de tenderle una mano. La soledad y falta de perspectivas en la que se encontraban la mayoría de los jóvenes sensibles de ese país, los empujaba a actividades de solidaridad, haciéndolos sentirse útiles de alguna manera. En ocasiones, llegaba a la conclusión de que era ella quien debía ayudarlos. La tragedia vivida con su hijo, como las de tantos otros, paradójicamente, les daba un motivo sustancial para sentirse vivos e intentar llenar el vacío en el que se envolvía cotidianamente sus vidas. Su natural rebeldía los hacía oponerse a ese mundo tan ordenado, donde les planificaban el futuro sin muchas posibilidades de modificarlo. Para Paula era difícil entenderlos; eran demasiado complicados, paternalistas e individualistas. Le costaba relacionarse con ellos. Nunca pudo tener una comunicación fluida con los militantes de la solidaridad. Prefería refugiar sus sentimientos en los sudamericanos, quienes se encontraban en situaciones semejantes a la de ella.

A los nueve meses, cuando sentía que ya había sido otro parto, Alejandra, amiga argentina que trabajaba en el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y su mejor aliada en esa institución, le informó que le habían otorgado el asilo político. Al poco tiempo la citó nuevamente: " Buenas noticias: José llega a Barcelona con su abuela". Paula cayó sentada sobre un sillón y permaneció en silencio. Alejandra la abrazaba y lloraba. Ella no quería hacerlo, reservaba las lágrimas para su hijo. Todos los funcionarios de ese organismo, si bien cumplieron con su trabajo, demostraron una calidez humana especial. Para Paula, fueron un bondadoso y robusto tronco de salvación en la crecida tempestuosa de las aguas.

Hacía más de un año que no veía a su pequeño hijo, que no lo tocaba. No sabía cómo hablaría, cómo estaría de su alergia, cuánto había crecido y si se acordaba de ella. Viajó a Barcelona. Al obtener el asilo político, le habían otorgado un documento de viaje de las Naciones Unidas atravesado por un listón negro, que recordaba a cada uno de los portadores de semejante aborto de documento que no eran personas normales y así eran tratados en cada frontera que cruzaban.

El día previsto para la llegada de José hacía mucho frío; más que nieve había hielo por todas partes. Preocupada, pensaba si su bebé soportaría el inclemente clima. Un gran desasosiego la invadía, temía que su hijo nunca llegara por una u otra razón.

Acompañada por compañeros y familiares de Mariano, quienes se encontraban en España, se dirigió al aeropuerto de Barcelona. Con el corazón palpitándole en los oídos y garganta, Paula tenía todos los sentidos puestos en ese avión. Se había trasladado mentalmente a él. Tal vez por ello, después de tantos años, no lograba recordar cuánto tiempo estuvieron, ni cómo era esa terminal aérea. Por más que buscaba, no encontraba ningún detalle antes de que su hijo arribara. Lo único grabado en su memoria era una puerta que atravesó y por la cual pudo salir a la pista donde el avión estaba estacionado. Alguien posibilitó que llegara hasta las escalerillas. Los pasajeros descendían, no lograba verlos y los segundos se le hacían interminables. Sintió que flotaba cuando reconoció a la mamá de Mariano, quien salió de la boca del avión mirando intranquila hacia todos lados. Inmediatamente y de su mano, chiquito, muy abrigado y con un gorro que le tapaba casi toda la cara, su hijo. El zumbido en los oídos no le permitía percibir si había algún ruido. Corrió hacia ellos, quienes bajaban lentamente por la escalerilla, sintiendo que no se movía del lugar. José, al momento de pisar el suelo, vio a su madre y la reconoció inmediatamente. Una gran sonrisa encendió su hermoso rostro, se tiró al piso helado de la pista y, con sus pequeñas manitas, pegaba sobre él sin apartar la vista de su madre, gritándole: "Tati, Tati", nombre que él había inventado para ella. Paula se arrodilló para tomarlo en sus brazos apretándolo fuertemente contra su pecho. Entre miles de murmullos, escuchó la dulce voz de su hijo que le preguntaba: " ¿Dónde estabas, por qué no viniste a

buscarme?". Paula sintió un intenso sufrimiento, el alma continuaba desgajándose. ¿Cómo explicarle a un bebé? Gritó con todas sus fuerzas: " ¡Milicos hijos de puta!" Su suegra, preocupada y asustada, atinó a decirle, con temor en la voz y mirando hacia todas partes, creyéndose todavía en Argentina: "Hijita, no te pongas nerviosa".

Almorzaron juntos en una gran mesa. Stella y su familia debían salir inmediatamente para el aeropuerto. Bajaron corriendo en un terremoto de muchachos y maletas. Increíble la cantidad de equipaje que traía esa familia. La parejita continuaba su mudanza, lo que convirtió la salida en un embrollo mayúsculo de bultos, muebles y personas. Paula admiraba la calma que Stella demostraba en situaciones de tanta tensión. Se introdujeron en tres autos diferentes. En uno, las dos amigas solas, tratando de prolongar el momento de las confidencias, sabiendo que quedaría el sabor de no haberse dicho todo lo que pretendían transmitirse. Para ello, habrían necesitado días.

Al arribar al aeropuerto la preocupación fueron los hijos. El taxi de ellos no llegaba a pesar de haber salido antes. En el tercero, venía el esposo de Stella y la pareja de la casa. Era la primera vez que, por unos minutos, Paula se separaba de sus hijos en Buenos Aires. Una desesperación incontrolable se apoderó de ella y se la transmitió sin mucha dificultad a su amiga, quien en la puerta del aeropuerto permaneció junto al equipaje, en tanto Paula corría por los pasillos de Aeroparque buscándolos. Revivió nítidamente momentos angustiantes. No pensaba en nada concreto, hacerlo era insoportable; a cada paso, más se descontrolaba. Cada pasillo en que no los encontraba era un abismo. A lo lejos, le pareció reconocer una remera que Carlos llevaba en sus hombros. Aligeró el paso hasta que, con claridad, visualizó a los cuatro, parados tranquilos y sonrientes frente al despacho de la empresa en que viajarían. Cuando estuvo junto a ellos hizo lo posible por no transmitirles sus escrúpulos. A partir de ese momento, tratando de disimular lo más que pudo, que no fue mucho, hizo lo que estuvo a su alcance para no separarse de sus hijos mientras durara su estancia en Buenos Aires. Y ya habían pasado veinte años.

Concluidos los trámites de pasaje, valijas, besos, lágrimas, las familias se despidieron emocionadas, jurándose prontos y prolongados encuentros.

Buscada

A Rina la conoció en Nicaragua. Trabajaba como médico en una pequeña ciudad del sur, cerca de una de las playas más bonitas del país, San Juan del Sur. Paula, con una sonrisa en los labios, recordó el fin de semana que pasaron juntas en ese paraíso.

Rina fue con Lali, su hija de cinco años. José tenía siete y Carlos era apenas un bebé. Salieron desde Managua muy temprano, René, los niños, ella y los escoltas que la sacaban de quicio. Recogieron a Rina en su casa y continuaron viaje a la playa.

Desde que vio a José, Lali quedó decisivamente obnubilada. Paula observaba como su pequeño, manifestaba síntomas similares. Fue un romance fulminante, sin reservas. El sábado, fue día de bocas abiertas para las madres. Quedaron impresionadas al advertir la seriedad con que ambos niños, habían tomado las cosas. Pasaron el día tomados de la mano, mostrando a quien quisiera su amor de arena. Al llegar la noche, pidieron permiso para dormir juntos. Rina y ella sonrieron. Ellos interpretaron la reacción como una aprobación. Amanecieron abrazados.

Temprano, Paula llevó a Carlos a la orilla del mar, aprovechando los pocas horas del día en que el sol del trópico permite, debajo de él, la suave piel de un bebé. Mojaba la cabecita de su hijo con agua salada. Un sonido atrás de ella la hizo darse vuelta, era José que llegaba corriendo. Jadeante, se tiró en la arena junto a ella, mirando el mar. Con cara larga de angustia y tono grave le dijo: " Mamá estoy preocupado", " ¿Qué pasa, mi amor?", "Me casé". Paula intentó esbozar una sonrisa, pero la expresión en la cara del niño le indicó que, más que preocupado estaba asustado. "José, porque te guste una niñita no significa que estés casado", "sí, mamá, ya dormimos juntos con el permiso de ustedes, yo creo que soy joven todavía". Paula, durante casi dos horas, trató de explicarle que no había adquirido ninguna responsabilidad ante Lali y su madre.

A partir de ese episodio tomó las relaciones, experiencias y preocupaciones que sus hijos le permitieron conocer con cautela. Como la mayoría de madres, sintió que quien le enseñó a serlo fue su hijo mayor. Con el transcurso de los años, la sorprendía la seriedad con que José había tomado esa tarea como algo inherente al primogénito, actitud que mantuvo permanentemente. Paula consultaba con él cada paso importante en sus vidas.

Le proporcionaron el teléfono de Rina en Buenos Aires. Era una de las pocas personas que deseaba ver en esa ciudad. Se encontraría con ella frente a un teatro, en la misma calle donde más tarde habría un concierto de Charly García al que irían sus hijos con un amigo.

Mientras la esperaba, escuchó entre avergonzada y sonriente la recomendación de sus vástagos: "Mamá no te pondrás a llorar en la calle cuando llegue".

Su amiga surgió rejuvenecida entre la multitud que caminaba por la acera. Se dieron un fuerte abrazo sin lágrimas. La percibió tensa. Sus grandes ojos negros, inquisidores, buscaban explicaciones. Paula vivía su estadía en el país convencida de que estaba realizando algo pendiente y necesario. No se daba cuenta de la intriga que su presencia provocaba en su amiga y, posiblemente, en otros. Parloteaba de generalidades cuando Rina preguntó: "¿Te enteraste lo de Gorriarán?", "sí". No necesitó más, entendió inmediatamente su inquietud. El fantasma del temor permanecía en esa mesa.

Se había casado nuevamente, tenía un matrimonio estable, tranquilo, sin grandes sobresaltos. Ella con un buen trabajo, los hijos creciendo. Hablaron de sus familias sin lograr entrar en otros temas. Sus dudas sobre lo conveniente de la presencia de Paula en Argentina parecían desestabilizarla. Rina nunca estuvo relacionada directamente al personaje de La Tablada, sin embargo, su estancia en Nicaragua parecía pesarle por las conexiones que, con él, pudieran hacerle. Paula intuyó la tranquilidad de su estabilidad y el hecho de no saber si la presencia de su amiga podía afectarla. Tratando de infundirle calma Paula le dijo: "El mejor ejemplo de que no pasa nada conmigo es que me encuentro con vos, tomando un café en este bar, en esta ciudad." Ella la miró sorprendida, regresando de un lejano viaje por sus

pensamientos. Su angustia y nerviosismo se reflejaban claramente en el desasosiego de sus manos. Los argumentos de Paula parecían convencerla solamente por instantes. Continuó: " No te angusties, vos sabés que "ellos" saben quién está y quién no". Por sus ojos pasó una sombra de alegría que no logró prolongarse. De pronto Rina susurró: "Debo buscar a mi hijo". Paula la observó intentando rescatar algo de apego que venciera el miedo. No pudo.

Se despidieron sintiendo que sería por mucho tiempo. No eran las mismas. Horas después, menos impactada, Paula valoró que, a pesar de sus temores, había ido a verla.

Faltaba mucho para que salieran del concierto. Calculó el tiempo en la dimensión de las confianzas que no participaron de la cita. Decidió dar una vuelta por Cabildo. En las épocas difíciles se movía constantemente por el lugar. Llamó un taxi; el chofer intentó entablar una conversación como buen taxista porteño. Ella no la propició, no tenía espacio para libar la esencia cotidiana de la ciudad. Era el tiempo de las memorias.

Cuando José se encontraba secuestrado, la segunda vez, caminando por Cabildo, entró a una galería a hablar por teléfono. Una mujer llamó su atención. Se puso en alerta inmediatamente creyendo olfatear un posible seguimiento. Recordó las palabras de Pancho, jefe de operaciones de la inteligencia del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT): " Están locos por atrapar a la mujer de Benito Urteaga. Parece que ya te localizaron una vez, pero lograste desaparecer. Tenés detrás tuyo uno de los grupos especializados en búsqueda personal". En esa etapa del conflicto interno, los servicios adoptaron la modalidad de especializar un grupo en la búsqueda de una sola persona.

Captó en la mirada de la mujer un gesto de superioridad. Se dio cuenta de que merecía una particular atención por parte de ella. Paula disimuló mirando una vidriera. Su incorporada clandestinidad y la perspicacia de muchos años, le indicaron que ella era diferente a todas las demás personas que se encontraban en esa galería para la mujer que la observaba.

El instinto de sobrevivencia fue una característica permanente en su vida. Al percibir el peligro se desdoblaba, mirándose ella misma desde afuera. Agudizaba a niveles increíbles el oído y el olfato. La calma, nada frecuente en ella, se presentaba espontáneamente, proporcionándole un marco perfecto que le permitía mantener la vigilancia y analizar con frialdad la situación. Actuaba como cazadora, de ningún modo como presa.

Pensó: "Si no me han atrapado pueden ser dos cosas: no están seguros de que sea yo o quieren saber adónde voy". Decidió caminar para comprobar el seguimiento. Salió del pasaje comercial. Sobre Cabildo se desplazó en dirección a Olivos, buscando menor afluencia de gente en la calle la ayudaría a distinguir con mayor certeza el posible chequeo. La mujer seguía atrás. A pesar de ser una vía de cuatro carriles, reparó, en la vereda de enfrente, en un tipo rubio de cabello lacio, grandes entradas, campera corta de gamuza gastada y ennegrecida con las manos metidas en los bolsillos, que la miraba. Se cuidaba menos de ser detectado, posiblemente por estar separado por la avenida.

A las dos cuadras, la mujer desapareció, el de enfrente continuaba. Un gordito con cara de cana parecía el reemplazante. Era más bruto: cada vez que ella se paraba no hacía nada para disimular que la observaba. Esa actitud la hizo tensarse. "¿Desde dónde me estarán siguiendo?". Dos pensamientos se empujaban para acaparar su atención: en qué momento la detectaron y cómo escapar. Caminó unas cuadras más. Al pasar frente a un edificio en construcción, se acercó al cordón de la vereda debido a un cerco de madera allí instalado. Observó pasar, lentamente, un falcón color verde musgo oscuro, sin placas, modelo del año, lo que podría indicar una fuerza de tarea. Dos tipos sentados adelante la miraron fugazmente. El corazón se le paralizó al notar que, en la parte posterior del auto, llevaban desfachatadamente varias placas, visibles a través del parabrisas trasero.

El auto se estacionó unos metros delante de ella. Bajó un tipo joven, alto, rubio, vestido elegantemente, quien parecía un abogado recién recibido. Llevaba un libro de tapas duras en la mano, se dio vuelta caminando lentamente y, mirándola, sonreía. No con aires de conquista, sino de triunfo. En un santiamén no tuvo ninguna duda.

Todo lo que le habían enseñado en contrachequeo se había cumplido como una práctica; incluso el texto en la mano, donde supuestamente llevaban máquinas fotográficas. Por su actitud, dedujo que ya no querían esconderse, que el secuestro sería inminente. Sabía que lo primordial era no demostrar, ni por un instante, que se había dado cuenta. El quedó unos metros adelante de ella.

Pocas personas circulaban a esa altura de la avenida. La luz y los comercios habían desminuido, eran casi las once de la noche. Sin verlos, percibió mayor tensión y ansiedad en sus perseguidores, irradiándose como molestia en su espalda. Tuvo la certeza de que era el momento de actuar. Cuando llegó a la esquina, se acercó a la orilla, esperando cruzar hacia la otra acera de Cabildo; el semáforo estaba en verde. El falcon se adelantó, cruzó el semáforo y se estacionó a veinte metros, en la siguiente cuadra; de reojo comprobó que el gordo seguía atrás, como a sesenta metros. Enfrente, casi en la esquina, estaba el rubio. El del libro se plantó al lado de ella. Su corazón palpitaba en la garganta.

Miró a su costado izquierdo para cruzar. Un milagroso taxi, buscando cliente, se acercaba lentamente a cien metros de donde estaba parada. Los automóviles pasaban veloces. Se tiró a la calzada casi corriendo, ideando cruzar al otro lado. El hombre a su flanco la imitó. El instinto lo hizo observar a su derecha, hacia los autos que avanzaban en dirección contraria y continuó velozmente hacia donde se encontraba el de la campera de gamuza. Paula se paró abruptamente, en medio de la avenida. El chofer del falcón, al ver los movimientos, dio una vuelta, como en las películas, quedando del lado contrario cerca de los dos rubios, justo enfrente de ella y separados por la mitad de la avenida. Todo ocurrió en segundos que parecieron transcurrir en cámara lenta. Al gordo no lo veía.

El taxi llegó perezosamente. Paula regresó de un salto a la acera de donde había salido, haciéndole señas. Frenó, ella abrió la puerta y subió pidiéndole que siguiera hacia Olivos. El intenso tráfico les impidió, a los rubios, cruzar raudamente. Sentada, miró hacia atrás. El del libro se golpeaba la cabeza con él. A las pocas cuadras pagó y bajó, internándose en un barrio.

Subió al primer colectivo que encontró sin saber adónde iba. Con manos temblorosas, sacó un pañuelo de la cartera y se lo colocó en la cabeza.

Inquieta, regresó al presente pensando en sus hijos. El conversador frustrado la dejó en una esquina, contando el dinero que ella le había dado.

Los letreros luminosos, las chispeantes vidrieras, las luces de los autos que iban y venían la subyugaron a pesar de la poca tendencia a sentirse bien en ese tipo de lugares. Observó la gente en la calle, a esa hora no se veían ansiosas por subirse a un colectivo. Sin apuros, paseaban.

Entró a un bar que eligió por sus grandes ventanales a la calle. Se dirigió a una pequeña mesa y se sentó meditabunda. Casi una hora después, el estruendo de una sirena la regresó inquieta a Cabildo. La gente miraba con cierta curiosidad hacia el lugar donde se originaba el ulular, sin la expectación y terror que se reflejaba en los rostros la última vez que recordaba haber recorrido esas aceras. A ella, de todas formas, seguían poniéndola nerviosa. En cualquier parte del mundo le sucedía lo mismo, creía escuchar el sonido de su tragedia personal. No pudo continuar sentada, necesitaba moverse. Quería a sus hijos cerca.

Regresó al teatro. Abrieron las puertas y el público comenzó a salir lentamente, tratando de prolongar el momento en el lugar. Mientras caminaban por Corrientes, escuchaba sonriente y calmada los comentarios de sus hijos sobre el concierto de Charly.

Clandestinos dentro de los clandestinos

Al llegar a Aeroparque, con José recién nacido, la esperaba un compañero que la trasladó a una casa quinta en la provincia de Buenos Aires. Allí la encontraría Mariano. En ella vivían Alberto, miembro del buró político, su esposa e hijos. La alegraba saber que tendría cerca una compañera con experiencia en la difícil labor de ser madre y a quien podría recurrir, ante la infinidad de dudas que la embargaban acerca de los cuidados de un niño.

A pesar de no conocer el lugar donde la llevaron, se sintió en casa. La calidez, el cariño, la absoluta certeza de que todos estaban dispuestos a dar su vida por el otro, establecían lazos humanos indestructibles que en absoluto volvería a encontrar. A pesar de las tensiones diarias de la clandestinidad, se sintió segura con su bebé. En la cocina hervían permanentemente: o las mamaderas de José, o sus pañales, o el agua; era zona invadida por la aprensión de Paula a que su hijo contrajera alguna enfermedad. Los demás habitantes tenían dificultades para hacer uso de lugar; aunque molestos, demostraron infinita paciencia. Paula no se despegaba un minuto de José.

Una tarde calurosa tendió una manta, sobre el césped del jardín, para que José tomara sol. Sentada en una mecedora, bajo una canaleta del alero del techo, lo observaba mover en sus manitas un juguete de colores. La primera gota la sintió sobre su hombro, miró instintivamente al cielo que estaba azul sin mínima mácula blanca. Rápidamente el líquido se convirtió en flaco chorro; creyó habría algún desperfecto en el tejado. Al retirar la silla, un leve murmullo de risas contenidas la hizo caminar unos pasos hacia la esquina de la casa; allí, estaban las temidas mellizas, hijas de Gorriarán, de tiernos cinco años, quienes trataban apresuradamente de bajar del techo. Les preguntó qué hacían y ellas contestaron: " Pipi". Eran bellísimas, imposible enojarse con ellas. En ocasiones, pasaban el día en la casa, ellas y algún otro niño, todos hijos de compañeros; el lugar parecía un jardín de infantes infernal.

La atención que su hijo despertaba en Mariano era mínima. En un principio, Paula se desesperó, creyó que no lo amaba. Al ir creciendo José, comprendió que el temor de ser padre, especialmente en las circunstancias en que ocurrió la gestación y el parto, le provocó un bloqueo que no sabía manejar y para el que ella sí había tenido tiempo de prepararse.

Al cumplir un mes el bebé, Santucho la llamó. Con voz grave y la seguridad que lo caracterizaba le dijo: " Josecito -hablando en chiquito a lo que tan afecto son los nortños- ya pasó la etapa más difícil; creo que ya podés dejarlo con alguien que lo cuide y dedicarte a alguna tarea. Se formará una unidad de inteligencia y necesitamos en ella gente de mucha confianza. Tendrá un área operativa de la cual se hará cargo el Cuervo y una de análisis a la cual queremos que vos la dirijas. El capitán Pepe será el jefe. Este aparato de inteligencia será independiente de la inteligencia operativa del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y dependerá del Buró Político, máximo órgano de dirección del Partido Revolucionario de los Trabajadores". Ya existían pequeños equipos de inteligencia del ERP que respondían a su Estado Mayor. Ellos se dedicaban, especialmente, a recabar información para Operaciones del ERP.

Para Paula, lo que ese hombre decía o hacía era sagrado; una cosa era el partido y otra el Comandante. Si él le decía que la necesitaba, ella no dudaba que debía cumplir. De esa manera se integró nuevamente a una tarea concreta dentro de la organización, luego de casi seis meses de inactividad.

Mariano y ella fueron a vivir con una pareja de señores mayores, padres de una compañera, quienes les servirían de "cobertura". Ellos le darían el movimiento normal a la residencia y justificarían ante los vecinos las constantes ausencias de la joven pareja.

Cuando José cumplió cinco meses, Mariano lo descubrió. Enloqueció de amor. Cada cosa que el bebé hacía la magnificaba, babeándose ante los demás. Ante cambio tan radical, Paula más tarde pensaría que de alguna manera sabía que el tiempo con su hijo no sería mucho. Encontraba espacio para su niño. Estaba totalmente prohibido tener fotos de ellos o de algún

miembro del partido. Sin embargo, llegó un día con una cámara y le tomó decenas a José. A pesar de los avatares que se sucederían, su madre pudo rescatar algunas, que se convirtieron en parte de los pocos objetos recordatorios de la relación de José con su padre. Lo hechizaba llevarlo a la calesita; gritaba, saltaba, corría con el niño en brazos buscando el caballito de mayor ostentación o el autito más brillante. José había cumplido un año de vida y aplaudía con entusiasmo los arrebatos de su padre. Ella nunca lo había visto divertirse tanto. Se transformaba en un niño cuando estaba con su hijo y Paula sentía que todo lo que había tenido que pasar había sido resarcido con creces.

La pareja mayor se ofreció amablemente, desde un principio, a cuidar el bebé, quien contribuiría a la relación con los lugareños. Para Paula, la mística y disciplina no llegaban a su hijo, terreno que ni Mariano ni el Comandante pisaban. Prefería tomar el bolso con todas sus cositas y partir desde muy temprano con él. No se le despegaba. Recorría de punta a punta la gran ciudad con el niño a cuestas. Lo cambiaba en el banco de una plaza, bar o restaurante. Tenía que beber su biberón mecido por un tren o un colectivo. Dormían la mayoría de las veces en casas diferentes. Estaba segura de que mientras estuvieran juntos, nada les pasaría.

Dentro del partido, el machismo no era diferente al resto de la sociedad. En la unidad de inteligencia el área de análisis estaba integrada en su mayoría por mujeres y operaciones por hombres, salvo Leonor, la mujer de Mangini. Paula, luego de mucho tiempo, se percató de que para ellas eso era normal, no había cuestionamientos.

El Comandante le daba gran importancia a ese aparato. No tenía contacto con nadie hacia los lados, solo para arriba. Eran clandestinos dentro de los clandestinos. Incluso algunos miembros del buró político, máxima dirección de la organización, no conocían con claridad como funcionaban.

En esos intrincados laberintos conoció a Yoli. Desde la primera vez que la vio, juzgó que era alguien diferente. La recibió con mucho afecto, tranquila, sin la gravedad electrificante

que generalmente se sentía ante un nuevo responsable. Paula sabía que la fama de dura la precedía.

La encontró en una esquina, menuda, vivaracha, pelo de Latinoamérica, ojos de gacela alegre, pecas en la nariz, sonrisa de hoyuelo. Se montaron a un colectivo para visitar a unos simpatizantes que restarían la casa para reuniones. Las recibieron con gran calidez. El respeto y la falta de formalidad la hicieron sentir como si ella fuera parte de la familia. No tardaría en darse cuenta de que la diferencia radicaba en el trato que Yoli daba a cualquier ser humano y recibía a cambio lo merecido. Se detenía en cada detalle de la vida cotidiana de cualquiera y con una sonrisa, sugería la solución más sencilla a sus problemas. Ella tuvo el mérito de reconciliarla con los porteños.

El compañero de Yoli había desaparecido. A diferencia de la mayoría de las personas que se encontraban en su misma situación, ella siempre hablaba de él con mucha alegría. Podía estar muerto, pero para ella era algo muy vivo. Al igual que Paula, se desplazaba a todos lados con su pequeño hijo, Pablito.

Tener una foto de un compañero clandestino, aunque fuera su pareja, constituía pecado mortal. Mucho más, si estaba desaparecido. En una de las tantas ocasiones que llevaron a los niños a jugar en la arena, sentadas las madres en un banco de la plaza, Yoli introdujo una mano en su cartera y sacó de ella, envueltas en una bolsa plástica, varias fotografías. Con chispas de picardía en sus ojos, le mostró fotos de su compañero y de algunos familiares, mientras le hablaba alegremente de cada uno de ellos. A Paula no se le ocurrió, ni por un momento, hacerle un llamado de atención. Poco a poco, suave y pausadamente, como todo lo que ella hacía, Yoli le fue demostrando que ellas tenían necesidades iguales a las de cualquier ser humano, no eran especiales ni diferentes, no eran super mujeres.

Paula la tomó con ella la primera cerveza de su vida. Fue en un bar de la zona norte del Gran Buenos Aires. No habían terminado la primera y tuvieron que retirarse del lugar; las carcajadas que proferían llamaban la atención de los presentes.

En una ocasión le dijo: "¿Porqué te vestís así? Tan seria, pareces cuáquera. Ahora se usan pantalones más ajustaditos, sos linda, pintate un poco." Al poco tiempo, todas las mujeres de ese aparato habían sufrido una increíble transformación. Se vestían de acuerdo a la edad que tenían. Jóvenes mujeres, quienes aprendieron o les habían impuesto que la superficialidad era terrible desviación que podía convertirse en indeseado estigma. El jefe de inteligencia, Juan Mangini, para ellas el capitán Pepe, se burlaba con pillería. Esos cambios, más adelante, ayudarían a salvar la vida de Paula.

Paula y Yoli, luego de una reunión, caminaban juntas rumbo a sus respectivas paradas de colectivo. Yoli llevaba camuflados en las tapas de un cuaderno, importantes documentos de un archivo elaborado por ellas sobre las fuerzas armadas del país, con datos proporcionados por informantes del partido. Llegaron a procesar un organigrama, casi exacto y completo del ejercito y los nombres de cada uno de los jefes más importantes y parte de su biografía y currículum. Al día siguiente, debían ser filtrados a microfilms y transportados a un "buzón" que solamente ellas conocían. En esa ocasión, Yoli agregó dos ejemplares del periódico del partido llamado "El Combatiente", órgano oficial y público del Partido Revolucionario de los Trabajadores, aunque se distribuía clandestinamente. Los había colocado en una carpeta. Paula le sugirió: "Yoli, mejor tirá los Combatientes, si te paran no sólo te estás arriesgando vos". Ella le contestó: "Me queda poco para llegar a casa, se los prometí a alguien". Mirándola con sus bellos ojos hizo un gesto de "¿puedo?" Paula calló y cruzó la calle hacia a su parada. Los miembros de la inteligencia no podían, bajo ninguna circunstancia, transportar materiales de su trabajo con propaganda o documentos del partido. Aunque eran clandestinos, estaban amparados por una infraestructura y documentación falsa de "primera".

Mientras miraba a Yoli alejarse, Paula vio aparecer abruptamente dos patrulleros en la esquina hacia donde su compañera se dirigía. Unos segundos después, apareció una moto de la policía haciendo chirriar sus frenos y montaron una "pinza". Yoli ya no podía hacer otra cosa que seguir hacia ellos, retroceder hubiera llamado la atención. Paula, estática, esperaba su

colectivo, haciendo esfuerzos para no temblar. No dejaba de mirar a Yoli avanzar, sin titubeos, hacia ellos.

El de la moto la paró. Paula, desde donde se encontraba, divisó el esplendor de la sonrisa de Yoli. El policía le indicó algo, ella, tranquilamente colocó la carpeta y el cuaderno sobre el asiento de la moto, buscó en su cartera y le entregó su identificación. También era clandestina, por lo tanto, su documentación era ficticia. El policía la revisó y se la devolvió. Seguidamente, ella le entregó la cartera, él la abrió hurgando en su interior y la dejó pasar sin prestar menor atención a lo que había sobre el asiento de su moto. Sin perder la sonrisa, Yoli todavía se demoró un momento para arreglar algo. Levantó la carpeta, el cuaderno y continuó tranquilamente su ruta con su andar erguido y elegante

Comenzaron a tener señales de que podrían estar infiltrados. La dirección se resistía a aceptarlo. El pensamiento funcionaba más o menos así: ser militante del partido requería de una moral que solamente un revolucionario "aguantaría". Por lo tanto, nadie que no pensara como ellos soportaría dentro de la organización sin llegar a tener un espasmo de arrepentimiento en una de las tantas sesiones de crítica y autocrítica. Los niveles de idealismo eran inauditos.

La inteligencia, liderada por el capitán Pepe, hizo lo posible e imposible tratando de explicar que eso era suicida e infantil. No había manera de que al menos la dirección hiciera un esfuerzo por pensar en el tema. Comenzaron insinuaciones sobre los militantes de la inteligencia, "¿No se estarían convirtiendo en unos temerosos pequeños burgueses a consecuencia de estar inmersos en un aparato tan "desligado" de la realidad"? (léase: masas). Yolanda recordaba con tristeza las sonrisas sarcásticas de miembros del Comité Ejecutivo e incluso del Buró Político. Creía en muchos, pero para esa época comenzaba a dudar de algunos de los miembros de las instancias de dirección del partido. Sabían que la frasecita significaba ponerles el dedo en la llaga. Dentro del partido, ese tipo de descalificación era paralizante para la gran mayoría de militantes.

Cuando el Capitán Pepe entregó a la dirección un informe elaborado por la sección de análisis que, en síntesis, decía: “La moral dentro de la oficialidad joven del ejército enemigo es alta...la nueva camada de oficiales ha sido formada en la mística del deber de “salvar” a la Patria. Para ellos es imperioso matar a todos los “comunistas terroristas”, a sus hijos, parientes, amigos y destruir, de esa manera, la “semilla” sembrada en el país. No sólo entrarán al monte, sino que su mayor aspiración es hacerlo... están siendo entrenados para combatir la guerrilla con otro tipo de armas: la infiltración y el terror; esto enfrentará al partido a una forma de guerra diferente a la de las barricadas y ataques frontales.” La dirección del Partido desechó esta posición, argumentando que ninguno de esos oficiales tendría el valor para llevarlo a cabo.

La presión que sufrían los miembros del aparato de inteligencia los hacía dudar de ellos mismos. Constantemente escuchaban: " Los compañeros de los frentes de masas dicen todo lo contrario". Si dentro de la organización había palabras sagradas, estas eran "obreros" y "masas". El supuesto más obrero era como el Papa para los católicos. En cambio, los miembros de la inteligencia debían guardar el equilibrio entre el filo de la organización y el contacto con los informantes. Debían vivir, moverse y actuar, en lugares impensados para los frentes de masas.

En una ocasión, el Capitán Pepe y el Cuervo, estacionados en una calle de barrio norte, vieron llegar a Federico Luppi a un edificio. Utilizaban un falcon del año. Cuando iban a realizar algún contacto de importancia, con funcionarios del gobierno, de las fuerzas armadas o policía, vestían y actuaban de la misma manera que los servicios. Pepe, al ver al actor, espontáneamente lo señaló emocionado. Luppi, quien había recibido amenazas de las tres A, los detectó y, asustado, regresó a su vehículo para marcharse del lugar.

Las presiones de los demás ámbitos del partido eran refrescadas por las iniciativas de algunos, no pocos, quienes provocaban estallidos de imaginación, ampliando el estrecho marco de las reglas para obtener resultados, aunque éstos no fueran reconocidos. Y, por suerte, Paula había logrado encontrar unos cuantos compañeros para quienes el ser revolucionario,

traspasaba la estrecha frontera de la supuesta “proletarización”; Yoli se destacaba entre ellos. Pero el peso de las “masas” peleaba en sus conciencias y, aunque hubieran encontrado contundentes evidencias, en muchas ocasiones las dejaban pasar.

Paula, escéptica y mal pensada, aseguraba que esa actitud en contra del trabajo de la inteligencia era dirigida. La inexperiencia y preparación empírica del aparato, dotada de una buena cuota de sentido común, no era suficiente para muchos; utilizaban esos elementos como caballito de batalla para descalificar sus recomendaciones. El análisis objetivo de cómo sucedían ciertas caídas de compañeros y, la información que lograban captar de las filas de la policía y el ejército, indicaban, que en sus filas había infiltrados en un inquietante porcentaje; lo aceptarían o no.

No pasó mucho tiempo cuando la realidad, desgraciadamente, les dio la razón. Las caídas de compañeros comenzaron a incrementarse de manera alarmante. En la mayoría de los casos se producían sin explicación aparente. El Comandante la llamó nuevamente. El capitán Pepe, fuerte en sus convicciones, taladraba constantemente a Santucho con sus preocupaciones. Ellos le expusieron que se formaría un pequeño equipo de contrainteligencia con compañeros de probada trayectoria, quienes, apoyados en personal y cuadros, comenzarían a investigar las caídas de modo más puntual. Ella debería hacerse cargo de esa tarea sin dejar las otras responsabilidades: jefa de análisis y comisario política de esos aparatos. En caso de no poder Mangini, ella debía informar directamente al Comandante. La alegró constatar que en la dirección había un grupo importante, donde se incluía Santucho, que comenzaba a razonar sobre el tema.

José debería andar cada vez más en la calle colgando de su madre. Estaba acostumbrado, era casi un gitanito. Crecía y crecía. A pesar de la gran actividad que ella desarrollaba, las distancias que diariamente debía recorrer y las situaciones difíciles que pasaban, el espacio para su hijo era intocable. Su médico, su ropa, sus juguetes y su distracción se contaban dentro de sus tareas fundamentales y siempre tenía tiempo para ellas. Ya no era criticada dentro de la organización por dedicar parte del tiempo a su niño. El partido ya no era

lo único; comenzaban a plantearse otro tipo de necesidades. Su muchachito estaba permanentemente con ella, más bien era parte de ella; sin él, sentía ser mucho menos que la mitad de algo.

Con la actividad en el nuevo equipo, nombrado directamente por el comandante y formado exclusivamente por oficiales del ERP, a su vez militantes del partido, comenzó la etapa más triste y desesperante de su vida. Solicitó que Yoli estuviera en él: su sentido de la objetividad e imparcialidad serían esenciales en los análisis. Aceptaron la petición y Yoli fue ascendida a sargento. Paula percibía que ya no solamente olían al enemigo. Éste exhalaba su aliento nauseabundo en sus cuellos.

La amplitud que caracterizaba a Mariano desapareció por completo. Se envolvió en un rígido caparazón totalmente ajeno a su personalidad. Paula trataba de hablar con él. La posibilidad de razonar juntos cada día era más difícil. La subestimación del enemigo y los errores de apreciación política resultaron fatales para la organización.

Empezaron a salir del país compañeros que trabajaban en la periferia de la inteligencia. Palpaban que no habría forma de hacer reflexionar al partido, el que parecía haber entrado en una vorágine muy difícil de detener. Al ayudar a viajar al exterior y despedir a dos de ellos, con anuencia de la dirección, reflexionó acerca de lo único sobre lo que tenía seguridad: tratando de preservar a su hijo, se quedaría con sus compañeros hasta el último momento.

Uno de los mayores ejemplos de esa ceguera fue el Oso, infiltrado del ejército que ocasionó daños irreparables al partido. Paula comentaba tristemente: “Mucho antes de Monte Chingolo lo habíamos detectado”. Estaba en la logística que dependía del Estado Mayor de Capital del ERP. Llamaron al jefe de la unidad, le explicaron puntillosamente sobre el cúmulo de señales que había sobre el sujeto a su mando. Pero no quiso creer. Las defensas que argumentaba se referían a hechos totalmente subjetivos; “es una buena persona”, “no tiene cara de mala gente”, “siempre dispuesto a ayudar”, “obrero”; cuando en realidad sus características respondían a las de un lumpen. Remitieron la información al Buró, éste solicitó

Los Jardines del Cielo

se tuvieran en cuenta las recomendaciones de la contrainteligencia. El jefe de logística y compañeros que ostentaban diferentes responsabilidades presionaron y criticaron a Santucho para que “controlara” el “aparatismo” en que estaba cayendo el partido. Juicio correcto en términos generales. Esto influyó para que dejaran de lado esa investigación, archivando el expediente.

¿Qué está sucediendo?

En una galería del centro de la ciudad, Carlos descubrió los juegos de realidad virtual, “irreales” para Paula. Los dos muchachos se introdujeron en ellos. Salieron mareados y no muy convencidos. Fueron a cenar a un restaurante con Facundo y su familia, sus hijos aún lánguidos por el efecto del jueguito. Ella recordaba fugazmente las veces que había estado en el lugar.

Ese día, Mariano se encontraría con dos abogados; Paula lo acompañaba. Mientras deglutía un plato de pasta, su compañero trataba de explicarles, a los legistas, la imperiosa necesidad de la organización de que algunos de los compañeros presos tuvieran una defensa legal. No recordaba sus rostros. Se había concentrado en la expresión de los ojos de los hombres, en los que se reflejaba la lucha librada por esa buena gente entre la solidaridad y el miedo. El terror sembrado por los órganos de seguridad fue desgarrante en sus consecuencias humanas. Para sobrevivir había que desterrar los principios, elementos esenciales de convivencia, cayendo en el individualismo lacerante. Mariano trataba de ser convincente. Paula hubiera querido decirles que los entendía; ello seguramente habría sido una apostasía ante los ojos de su compañero. Calló, mientras pensaba que nunca lo harían y no porque no quisieran: el miedo les tapaba la boca y los ojos y les corroía siniestramente la sensibilidad. Había que protegerlos a ellos. Luego de esa cita, regresarían a sus hogares con su mujer y sus hijos y quedarían a merced de sus posibles perseguidores. En tanto Mariano, Paula, los militantes, se sumergirían en las brumas de la clandestinidad, cada vez más transparente para los servicios de inteligencia.

Salieron del restaurante y, en el auto de Facundo, partieron rumbo a su casa a descansar. Él puso música, mientras conducía lentamente por Rivadavia. Carlos estaba ansioso por tirarse a la cama, no se acostumbraba a los horarios de Argentina. Cenar tan tarde e ir a la cama avanzada la noche lo encontraba demoleedor. Agotado, le desesperaba que el auto fuera tan despacio. Escuchando sus suspiros muy quedos, incapaz de quejarse - su educación no se lo permitía -, Paula se concentró en Rivadavia y el sinnúmero de citas que tuvo a lo largo de

kilómetros de esa interminable avenida. Bajo los efectos nostálgicos de las melodías de Mercedes Sosa, creyó percibir viejos olores.

En varias oportunidades comprobaron que habían sido infiltrados con miembros de su misma organización. El Servicio de Inteligencia del Ejército (SIE), comenzó a utilizar la metodología de presionar a militantes del partido que habían sido detenidos sin conocimiento de la organización y, a través de amenazas sobre algún familiar, al que generalmente mantenían en cautiverio o vigilado, conseguían información.

En pocos casos detectaron que habían sido entrenados, especialmente, para infiltrarse en la organización. Uno de estos sujetos logró incorporarse a la periferia de la Compañía de Monte. Cuando fue descubierto, reconoció pertenecer al SIE. Luego del juicio y para descartar a un sospechoso del Estado Mayor de Capital, le ordenaron a éste que ejecutara al de la Compañía de Monte, misión que cumplió. Para la dirección, fue una prueba de lealtad. La imaginación de infantes no les permitía visualizar que el enemigo podía llegar a ser tan práctico, incluso con su gente. Eran capaces de sacrificar un peón por otro que pudiera tener mayor valor para ellos. Este tipo de actos no cabía en sus ingenuas cabezas de briosos luchadores por el cumplimiento de la Convención de Ginebra.

Monte Chingolo fue el golpe más duro que sufrió la organización en un combate. Al comprobar que, en el cuartel que intentaban tomar, los estaban esperando, las dudas pasaron la frontera del pensamiento individual de los que quedaban vivos y se incorporaron a la conciencia de la gran mayoría. La revolución no era históricamente un hecho, dependía de sus dirigentes y un pueblo. Los primeros podían equivocarse, los segundos no interesarse.

Paula lo vivió como el comienzo ineludible de la catástrofe. El Oso quedó totalmente al descubierto: nadie dudaba era uno de quienes habían entregado la operación. A pesar de que sus apreciaciones y las de sus camaradas eran confirmadas, no les alimentaba en nada el ego. No había tiempo para discusiones, les preocupaba que los servicios enemigos hubieran dejado en evidencia al Oso. De acuerdo a la experiencia recopilada, podía responder a las siguientes

razones: que en la delación de esa operación no hubiera participado solamente dicho sujeto, que tuvieran otros infiltrados bien ubicados dentro de la organización o ya los consideraban destruidos. La dirección dio la orden al equipo operativo para que ejecutara la detención del Oso; Paula debía ser una de los interrogadores. Tenía compendiada información sobre él desde hacía mucho tiempo; sin nunca haberlo visto sabía hasta lo que le gustaba comer. Habló horas, no hubo necesidad de presionarlo ni de hacerlo entrar en contradicción: contaba todo con detalles, muchas veces llorando. Para Paula, contradictoriamente, fue una experiencia humanamente devastadora.

Sorprendentemente el sujeto, con gran alivio, descargaba en ella todo lo que tenía adentro. Ella observaba el odio en sus compañeros. Todos los que estaban en esa casa eran hombres, era la única mujer. No sabía si por esa condición, su manera de ver las cosas era diferente. Hacía un esfuerzo por escarbar en las contradicciones humanas de ese deshecho. Ella no lo odiaba. Había sido casi una obsesión en sus informes, en sus análisis, lo había perseguido pista por pista, hecho por hecho. Lo olió en compañeros desaparecidos, muertos y torturados. Había tratado de convencer a la organización, desde hacía mucho tiempo, de su culpabilidad.

A pesar de ello, Paula experimentaba una reacción muy diferente a la de los demás interrogadores, custodios y miembros de la casa. No entendía cómo podían manifestar tanto aborrecimiento, cuando de alguna forma todos se lo habían permitido, consciente o inconscientemente. Los resultados fueron catastróficos: más de trescientos militantes muertos por responsabilidad de ese hombre. La actitud de sus compañeros la ayudó a descubrir que el enemigo estaba adueñándose de ellos. La violencia contenida, que asomaba por lapsos, ponía en evidencia el deseo de venganza. Los sentimientos que habían aprendido desde niños, dentro de una sociedad injusta, afloraban, incapaces de pensar y actuar de manera diferente. Observándolos, “el hombre nuevo” parecía desvanecerse. Era una guerra; muchas situaciones no deseadas eran necesarias y se hacían para que supuestamente no volvieran a repetirse. Estaba segura de que sus compañeros hubieran querido no sentir lo que sentían. Él había hecho su vil y repugnante trabajo. Paula era el comisario político de esos aparatos y debía imponer

los criterios y principios que el Comandante siempre les había inculcado: cumplir la Convención de Ginebra. No debían, ni siquiera, tocar a un traidor o a un prisionero.

En varias oportunidades tuvo que solicitar que se fuera el propio jefe de la Inteligencia para poder hablar con el Oso. No jugaban el juego del “bueno” y el “malo”, tan usado por los servicios. Sabía que ante ella estaba un hombre destruido, en contra del cual no era necesario ningún subterfugio. Ella quería información, quería saber, quería aprender de esa piltrafa humana, quería salvar a su organización. Solo con ella, él se abría como libro negro que goteaba sangre, y narraba los detalles más insignificantes. Cuando salía de la habitación, extenuada, después de largas horas de interrogarlo, buscaba algún rincón apartado de la casa para descansar de tanta basura. El Oso se desesperaba y la hacía llamar: “Que venga la princesita, quiero hablar con ella”. Lo poco de persona que le quedaba lo había ligado a ella, generando una dependencia que a Paula le producía un sinnúmero de sentimientos encontrados; sentía que caía en un abismo oscuro y viscoso. El nunca pidió que no lo mataran: “Princesita, he hecho mucho daño, sé lo que me merezco”. Contaba, hablaba, describía. Llegó un momento en que ella debía hacer esfuerzos para escucharlo. Ya no quería saber, quería huir. Sus ideales de joven estudiante enfrentando a la policía en la calle y defendiendo sus reivindicaciones chocaban violentamente con la realidad de una guerra sucia que no imaginaron, para la que no estaban preparados y que fue introduciéndolos a la frontera del lodo sin darse cuenta.

Santucho, cuando el jefe de la Inteligencia no podía, la esperaba para que le informara. Mientras ella hablaba, él miraba el piso, se mecía la cabeza con las dos manos y la atosigaba a preguntas. Estaba demacrado, nervioso; en su profunda voz navegaba la tristeza, si bien hacía lo posible por disimularlo.

El jefe de la Inteligencia le informó, delante del Oso, quien lloraba en silencio percibiendo su inminente final, que ya no era necesaria su presencia. Las instancias de dirección del partido habían tomado su decisión, basada en los informes que relataban el daño que ese hombre había ocasionado a la organización.

Paula se preguntaba: ¿Qué está sucediendo? ¿Cuándo desapareció lo romántico, sensible y alegre de la revolución? ¿Era responsabilidad de ellos? ¿Los asesinos del poder habían logrado penetrarles la estructura mental? No quería sentir lo que sus compañeros manifestaban, aunque se tratara del responsable de la muerte de tantos seres queridos. No quería la venganza, sí el castigo. Esas contradicciones instalaban en ella, por relámpagos demoledores, la sensación de traidora.

Mucho tiempo después, luego de la derrota electoral que sufrió el Frente Sandinista en Nicaragua, José le dijo: “Mamá, no es que las ideas de ustedes sean incorrectas, es que nuestra civilización no está madura para ellas”. Tenía diecisiete años. Paula esperaba que su hijo tuviera razón. Tal vez otra civilización, con una historia diferente de la evolución del hombre, rescatará los mejores valores, no solo de ellos, sino de los millones alrededor del mundo que tuvieron la intención de esculpirlo con el cincel de la justicia.

El 24 de diciembre siguiente a los acontecimientos de Monte Chingolo, Paula se debatía entre el dolor, el miedo y la desesperación. El ataque al cuartel, desde su preparación, pareció un pequeño barco erguido dispuesto a enfrentar la gran ola que hundiría a todos. Información que llegaba del área operativa indicaba que el Batallón 601 (prácticamente convertido en el SIE, en esa etapa) poseía información acerca de la gestación, por parte del ERP, de una operación de gran envergadura en la provincia de Buenos Aires. Ella, como la gran mayoría de sus compañeros, desconocía esta posibilidad, pero en los informes semanales al Comandante hablaban sobre ello. En esa ocasión no hubo recomendaciones por parte de la inteligencia porque esperaban que, al menos, los hubieran orientado a profundizar esa investigación, de ser cierta, lo que no ocurrió. En síntesis, los militantes conocían menos de la operación de lo que el enemigo sabía.

Un grupo de compañeros llegó a su casa por la noche. En el ambiente flotaba la angustia y la tristeza. Mariano, haciendo gala de la venda que rodeaba a los dirigentes, intentó un brindis. Paula perdió el control y estalló un vaso con sidra contra el piso y, profiriendo alaridos, le reclamó a su compañero los acontecimientos en el cuartel, ofuscada por lo que

consideraba una irresponsabilidad de la dirigencia partidaria. El la tomó de un brazo y la arrastró a su habitación. Le dijo: "Sí, las cosas se nos están yendo de la mano, debemos superar la situación o todo puede irse al diablo. No debemos desesperarnos, sería una victoria del enemigo; la calma y sangre fría nos ayudarán a analizar objetivamente lo que está sucediendo. No podés hacer esas escenas delante de otros compañeros". Paula no le contestó.

Poco antes el partido había sufrido, en su estructura interna, un fuerte golpe. La jefa de personal y cuadros decidió irse del país con su pequeño hijo. Con mucha valentía enfrentó la situación ante la dirección. Paula valoró su actitud, entendiendo el sentimiento y la necesidad que la impulsaba a querer salvar su hijo. Sin embargo: ¿Qué sucedería con todos los demás? ¿Dónde se encontraba la línea divisoria entre lo correcto y lo incorrecto? ¿Hasta donde debían sacrificarse individualmente?

Una vez más, tuvo que hacerse cargo de la situación. Se reunieron para que la jefa de personal le trasladara los archivos. Paula la observaba, pensando que nunca podría tomar esa decisión a pesar del inmenso amor que profesaba a su hijo. Su sentido de la lealtad era demasiado fuerte; no obstante, no estaba segura de que serviría en aquellos momentos. Con su pundonor o sin él, los eventos sobrevendrían. La mujer sentada frente a ella únicamente se adelantaba a lo que inevitablemente llegaría.

Salió cabizbaja de la casa donde había tenido lugar el encuentro; el peso de la responsabilidad era muy grande. El partido, por necesidad, había concentrado en una sola persona una gran cantidad de tareas que eran prioridades para la inteligencia del ejército enemigo. Tenía a su cargo toda la información que venía de análisis y de las redes del área operativa de la inteligencia. Manejaba la contrainteligencia informando directamente a Santucho. En su poder se concentraban los organigramas, tanto del Partido como del ERP. Ella pensaba que, si el ejército conocía tanto sobre ellos como sospechaba, pasaría a ser una de las personas más buscadas.

Dentro de semejante panorama, repicaba la gracia que le provocaron los organigramas de la regional de Córdoba y, las carcajadas de Yoli al leerlos. No había un solo nombre “normal” entre los seudónimos. Parecía un zoológico, por la cantidad de animales que la conformaban.

Paula ya había sido ascendida a teniente. Dentro del ERP había cuatro grados, comandante, capitán, teniente y sargento; estos últimos no eran considerados, a pesar del nombre, suboficiales: eran oficiales. Todos ellos eran, además, militantes del partido.

Debido a esta tarea, conoció a otra de las grandes mujeres de la organización, la teniente Inés, jefa de personal en el Estado Mayor del ERP. Con ella se encontraba para coordinar información que Inés le pasaba sobre los miembros de la estructura militar. Era una muchacha de facciones bellas, alta, serena y sonriente. Con su ayuda elaboró un informe sobre la cantidad de personal que el partido poseía: más de 5.000 militantes, de los cuales, aproximadamente 600 estaban destacados en la estructura militar como oficiales. Estos, a su vez, tenían a su mando entre 14 mil y 16 mil aspirantes, combatientes, simpatizantes y colaboradores constantes. No se incluyeron los contribuyentes esporádicos, en su mayoría familiares y amigos solidarios. Esta última cifra era difícil precizarla porque en ese segmento, especialmente el de los simpatizantes y colaboradores, había un constante movimiento, algunos se iban, otros llegaban. Incluso había combatientes, que no representaban una cifra significativa, a quienes no les interesaba llegar a ser militantes y el compromiso que ello significaba; solamente participaban en operaciones militares

Llegaron a la casa de Facundo. Carlos, casi dormido, montó las escaleras agachado y a punto de quedarse allí mismo. José y ella se instalaron en el comedor, conversando sobre Nicaragua. El también amaba profundamente ese país, a pesar de los avatares y la extrema polarización en que se encontraban los nicaragüenses; sus amigos de la niñez y adolescencia vivían en esa bella y castigada tierra.

Un beso grande para Josecito

En los momentos más difíciles de la familia, hubo dos mujeres que se convirtieron en gigantes: Esperanza, la madre de Mariano, y Marina, la primera compañera de Facundo. Demostraron un coraje y amor extremos, dispuestas a enfrentar el terror, llevando como estandartes sus límpidos rostros de mujeres valientes.

Esperanza murió unos días antes de que José, de diecisiete años, regresara a Argentina para estudiar su carrera universitaria y dedicarle unos años a su querida abuela. Paula, al enterarse, no quería darle la noticia a su hijo; consideró que la vida continuaba siendo injusta con él. Al saberlo, José se encerró dos días en su cuarto llorando, sin querer ver a nadie ni comer. Salió del claustro decidido a viajar. Unos días después, un auto atropelló y mató al perrito que adoraba, un chihuahua, el que, según la creencia popular nicaragüense, lo había curado del asma que había adquirido luego de sus secuestros. Era demasiado; la estructura provinciana de Paula, más bien campesina, se alertó y a pesar de los permanentes e ingentes intentos por sostener una lógica científica, consideró estos hechos como de mal augurio. Hizo lo posible para que su hijo no viajara; no lo consiguió. José, joven y retador, digno hijo de sus padres, partió solo a reencontrarse con su patria y desafiar los fantasmas que agobiaban a él y a su madre.

Marina era una de las personas que Paula no podía dejar de ver en ese viaje. No estaba segura de como se desarrollaría el encuentro. Los contactos con ella habían sido escasos a consecuencia de la clandestinidad en que vivían. No la conocía como una amiga, a pesar de ello, los lazos que las unían podían no ser cotidianos, pero sí profundos.

Mirar por la ventanilla de un colectivo y sumergirse en los recuerdos era una costumbre relajante. Esa noche tomaron uno para llegar a casa de Marina y sus dos hijos, el que los condujo a un barrio de los alrededores de Buenos Aires.

La inminente debacle estaba anunciada. Los más, continuaban aferrándose a las consignas que les prometían un mundo de sueños y cristal. Creían que esa cobija los protegería; no podían o no deseaban percatarse de la extrema fragilidad de ella.

Paula y Yoli se sentaron a reflexionar sobre lo que debían hacer. No esperaban orientaciones de nadie, al menos las que hubieran necesitado escuchar. La meta era salvar el material y los contactos. Paula sólo tenía autoridad para hacerlo con el aparato de la contrainteligencia y personal, en inteligencia tenía un jefe inmediato, el capitán Pepe. Reestructuraron todo sobre la base de las posibilidades reales que tenían. Yoli, como usualmente, consiguió la mayor cantidad de infraestructura “limpia”, es decir, lugares poco conocidos por otros militantes. Enterraron la mayoría de los archivos, gran parte de ellos microfilmados, en diferentes casas que solamente ellas conocían y que nunca más tocarían, salvo necesidades urgentes. Dejaron todas las viviendas que tenían alquiladas, comenzaron a moverse y a hacer las citas de contactos en zonas del gran Buenos Aires que nunca habían utilizado. Si el partido no se preparaba para la embestida, ellas harían lo que estuviera a su alcance para intentar prevenirla.

En marzo del setenta y seis, a pesar de las recomendaciones que desde la contrainteligencia llegaron a la dirección, “reunirse lo menos posible”, organizaron un Comité Central. Llegó el ejército. Diez militantes murieron o desaparecieron, entre ellos el jefe de la inteligencia, su mujer y Susana Gaggero, irremplazables militantes de la “vieja guardia”. Los demás, lograron huir; entre ellos, Mariano y el Comandante, gracias a las contradicciones existentes entre los diferentes grupos de tareas que tenían los militares. Se “pisaban el palito” entre ellos, todos querían llevarse “los laureles” y el botín. Si se hubieran comunicado adecuadamente y utilizado la cantidad de personal apropiado en el lugar (tenían tropas desplazadas en lugares considerados estratégicos por ellos, pero a cierta distancia de la casa donde se realizaba la reunión) les hubiera resultado difícil huir a los militantes que lo lograron.

Santucho y Mariano hicieron una lista que entregaron a Paula; en ella se encontraban un selecto grupo de militantes considerados inquebrantables, a los que comenzaron a llamar, los

Los Jardines del Cielo

que sabían de su existencia, la “vieja guardia”. Básicamente, se trataba de los que habían sido miembros del Partido durante las discusiones que culminaron en el V Congreso y que aún estaban vivos o continuaban perteneciendo a la organización, sin importar la responsabilidad que ostentaran. Cuando la leyó, Paula esbozó una sonrisa: entre los “intocables” no se encontraban algunos miembros del Comité Central, ni del Comité Ejecutivo.

En Córdoba se estaban dando señales alarmantes. En una sola noche desaparecieron o mataron a aproximadamente trescientas personas entre militantes y simpatizantes. El Comandante y Paula decidieron enviar al lugar a uno de los mejores elementos de la contrainteligencia, la Negrita, sobrina de Santucho, una joven morena, con hermosa sonrisa de grandes dientes blancos y expresivos ojos negros. Apenas llegó a su destino, comenzó a enviar informes por canales independientes a los establecidos en las estructuras regionales. Ella no informaba a nadie en Córdoba. Tanto el Jefe Militar como el Político debían brindarle toda la información que ella requiriera.

Los servicios de inteligencia del ejército, en un principio, intentaron hacer creer que estaba "cantando" un miembro de la dirección regional que había caído unos días antes. Por varios indicios que se sucedieron, la Negrita aseguraba y presentaba hechos que ponían en duda esta versión. Ella consideraba que era otro, con amplio conocimiento y moviéndose aún, en las filas de la organización, el que estaba pasando información al enemigo. Intentaban encubrir su actuación difundiendo la versión que el dirigente de la regional que habían secuestrado estaba hablando, con lo cual desmoralizaban a los miembros del partido que quedaban libres, quienes comenzaban a desconfiar de sus dirigentes y conseguían encubrir a su hombre.

Paula pensaba que, de ser posible esto, la Negrita estaba en grave peligro, ya que el filtro podría ser un dirigente regional y, en ese caso, conocería cuál era el trabajo de ella. Hizo grandes esfuerzos para traerla a Buenos Aires. Era una de las mejores discípulas de su tío. Tal vez por su parentesco con el Comandante, portaba en sí muchas de las características de él: voluntarista, segura de sí misma, emprendedora, valiente y tenaz.

Llegó con el ceño fruncido. Consideraba que ese viaje solo la hacía perder tiempo, es decir: vidas. Estaba segura de que en un corto período lograría confirmar sus sospechas. Reunidas con Santucho, defendió a capa y espada su regreso a Córdoba. Paula no estaba convencida que consiguiera frenar la avalancha de calamidades que ya tenían encima. Poniendo como aditamento principal la mística del partido, convenció a su tío y obtuvo lo que quería: regresar a esa regional.

Las dos jóvenes mujeres se despidieron con un fuerte abrazo y lágrimas en los ojos. Paula se sentía muy angustiada: presentía que no la volvería a ver. Le hizo una broma: “¿No será que tenés un novio allá?”, tratando de disimular la tristeza. Ella sonrió; su cara de niña-mujer reflejaba el encanto del convencimiento. Agitó su mano diciendo: "Un beso grande para Josecito". Paula, en el recuerdo, se daría cuenta de que como responsable tuvo sus predilecciones, con razón o sin ella. Ese sentimiento hacia alguna o alguno de sus compañeros estaba por encima del hecho de ser jefa, le gustara o no.

La Negrita desapareció apenas llegó a Córdoba, o no llegó. Fue otro golpe fuerte al aparato de contrainteligencia. En Monte Chingolo habían muerto la sargento Piojo y el sargento Hippie, quienes defendieron como en la consigna: “hasta las ultimas consecuencias”, a sus compañeros; no se movieron del lugar que les habían asignado, demostrando los dos un valor sin límites. Dispararon hasta que se quedaron sin municiones. La Titi, otra miembro de ese aparato, había desaparecido, nunca supieron cómo. Posiblemente a consecuencia de alguna “cola” de su compañero, quien militaba en otro frente.

Paula trataba de hacer memoria sobre cada uno de los y las militantes y simpatizantes que trabajaron con ella. Los recuerdos se le agolpaban y tropezaban con grandes lagunas negras en su mente. Sin embargo, había imágenes. La pareja asombrosa: profesionales, cultos y solidarios, ella estaba embarazada y él sentía los síntomas; los atendía una bella mujer, la sargento Luisa, militante de la Sección de Análisis de la Inteligencia. La pareja calmada: responsables y valientes, en la casa de ellos se encontraba el trágico 19 de julio, cuando murieron el Comandante, Mariano y secuestraron a su hijo. La Tana, una joven rubia de

Los Jardines del Cielo

ascendencia extranjera muy reciente, con la que no congenió. Recitaba Moral y Proletarización permanentemente, como una Biblia. Este era un documento del partido que intentaba definir, esquemáticamente, cómo debía ser un militante y las virtudes que debían caracterizarlo. Dura y fría, la consideraba la otra cara de la moneda de Yoli. Tenía una hija que era el bebé más lindo que Paula hubiera conocido. En una ocasión, la niña se infectó con parásitos; eso le permitió a Paula conocer a la “otra” Tana, amorosa, tierna y dulce. Llegó a ser teniente, su compañero fue un médico y oficial de la Compañía de Monte.

El grado más alto dentro del ERP era el de capitán. Solamente Santucho ostentaba el grado de comandante, el que más tarde le sería otorgado a Francisco, un contador tucumano de impecable trayectoria, y a un legendario militante y combatiente de Córdoba, el comandante Pedro: Juan Eliseo Ledesma, quien murió mientras era torturado brutalmente. Le abrieron, vivo, el abdomen y dejaron sus órganos expuestos. Hasta su último aliento gritó: “Viva el Ejército Revolucionario del Pueblo”. Esto fue confirmado por sus mismos captores, asombrados de su valía.

Como él, hubo cientos de militantes que nunca cedieron ante las torturas. Eran famosos, entre los asesinos, los miembros de la Juventud Guevarista. Adolescentes entre dieciséis y diecinueve años que nunca se “quebraban”, incluso ante el más despiadado o aberrante de los suplicios.

Eran tantos los compañeros de quienes nunca más supo algo. Paula, mirando por la ventanilla de ese colectivo, atravesando las calles de Buenos Aires, esperaba que estuvieran con sus familias en esa plaza, o en el auto que acababa de pasarlos, o detrás de la ventana iluminada de alguno de esos miles de apartamentos diseminados por la gran ciudad.

Marina los recibió con un gran abrazo y hectolitros de lágrimas. José y Carlos no hicieron mucho caso de la escena, mostraban síntomas de cansancio ante lo repetitivo del ritual. Los hijos de Facundo, en cambio, miraban sobrecogidos. Sentados a la mesa, Paula percibió el cariño especial que Marina y sus primos le profesaban a José. Contaban anécdotas de cuando

vivían juntos, antes de salir su hijo a España para encontrarse con ella. Las voces enronquecían cuando hablaban de los viajes a la cárcel para visitar a Facundo.

Esperanza y Marina sufrieron profundamente el tener que separarse del hijo de Paula. Ellas también fueron sus madres. Paula contemplaba a Marina, mujer fuerte y de carácter firme, quien resguardó lo que quedaba de la familia en el país, rehenes de las bestias en los momentos más difíciles.

La sonrisa de complicidad de ella y José le provocó cierta inquietud. Surgió en un resquicio que, durante la separación que sufrieron madre e hijo, también la desesperaba, la parte que correspondía al espacio de los sentimientos compartidos, el hueco que ella había dejado y que su bebé tuvo la posibilidad de llenar con otros besos maternos. Luego de ese terrible 19 de julio, había dejado de pertenecerle exclusivamente a ella. José tuvo la posibilidad de sorber la miel materna de otras mujeres.

No es cierto, ¿verdad? No es cierto

El 19 de julio de 1976 Paula despidió, en la puerta de la casa donde vivían en Capital Federal, a Mariano y a José, de dos años de edad. Visitarían a Santucho, quien por un tiempo estaría fuera del país. El Comandante quería ver al niño antes de irse y pidió a su padre que lo llevara; viajaría al día siguiente. Mariano quedaría a cargo del partido en el país.

Paula contempló a su hijo, quien la saludó con su pequeña mano regordeta cubierta por guantes azules; sus dulces ojos de venadito apenas aparecían en el borde de su gorro de lana blanca. Salió a la puerta para verlos alejarse. Las figuras marrón del hombre y azul del niño, mostrándole su espalda y aferrado a la mano de su padre, desaparecieron al doblar la esquina.

Sintió una zozobra diferente. Estuvo a punto de correr tras ellos y pedirle a Mariano que lo dejara. No tenía ningún argumento convincente para que desistiera de llevarlo: imaginó la respuesta negativa y burlona. Para tranquilizarse, atribuyó su estado de ánimo a los difíciles momentos que vivían. Con los años, comenzó a creer en sus presentimientos, a tratarlos con mayor cuidado, a reencontrarse con sus raíces de supersticiones y leche al pie de la vaca.

Mariano no regresó, ni envió al niño como en otras oportunidades. Paula no tuvo ninguna noticia de ellos, lo que era raro. Pensó que posiblemente se habían encontrado con una pinza o algo así y había considerado oportuno quedarse a dormir donde se encontraban. Paula tenía una reunión en casa de la pareja calmada y decidió pasar la noche allí. Como medida de defensa, siempre se asía a la idea de que caer preso, morir o ser secuestrado, les podía acaecer sólo a otros; ellos tres se encontraban inmunes a esa posibilidad. Era preciso convencerse de que lo malo nunca les sucedería: esa seguridad era necesaria para no caer en el pánico. Durmió inquieta y deseando que llegara el día para regañar a Mariano por lo que le había hecho y besar a su bebé miles de veces.

Saltó temprano de la cama. A punto de atravesar la puerta de su cuarto, escuchó un grito. El compañero dueño de casa repetía: "¿Qué es esto? ¿Qué es esto?". Ella corrió hacia él, quien, llevándose las manos a la cabeza, miraba el periódico. Lo vio levantarse de la silla y caminar dando saltos. Paula no quería que le dijera nada, pero preguntó: "¿Qué pasa?". La miró con lágrimas en los ojos señalándole el periódico y diciendo: "No es cierto ¿verdad? No es cierto". En la primera plana aparecía la noticia. Habían matado a Santucho y a Mariano. Dos compañeras, una la esposa del dueño de la casa y la otra la sargento Luisa, tomaron el periódico y rompieron a llorar desesperadamente. Ella no contestó nada, no quería ver nada. El mundo se había venido abajo: estaba segura de que era cierto. Su convicción se basaba en que su compañero no la dejaría pasar toda una noche sin hacerle saber de su hijo.

Una pavorosa desesperación se apoderó de ella. Corrió al baño y se encerró en él. Le faltaba la respiración pero no lloraba, intentaba pensar qué debía hacer. Lo único que repetía para ella misma era: "Mi bebé, mi bebé". Sentada en el piso, junto al lavamanos, mordía con desesperación una toalla blanca. "Tiene que estar vivo, mi bebé está vivo". Debía vivir, debía rescatarlo, si estuviera muerto lo diría el periódico. Se levantó y salió corriendo a leer el artículo completo. Aferró el periódico, las manos le temblaban, el estómago era un oscuro hueco y el corazón lloraba, derritiéndose y provocándole un dolor insoportable. El artículo nada decía sobre José.

Sus compañeros la observaban angustiados e impotentes. Lo primero que pensó fue entregarse. No se lo comunicaría a nadie porque no lo permitirían. Iría a la primera comisaría que encontrara a su paso, diría su nombre y quién era para que entregaran a José a su abuela. Necesitaba creer que podía ser así de fácil.

Salió a la calle desesperada. El compañero intentó detenerla e hizo lo posible para tranquilizarla. No le hizo caso. Sus ojos secos se detuvieron en los rostros de ellos y advirtió el pavor que la hizo sentirse sola. Los vínculos de hierro que habían formado esa organización, comenzaban a licuarse. En la calle, odió más que nunca a esa ciudad; creía que intentaba tragarla. Los edificios se doblaban para golpearla, parecía que caerían. Todo era gris: la gente,

las casas, todo de color ceniciento y brumoso. La gente se reía de ella y los autos no hacían ruido. Parecían haberse confabulado para escuchar, con placer, su dolor. Debía transformarlo en bronca, y al miedo, en el supremo valor de aquellos que no pueden perder nada más.

Santucho, el hombre en el que confiaba, el dirigente único, irremplazable, a quien más respetaba, la fuerza creadora de la organización, ya no estaba para consultarle nada. ¿Qué sería de ellos? Mariano, el hombre que la mimaba en sus momentos de debilidad, el que hizo esfuerzos para convertirla en mujer, ¿Qué sería de ella sin él? A pesar de lo que estos dos hombres significaban en su vida, nada era comparable a no saber nada de su hijo. ¿Entregarse sería lo correcto? No le importaba si ideológica o políticamente era adecuado. Saber qué era lo mejor para su hijo era lo único que importaba. Para tomar esa decisión, sería sólo madre.

Buscó a Yoli y le comunicó su decisión de entregarse. Ella, tomando su mano, sentadas en el banco de una plaza, cerca de un cajón de arena donde unos niños muy abrigados jugaban, y hacia donde a Paula le era insoportable mirar, le dijo: “No sé, no sé que decirte, no puedo indicarte que no hagas algo que creo que, en tu lugar, intentaría hacer. Te pido que te tomes un poco de tiempo para pensarlo, deberás hacerlo sola”.

Visitó todos los equipos. En uno de ellos estaba la hermana del Gringo Mena, con quien vivió en Córdoba los tiempos del embarazo de José. Más tarde supieron que el Gringo igualmente había sido detenido, su esposa y el hijo de ambos, a quien fueron a sacar de una guardería cercana. La Gringa se caracterizaba por convertirse en gigante en los momentos más severos.

En una oportunidad, bajaron a un herido de la Compañía de Monte en estado grave y lo trasladaron desde Tucumán a Buenos Aires. Para las situaciones más delicadas, siempre recurrían a la infraestructura de los aparatos de inteligencia. Alguien de la dirección señaló, convenientemente, que estaría muy bien asistido en la casa de la Gringa. Al llegar a su casa, Paula la vio trajinar con el herido a quien, entre otros cuidados, debía cambiarle pañales, además de atender a sus tres hijos y las tareas que cotidianamente debía cumplir. A pesar de

todo, llevaba permanentemente amarrada una sonrisa en su rostro de luna llena. Esperaba a su compañero, quién nunca regresaría de la Compañía de Monte. Era judío y había combatido en la guerra de los seis días en el Medio Oriente.

Ella organizó, con su clásica energía, un pequeño acto. Le pidió a Paula que les dirigiera unas palabras a los compañeros. Había once; no era habitual tanta gente en una casa. Estaban allí a consecuencia de la caída de un compañero que conocía sus domicilios y a quien torturaban. Paula los miró uno por uno, todos jóvenes de entre 20 y 26 años, expectantes, asustados; parecían náufragos esperando un bote salvavidas. Tres de ellos eran miembros del equipo de la Gringa. Las palabras de Mariano aquel 24 de diciembre: "Aunque estés enojada, histérica o con miedo, jamás se lo dejes ver a los compañeros, vos sos el hilo que los conduce hacia adentro del partido, si demostrás debilidad pensarán que la situación es más crítica de lo que en realidad es", machacaron su cabeza. Les habló durante diez minutos, mirando a la Gringa a los ojos. Ninguna lloró.

Visitó las diferentes residencias donde se habían concentrado los militantes, conversó con sus compañeros y tomó las medidas de seguridad que consideró oportunas. Cómo se moverían, cuáles serían los contactos que debían hacerse, cómo actuar en caso de quedar descolgados, repartir en cada casa el dinero que había, etc. Luego, fue a hablar por teléfono a miembros de la solidaridad en Inglaterra e Italia para que dieran a conocer el secuestro de los niños. Tenía que cambiar de cabina telefónica cada tres minutos para no ser localizada. Había decidido no entregarse; estaba segura de que, de hacerlo, torturarían a José delante de ella; en ese caso prefería morir.

Fueron los primeros niños secuestrados en esa etapa de la guerra. Lo habían hecho en los sesenta, con el hijo de un militante Uturunco, cuando este movimiento en esos años operaba entre el sur tucumano y parte de Catamarca. La noticia golpeó fuertemente a la opinión pública nacional e internacional, especialmente a los europeos. Paula no pensaba en los gobiernos, sino en los hombres y mujeres de la solidaridad, quienes sabían hacerse escuchar. La opinión

publica internacional, tímidamente, empezaba a dirigir su mirada hacia lo que en Argentina estaba sucediendo.

Los contactos hacia “arriba” de la organización eran decepcionantes. Estaban absolutamente espantados y paralizados. Comenzaron a sospechar todos de todos. No tardó en perfilarse el caos. Las acusaciones se multiplicaban, veían filtros en todas partes, incluso los escépticos respecto al tema. Y, como aquel que descubre demasiado tarde algo, la exageración prevalecía.

Paula observaba al miedo bailar a su alrededor; la desconfianza se apropiaba de la mente de los más serenos. Miraba el desastre como quién ve una película repetida; lo había presentido, lo había masticado, aunque nunca imaginó que le tocaría de manera tan dolorosa.

Los primeros días, posteriores al 19 de julio, pocos cumplían las citas. Tenían temor de ser entregados en la próxima. Fue un importante triunfo del enemigo: logró sembrar la suspicacia dentro de las filas del partido. Mientras unos acusaban, los más activos metían preso a cualquier compañero del cual albergaban sospechas. A pesar que algún miembro de la dirección le solicitó reunir a sus equipos, ella hizo todo lo posible por evadirlos.

Para Santucho, la prioridad era la vida de los miembros de la organización, morir por la revolución no significaba poner el pecho a las balas enemigas. Nunca se permitió la utilización de explosivos que pusieran en peligro la vida de civiles y tampoco se planificaban operaciones considerando la posibilidad de un porcentaje de bajas. Sin embargo, el sello de voluntarismo con que forjó a la mayoría de los hombres y mujeres de su confianza se llevaba las palmas en lo que estaba sucediendo. A pesar del dolor que en esos momentos sentía, una sorda rabia hacia el Comandante, por no haber previsto semejante desastre, la embargaba.

Con los únicos que se encontraba segura en Buenos Aires y en esa situación, además de su gente, era con el miembro de la vieja guardia que había quedado a cargo de la inteligencia luego de la muerte del capitán Pepe, el Cuervo, y con Pancho, el jefe de operaciones de ese

aparato. Ella continuaba perteneciendo a inteligencia como jefa de análisis. Ellos fueron quienes le informaron que a Matías lo habían detenido por orden del Comité Ejecutivo. Unos días antes ellos mismos, habían intercedido para que un grupo encabezado por Matías liberara a Gorriarán, al que habían encerrado en una casa, acusado de la caída del Comandante.

Aún con José desaparecido y sin saber de él, tuvo que interrogar a Matías. En el desgraciado trabajo que le tocó realizar, en esa etapa de su militancia, Paula aprendió a no confiar en nadie. Sin embargo, para ella, este caso era particular. Si bien el detenido no se encontraba en la lista de la vieja guardia, no podía desconfiar de él. Matías y Marisa era la pareja con quienes había vivido en el humilde barrio cuando hacía lo posible e imposible por quedar embarazada. Fueron quienes se quedaron con su perro Toribio y con quienes compartía la casa ese 19 de julio; pero, fundamentalmente, porque él nunca había estado relacionado con ninguna señal de infiltración.

Podía decir que tenía confianza en general, tanto en Matías como en Gorriarán. La duda se limitaba a la fisura que siempre deja, y donde se aprende que todo es posible, la actividad de inteligencia. Para cumplir los objetivos de ese trabajo, debían realizar un ejercicio permanente y riguroso de búsqueda de la objetividad, dejar de lado los subjetivismos e intentar introducir los razonamientos y conclusiones en un espacio carente de sentimientos. Era un compromiso ineludible el asegurar un porcentaje importante de certeza y no sufrir influencias políticas o personales. Se trataba de la vida de personas; una equivocación podía significar el escarnio o muerte de un compañero. Fue una preocupación constante no cometer errores. Esa reflexión llevó al Comandante a ser, en ocasiones, poco enérgico y a apoyarse en los jefes inmediatos de los sospechosos, ante el temor de cometer una injusticia irreparable.

Ese 19 de julio, Gorriarán estaba separado de la dirección por haber cometido faltas consideradas graves. Ese hombre representaba, en gran medida, el espíritu de los primeros tiempos de la regional Rosario. Los norteños eran pura mística, alimentada por las tradiciones provincianas y, en gran medida, su conducta estaba calcada de comportamientos y valores

Los Jardines del Cielo

religiosos. Los cordobeses equilibraban esa mística con la habilidad y la esencia urbana. A los rosarinos, la mística no los tocaba, sólo permitían ser salpicados por ella: el pragmatismo era su bandera. La regional Buenos Aires era un mosaico más rico y diverso. En el partido eran escuchados especialmente sus obreros, quienes, en un principio, eran trabajadores de grandes fábricas, aunque paulatinamente se fueron incorporando lumpenes o pseudo obreros, que cambiaron profundamente el espejo social donde se miraba el partido e influyeron notablemente en sus apreciaciones políticas.

Gorriarán era un fiel representante de su regional. En aquellos difíciles momentos, Paula caracterizaba los hechos protagonizados por ese hombre como excesos graves que no invalidaban su condición de dirigente del partido. Por ello, dejando de lado la naturaleza de su trabajo, nunca lo consideró objeto de duda y salió, visceralmente, a defenderlo. Estaba convencida de que, frente a la muerte de los tres principales dirigentes, incluido el Gringo Mena, el único que tenía alguna posibilidad de sacarlos adelante era Gorriarán. Posiblemente, porque en él veía el voluntarismo que tanto respetaba. Este discernimiento la hizo apartar el principio fundamental de su trabajo: la objetividad.

La dirección le ordenó interrogar al detenido. Ingresó a la cárcel bajo tierra ubicada en un barrio del Gran Buenos Aires que tenía varias celdas. El responsable de la cárcel, transitoriamente, era un capitán de la Compañía de Monte, Pasto Seco, con quien, a principios de los setenta trabajó en la construcción de una cárcel en Tucumán, cuando él realizaba los primeros reconocimientos del terreno donde operaría la Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez. Se saludaron calurosamente y con tristeza. La electricidad del momento no les permitió disfrutar el reencuentro.

En uno de los cubículos estaba Matías sentado en la cama. Colocaron una silla más. Hizo un esfuerzo sobrehumano para parecer tranquila. Matías no sabía cómo dirigirse a ella, si decirle compañera o no. Seguramente los carceleros se lo habían prohibido. Estaba demacrado y sus ojos, grandes y marrones, rojos por el llanto. Paula lo abrazó. "Gracias, sos la primera que me trata como a un compañero" y gritó desesperado: "Soy un compañero, soy un

Los Jardines del Cielo

compañero", prorrumpiendo en llanto nuevamente. Ella pensó: "¿Por qué carajo el Comandante me designó a mí para semejante tarea?" Lo calmó, adoptó la postura fría requerida y comenzó a interrogarlo. En unos minutos se derrumbó. Paula tenía veinticuatro años, un hijo desaparecido, su compañero muerto y ese hombre frente suyo, a quien debía tratar como a un enemigo, la había apoyado siempre. Las fronteras se desvanecían, las líneas divisorias de las creencias y los sentimientos que siempre consideró definidas nítidamente, como en el mapa que hizo en quinto grado, se movían en un terreno pantanoso profundamente variable.

Comenzó a sollozar despacio: no quería que el compañero de guardia, fuera del calabozo, la escuchara. Matías le susurró: "Paula, dependo de tu trabajo, debés hacerlo, por favor". Y lo hizo.

Cuando terminó, elaboró un informe para la nueva dirección donde exponía que no había encontrado ningún elemento que le permitiera dudar de Matías, agregando que el partido debía hacer un llamado a respetar las estructuras y prohibir a los militantes tomar iniciativas por sí solos. Recomendó el traslado de Matías a otro frente de masas.

La policía tal vez pueda ayudarla. Lo siento, señora

Entrada la noche, salieron de la casa de Marina. Carlos no entendía mucho el parentesco, ni su pertenencia a la familia paterna de su hermano. Ponía cara de interrogación, escrutaba en los rostros, pero no preguntaba. Paula, con un esbozo de sonrisa en los labios, recordó el día en que José y ella, sentados en el patio de su casa en Nicaragua, le contaron a Carlos que su hermano mayor había tenido otro papá. La primera reacción de Carlos, a sus cinco años, fue: “¿Entonces, yo soy adoptado?”

Facundo los recibió afectuoso como siempre. Hablaron sobre el viaje a San Nicolás, lugar de origen de la familia paterna de José, donde pasarían el Año Nuevo. Paula quería visitar al hermano mayor de la familia, su esposa, hijos y nieta, niña absolutamente mimada y adorada por todos. Era la primera mujer que llevaría el apellido Urteaga luego de varias generaciones. José era su padrino.

Paula pasó días sin dormir. La angustia desesperante que la trasladaba abruptamente a la realidad era insoportable al despertar. Su hijo no estaba a su lado, no sabía si vivía o estaba muerto. Al cuarto día confirmaron: José estaba vivo. La alegría tuvo un breve espacio. Sintió que el hilo que la unía a la realidad era débil. Saber que su hijo estaba en manos de esa gente creía que la haría enloquecer. ¿Cómo lo tratarían? Si lo hacían dormir solito tendría temor a la oscuridad ¿Le darían de comer?

La gran mayoría de militantes clandestinos tenían prohibido movilizarse armados, la práctica había demostrado que eso ampliaba el margen de riesgo de ser atrapados. Confiaban en la documentación falsa que poseían. Desde el día en que supo que José estaba vivo y en manos de los militares, comenzó a movilizarse armada. Pancho, en contacto con los informantes de la organización dentro del enemigo le advirtió: “ Si caés viva van a torturar a José para que hables, están desesperados por atraparte”.

Llevaba un arma, no para defenderse, sino para suicidarse en caso de que la atraparan. Estaba segura de que ellos sabían que una de las personas vivas con mayor conocimiento sobre la estructura del partido era ella, por lo que no tenía dudas; si caía en sus manos mientras tuvieran a su hijo, lo torturarían para que ella hablara. Operaciones le informó que un grupo especial de esbirros trataba de localizarla.

Facundo, Esperanza y Marina estuvieron a su lado. Al tener la certeza de que José estaba vivo, el objetivo de ellos fue rescatarlo. Buscaron un abogado, un ser extraordinario al que Paula vio una sola vez y no pudo retener con precisión el encuentro. La impresionaron su tranquilidad y fortaleza, a pesar de los momentos que se vivían y el riesgo que él mismo estaba asumiendo; invaluablemente meritorio cuando nadie se les quería acercar. Este gran hombre se movió constantemente y sin temor, golpeando puertas, visitando destacamentos policiales y militares, presentando recursos de Habeas Corpus.

Paula, mientras tanto, desde diferentes teléfonos públicos se comunicaba con Italia e Inglaterra. La noticia del secuestro de los dos niños había sido publicada en algunos medios de comunicación de Europa. Los miembros de la solidaridad se movían como verdaderos militantes. En el exterior se encontraban miembros del partido destinados a esta tarea desde hacía tiempo. Ella tenía contacto con ex miembros de la inteligencia, quienes habían salido del país por motivos personales, integrándose a esa tarea.

Paula buscó contacto con su familia. Esperaba, a partir de ellos, tener otro frente de presión. Llegó desde su madre desde Córdoba. Sentadas en la Plaza de Flores, la joven le pidió que golpeará puertas para averiguar el paradero de su nieto. Por razones de seguridad, y como Mariano era más buscado que ella, el niño había sido inscrito con su apellido. Pero el terror había traspasado, en este caso, las fronteras de la sangre. Su madre estaba paralizada.

A través de las lágrimas, vio la iglesia y le pidió a su madre que la acompañara. Cruzaron la calle, entraron a una oficina donde una mujer les preguntó que querían. Paula le

dijo: “Hablar con el párroco”. La urgió desesperada: “Es un caso de vida o muerte”. La mujer puso cara de alarma, se levantó de un salto y corrió hacia una puerta de vidrio. Regresó explicando que el cura jefe no estaba, pero que alguien las atendería.

Atrás de un escritorio, un hombre no mayor de treinta y cinco años, vestido de sacerdote, las recibió con una sonrisa de tranquilidad. Paula creyó haber llegado al lugar adecuado. Comenzó a hablar y a llorar. Sollozos entrecortados no le permitían, por instantes, articular una sola sílaba. La cara del sujeto comenzó a cambiar ostensiblemente. Muy respetuoso permitió que ella finalizara el relato y silabeante dijo: “Señora... ¿porque es señora, no”? Paula lo miró sin poder creer que la primera alusión fuera a su estado civil, en un intento de descalificar el horror que vivía su bebé porque sus padres no estaban casados ante su Dios. Continuó dirigiéndose a su madre, quien continuaba petrificada: “La juventud de hoy en día está perdida, no se da cuenta de lo que hace, ponen en peligro a todos, incluso a mí, ahora”. Paula con un hilo de voz, haciendo lo posible por encontrar algo de compasión en esa masa, supuestamente humana y tratando de no ser agresiva, buscó las palabras adecuadas para que reaccionara: “Se trata de un bebé, un niño de dos años, ¿qué deudas debe pagar?” El cuervo negro le contestó: “La policía tal vez pueda ayudarla. Lo siento señora”.

No encontraba explicación al arrebato de dirigirse a esa iglesia, salvo el de la desesperación o, tal vez, tropezó en el fondo de su cabeza con grietas escondidas de una educación recibida hacía miles de años. Ingenuamente, buscó un rostro de solidaridad en esa ciudad, no para ella sino para su hijo, en el lugar equivocado. Comprobó que el miedo no solo se había alojado en sus compañeros; se extendía como una mancha contagiosa subiendo desde las piernas de los argentinos para instalarse en sus entrañas. No estaba segura de que fuera el caso de ese representante de Dios en la tierra; le pareció más que miedoso, insensible, a comparación de aquellos religiosos que, a lo largo del mundo, especialmente en América Latina, habían dado incluso su vida en defensa de la justicia.

Hacía más de cinco años que su padre no sabía de ella y no estaba al tanto de que era abuelo. Al enterarse de la situación, llegó desde Tucumán. Le dijo: "M'ijita, yo, en lo que puedo

ayudar, es regresando inmediatamente para hablar con los militares que conozco". A pesar de ser miembro de una conocida familia en la provincia, haber en algún momento fungido como funcionario público, dos veces senador, no tener contacto con ninguna organización de izquierda, fue secuestrado, enterrado vivo y mantenido prisionero por haber preguntado por su nieto. Sobreviviente de los campos de concentración tucumanos, logró salir luego de casi un año, cuando el jefe militar de Tucumán, el carnicero Bussi, recibió la orden por parte de su superior, el general Menéndez, de dejarlo en libertad. Lo acosaron e intentaron destruir por años.

No obstante, ante situación tan adversa, el abogado se movió de forma constante y sin temor. Le había llegado información de que los niños se encontraban en un cuartel de la policía en San Martín, provincia de Buenos Aires. Allí corrió el moderno Quijote, sin armadura, sin Sancho, solo frente a los nauseabundos gigantes. Consiguió penetrar las vallas azules y rescatar a los bebés. Gracias a su humanidad, coraje y dignidad, unidas al inmenso amor de la madre de Mariano por sus hijos y la solidaridad internacional, Paula pudo abrazar nuevamente a su bebé después de dos meses de estar secuestrado. El hijo del Gringo Mena regresó al natural cobijo de su familia.

Los periódicos destacaron, en primera plana, las grandes muestras de humanismo y respeto a los derechos humanos que los dignos militares, gobernantes de Argentina, demostraron regresando a ambos niños al seno de sus respectivas familias. Videla sonreía desde el papel con su cara de palo con bigotes intentando demostrar magnificencia. Paula, al ojear el periódico, vio la magra figura copada por el poder y el oscurantismo, donde no había lugar para los sentimientos. Experimentó un odio y aborrecimiento tal, que le impregnó la piel con un olor agrio que no podía arrancarse; deseaba despellejarse. Estaba segura de que ese hedor la acompañaría siempre; esperaba acostumbrarse a él hasta ver pasar el cadáver de su enemigo.

En esa victoria, desdichadamente, nada tuvo que ver el partido; únicamente Yoli, constantemente Yoli, fraternamente Yoli, tratando de menguar el profundo dolor que Paula

padecía. Ningún compañero o compañera tuvo algún otro gesto, salvo el de preguntar por su hijo. Nostálgica, recordaba los primeros años de militancia, cuando la solidaridad era lo primero y una de las grandes justificaciones para emprender tamaña empresa. La organización dejaba de ser, en un proceso dolorosamente rápido, el partido del Comandante.

José avanzaba por una calle del barrio de La Boca en brazos de su abuela, sonriente. Al ver a Paula, se soltó del cobijo protector de Esperanza y caminó mirando a su madre. La abuela, amorosamente, lo empujó suavemente hacia ella, quien cayó de rodillas para estar a la altura del niño. Su hijo le dijo: "Tati, Tati, te quiero, mataron a mi papá". Paula lo apretó fuertemente a su pecho, deseando poder fundirlo a ella. Hablaba perfectamente, ya no balbuceaba.

La alegría de la abuela Esperanza alumbraba el frío día. Las casas, calles y árboles los saludaron, regalándoles el tono que el paisaje adquiere al minuto de la luminosidad, como la llaman en el trópico. La hora cuando el sol comienza a retirarse y cada objeto, sobre la tierra, despidе luz propia. Pero ese extraordinario instante no estaba ocurriendo en un atardecer cálido, sino en una fría mañana a la orilla del Río de La Plata. Paula estaba segura de que, en aquellos sublimes minutos, de reencuentro de madre e hijo, Esperanza sentía a Mariano muy cerca de ellos.

Paula no podía llevar a su hijo con ella. Amenazaron a la abuela para que no se lo entregara. Seguramente los servicios intentarían controlarla a partir de los encuentros que, supusieron, mantendría con su hijo. Tratando de ser positiva, al menos ese día, pensó que podía tratarse de un indicio de que no habían podido colarse aún en los aparatos de inteligencia del partido.

En los primeros encuentros con José, no se percató de ningún tipo de seguimiento, aunque más tarde supo que, en alguno de ellos, había sido fotografiada. Era muy difícil mantenerse alerta y a la vez vivir esos pocos momentos con su niño. Trataba de verlo la mayor cantidad de veces que fueran factibles. En ocasiones, lo llevaba a pasar un día con ella. Los

Los Jardines del Cielo

contactos ponían en peligro a todos, pero era lo único que valía la pena. Yoli, siempre cerca, la alertaría frente al peligro. Las dos sabían que no se podía hacer más y que tampoco de mucho serviría. Paula aprovecharía al máximo el juego de ellos: localizarla cuando quisieran para tratar de seguirla hacia su red. No estaban seguros de que ella hablaría en caso de ser atrapada. A su hijo, creía, no podían secuestrarlo nuevamente. La presión internacional continuaba dando muestras de furia y organización ante el primer secuestro de niños en esa etapa de la guerra.

Videla había dejado ver al mundo su supuesta generosidad. Regresó a sus familiares a dos bebés “abandonados” por sus padres irresponsables. No era conveniente secuestrar nuevamente a un niño luego de una noticia que causó tanto revuelo. Los asesores más diabólicos susurraban al oído del dictador: “Espere un poco, un poquito más”. A él y a sus secuaces debían encerrarlos tres horas al día para que descargaran su furia mordiendo perros. Mientras un médico, de aquellos formados para salvar vidas y que se especializaron en matar, se encargaba de las heridas que a los espantados animales les provocaba el veneno verde olivo y un cura bendecía tal acto de fe. Con los presos políticos no podían hacerlo, temían que les contagiaran el comunismo.

Paula sabía que esa situación no podría mantenerse por mucho tiempo. En algún momento debería dejar de ver a su hijo.

Pequeño burguesa, pequeño burguesa

Mattini, quien había reemplazado al Comandante, la citó para que le informara acerca de sus conclusiones respecto a Matías. Para sorpresa de Paula, parecía tranquilo y actuaba con aplomo.

Paula le transmitió oralmente el informe. No había encontrado ningún elemento que le indicara que Matías era agente enemigo. Hablaron de la posibilidad de que, por un tiempo, estuviera “en la base”, en un frente de masas. Sabía que a Mattini ese tipo de soluciones le caían como anillo al dedo. No pudo estar al tanto si cumplieron y le era imposible comprobarlo. Las estructuras del partido comenzaron a cerrarse para ellos. Alguien le comentó, meses después, que Matías, miembro de una familia tradicional de Tucumán y de nombre Manuel Vicente Posse, había desaparecido el 14 de mayo de 1,977. Desconocía las circunstancias y si era cierto.

Estuvieron de acuerdo en la necesidad imperiosa de guardar la calma. Le informó que, en una reunión de lo que quedaba del Comité Ejecutivo, habían decidido que el Buró Político debería hacerse cargo de la investigación de la caída de Santucho, Mariano y los demás.

Se lo dijo con seguridad, con el tono del que está convencido que todo podría resolverse. Esa actitud hizo sentir a Paula cierta brisa de esperanza. Agregó, dirigiéndose a ella: " Tenés carta blanca para investigar todo lo que queda del partido, incluido el Buró Político, y tratar de resolver rápidamente las acusaciones; son un cáncer que se difunde aceleradamente por la organización". Por un momento pensó que ese hombre, sin el apoyo de parte de los militantes, sin la garra y fuerza requerida, especialmente en las circunstancias que estaban viviendo y, con otro estilo, sin la esencia voluntarista nacida en el norte, posiblemente podría salvarlos. Pero ese haz de dirigente rápidamente se fue apagando por la inconsecuencia demostrada frente a las decisiones tomadas más adelante.

A la inteligencia no le habían tocado más militantes luego de la caída de su jefe y su compañera en la reunión del Comité Central de marzo. Sufrieron la pérdida de un informante importante, un comisario de la Federal. Paula no podía precisar la fecha. Sus mismos colegas lo mataron haciendo aparecer el hecho como suicidio. Lo arrojaron por la ventana de una dependencia policial.

Paula formó un equipo especial para investigar la caída de Santucho y su compañera, Mariano, Mena y su compañera. Estaba integrado por los mejores militantes de los diferentes equipos a su cargo. La inteligencia continuaba, febrilmente, proporcionando información a través de su sección operativa. Dentro de la montaña de datos que llegaban sobre el caso, pudieron rescatarse algunas señales. Debó iniciar esa labor con su hijo todavía secuestrado. Trató de tener mínimo contacto con la organización.

Visitaron varias veces el edificio donde ocurrieron los hechos, especialmente los negocios cercanos. Se introducían en cualquiera de esos recintos, generando comentarios y la gente, la mayoría de las veces, comenzaba a hablar. Esta característica tan particular de los argentinos no es fácil encontrar en otros países. Así, confirmaron que del lugar habían sacado un cadáver y otra persona gravemente herida cuya descripción correspondía a Mariano, una mujer viva, Liliana Delfino, la mujer de Santucho, y a un niño. Hubo un segundo allanamiento en otro apartamento del mismo edificio donde vivía Alberto, miembro del Buró Político: allí no encontraron a nadie. En las inmediaciones de la vivienda fue secuestrada la mujer de Mena, quien estaba embarazada, y su hijo sacado de la guardería donde asistía.

En la fase de reconstrucción de los hechos se destacaron por su entrega y fervor, a pesar de las circunstancias, todos los miembros del equipo. En un primer momento, no estaba claro donde había caído el Gringo Mena; más tarde, pudieron saber de dos citas que había tenido en el espacio de tiempo en que había sido capturado. Las dos, con militantes relacionados con la regional de Córdoba. Analizaron los datos facilitados por los informantes, conversaron con la mayoría de los militantes que en esos días habían tenido contacto con los

caídos y lograron reconstruir, hora por hora, gran parte de los últimos quince días del Comandante y Mariano.

Llegaron a barajar varias hipótesis. Dentro de la gama de probabilidades de cómo podrían haber sucedido los hechos, había tres que se destacaban. La primera: contactos mantenidos con otra organización guerrillera, donde se trataban asuntos de vital importancia, como la eventualidad de operar en conjunto. Otras, coincidían en lo primordial: la pista sobre el lugar donde se encontraba Santucho, y su inminente salida del país, habría llegado a los servicios de inteligencia enemigos desde Córdoba o de un militante oriundo de esa provincia. La tercera, podría haber sido una combinación de ambas.

Los resultados eran abrumadores. Las dos últimas posibilidades se circunscribían a militantes del partido, uno de ellos un militante cordobés de gran trayectoria quien, supuestamente, habría entregado al Gringo Mena para salvar a su compañera secuestrada. Otro de los militantes, quien en esos días tuvo citas con los caídos, había sido el responsable militar de Córdoba. Paula nunca consideró seriamente esa opción, sólo la tuvo en cuenta por la presión de los otros miembros de la contrainteligencia. Sin embargo, la que se imponía con mayor fuerza, por el cúmulo de coincidencias y señales, involucraba a un alto dirigente del partido y, en ese momento, integrante de la dirección de origen cordobés.

Paula analizó la información con los miembros del equipo a su cargo. Nunca pudieron confirmar insistentes versiones que indicaban que el Gringo Mena había caído con un recibo con la dirección de la casa donde se encontraba el Comandante. Esta hipótesis venía principalmente de los servicios de inteligencia. Toda la información recopilada de los informantes del partido era tomada con mucha precaución, ya que, en las grandes caídas de la regional Córdoba, habían tratado de hacer creer a la organización que un miembro de la dirección, quien había desaparecido poco antes, era quien estaba cantando. Esto más tarde fue totalmente refutado sin lugar a dudas: el compañero no era quien estaba dando información. De esta manera desviaban el curso principal de la investigación, mientras el informante permanecía en las filas del partido. Los servicios tenían conocimiento de que el partido, no solo tenía un

aparato de inteligencia sino que, además, un incipiente equipo de contrainteligencia que había sido capaz, a pesar de su falta de experiencia, de detectar con bastante antelación a Monte Chingolo, al Oso y otros.

Pasaron aproximadamente cuarenta y ocho horas sin dormir, hasta que decidieron elaborar un informe presentando las tres hipótesis y contemplando la posibilidad de la convergencia de más de una. No tenían confianza en nadie. El escepticismo y resistencia que la actividad desarrollada por ellos había provocado históricamente en las filas del Comité Ejecutivo y el hecho de que se iba a “tocar” a uno de sus connotados miembros, no burguesito, ni pequeño burgués, sino a un digno representante de la clase obrera, preocupaba a todos. Paula demoró la cita con Mattini. Hizo lo posible para ahondar la investigación, esperando llegar a otra conclusión. Infortunadamente, la realidad era negra; cada día surgían nuevos elementos que los hacían ratificar las conclusiones de la investigación.

Antes de proporcionar al Secretario General los resultados obtenidos, decidió entrevistar al principal sospechoso. Pretendía conocer personalmente su reacción: esperaba una clara señal de preocupación hacia la organización de su parte. Así podría, al menos, instalar una duda en su análisis. Lo citó en una esquina, desde donde lo llevó a una casa que sería abandonada. Al llegar al lugar, notó vigilancia. Mientras caminaba hacia el apartamento junto al dudoso, tuvo la certeza de que al menos un hombre rubio, pelilargo, los seguía con la mirada, recostado displicentemente al borde de una vidriera.

El citado se mostró simpático. Habían tenido poco contacto. A pesar de ser miembro de la dirección, no se encontraba en el listado de la “vieja guardia”. Su compañera estaba presa, él había sido aprehendido junto a ella. Sorpresivamente, a pesar de tener mayor jerarquía dentro del partido, situación conocida por el enemigo, fue expulsado del país y ella permaneció detenida. Desde donde se hallaba, retomó contacto con la organización y reingresó clandestinamente a la Argentina.

Entraron al departamento y se sentaron ante la única mesa. Paula inició la conversación haciendo preguntas para confirmar algunos detalles. El comenzó a transpirar copiosamente; estaba pálido y parecía punto de desarmarse en un charco de sudor. En un principio, trató de hablar pausadamente, pero súbitamente saltó de la silla, gritando: “¿Porqué tantas preguntas?” Paula le respondió que debería saber que el partido estaba llevando a cabo una investigación. Lo vio dirigir su mirada a la puerta, ella pensó que se marcharía o esperaba a alguien. El sujeto tenía miedo y podía ser por dos razones que la llevaban al punto de origen: porque era culpable o porque era inocente y, como la gran mayoría, no confiaba en la organización. Decidió tirárselo en la cara: “Nuestro informe indica fuertes sospechas sobre vos.”

Paula no se turbó con su reacción; al contrario, su estómago dio un brinco de alegría, presentía que estaba dando muy cerca del blanco. La emoción era tan intensa, que no le interesaba que el rubio continuara afuera. Comenzó a ponerse agresivo, diciéndole: "Pequeño burguesa, pequeño burguesa", con los ojos fuera de órbita. Paula sintió que el apelativo no la mellaba. Sonó tan diferente a cuando, años atrás, Clarisa lo había utilizado.

Paula le pidió enérgicamente que se calmara. Le comunicó que otras dos personas sabían de esa reunión y tenían acceso a copias del expediente, que tiró sobre la mesa. Creyó que él se desmayaría al derrumbarse sobre la silla, tratando de leer lo que decía. Transcurrieron lentamente unos instantes de silencio lacerante. El preguntó: “¿Mattini está enterado?” Al saber que todavía no, respiró más tranquilo, su rostro desencajado esbozó una sonrisa. La miró por primera vez directamente a los ojos y le dijo: “¿Tenés más preguntas?” Paula hizo un gesto negativo con la cabeza. El dejó el apartamento sin saludarla.

Caviló sobre lo delicado de tener la certeza y reunir los elementos necesarios para confirmar o desechar las sospechas. Sin embargo, en la labor de inteligencia, un sospechoso debía demostrar su inocencia. Los permanentes consejos del Comandante sobre la imparcialidad y la objetividad para analizar los casos, empujaban su conciencia. Era imprescindible partir de lo irrefutable: un sospechoso, dentro de la organización primero era

un compañero. Ponerlo en duda debía hacerse con elementos contundentes. Ella consideraba que los tenían, aunque en ningún caso eran suficientes. El margen de error invariablemente era amplio y no podía estrecharse, salvo pasando a la fase del interrogatorio.

Se encontró con Yoli, quien había permanecido en un café cercano. Ella también había notado al rubio de la vidriera. Estaban seguras de que no les pasaría nada, al menos en esos momentos. Si estaban controladas, como creyeron percibir, quería decir que quien había informado a la cana era el sospechoso y, de acuerdo a la metodología que habían implementado, no lo pondrían en evidencia hasta que dejara de serles útil. Paula necesitó varios minutos para reponerse. Las dos mujeres miraban en silencio hacia la calle, sentadas frente a los cortados que el mozo acababa de ponerles en la mesa. Conversaron sobre lo sucedido y coincidieron en que la actitud había sido extraña. Entrevistaron a varios miembros de la organización y ninguno reaccionó como él, a pesar de que al menos a dos de ellos les dijeron que era el sospechoso. La posibilidad de que fuera un informante se tornaba convicción. Aunque, como siempre en ese trabajo, nada podía aseverarse hasta que él mismo confesara.

De acuerdo a los procedimientos del partido, el sospechoso debía ser interrogado en una cárcel del pueblo. La contrainteligencia había ingeniado varias maneras de hacerlos creer que no estaban en manos de la organización, sino de los servicios del Estado. Fingían un secuestro. Montaban un operativo similar a los que realizaban los servicios de inteligencia para que ellos se identificaran, lo que generalmente sucedía. Luego, la dirección del partido, basada en el informe de la contrainteligencia, decidía el futuro del agente.

Al miembro del SIE que había logrado colarse en las periferias de la Compañía de Monte, no lo atraparon como resultado del trabajo de la contrainteligencia. Fueron sospechas de compañeros de la “vieja guardia”. Algunos pensaron que los mismos servicios lo entregaron para salvar a otros más importantes. Cuando lo llevaron para interrogarlo, le hicieron creer que había sido secuestrado por un grupo de tarea y se identificó, casi inmediatamente, como miembro del ejército. Su objetivo eran las bases que la Compañía de Monte tenía en Tucumán.

Era desesperante escuchar la facilidad con que pudo hacer su trabajo y la ingenuidad de los militantes.

Al poco tiempo de haberse creado la Inteligencia, sin existir aún la contrainteligencia, un informante del partido dentro del ejército advirtió que un miembro del Estado Mayor del Ejército Revolucionario del Pueblo de Capital, que operaba en Buenos Aires, estaba pasando información al enemigo. Solicitaron autorización para detener a todo el Estado Mayor e interrogarlos. Santucho, al ser informado, no tomó posición. Esto fue aprovechado por la Inteligencia que consideró que no dijo sí, pero tampoco no. En una decisión sin precedentes en el partido, que únicamente el Capitán Pepe era capaz de asumir, encarcelaron a todos los miembros de la instancia sospechosa. Montaron el operativo haciéndolos creer que iban a una reunión y emprendieron los interrogatorios aceleradamente. A los dos días el Comandante supo, por el secretario político de Buenos Aires, lo que estaba sucediendo.

La dirección del partido citó al jefe de inteligencia y se armó la de San Quintín. El político, con la anuencia de la dirección, llegó a sacar a sus muchachitos como en campaña para la presidencia de algún país tropical. Mangini nunca tuvo confianza en ese hombre, quien más tarde mostraría señales a su alrededor y quien, supuestamente al caer preso, colaboró descaradamente con el enemigo; se jactaba, en aquel momento, de haberle dado un golpe a la intocable inteligencia. Esta experiencia pesaba mucho en Paula. En esa oportunidad tuvo dudas, a pesar de su confianza en el capitán Pepe. Esa mañana fue desenredándose en el tiempo, confirmando absolutamente las sospechas del capitán del ERP.

Yoli inclinó su cabeza hacia la mesa y sorbió lentamente el cortado. El brillo de su mirada había desaparecido.

El sospechoso, señalado por la contrainteligencia como posible delator del Comandante, reunió a miembros de la dirección y los convenció de que era mejor dejar de lado las investigaciones que podrían involucrar a cualquiera. Sobraban argumentos para sostener esto: las circunstancias por las que atravesaba la organización; el aparato no estaba integrado por

Los Jardines del Cielo

profesionales formados en técnicas de inteligencia y contrainteligencia, sólo militantes de confianza y la responsable de la investigación vivía una etapa que podía dificultar su objetividad. Paula se entrevistó con el nuevo Secretario General y éste le indicó que debían suspender el trabajo. Según él, el partido no estaba en condiciones. Nunca esperó que Mattini entendiera la esencia de su trabajo, especialmente porque nunca supo, salvo de segunda o tercera mano, lo que ellos hacían. Ella sintió que el enorme peso que cargaba en su espalda la abandonaba. Los argumentos esgrimidos por el dirigente eran válidos, ojala que oportunos. La realidad era que habían llegado hasta el Comandante el día antes de éste salir del país, información que muy pocos conocían. La casualidad había dejado de tener cita en el pensamiento de Paula mucho tiempo antes.

El filtro de la Compañía de Monte, el Oso y otros, confirmaron que no estaban aislados y que, en sus más resguardadas estructuras, el partido tenía un cuerpo extraño formado por varios miembros de una red manejada desde el Batallón 601.

Quiero ver a José

El sentimiento de no pertenencia a esa ciudad continuaba arraigado en ella. El paso de los años no logró suavizar esa percepción, mas bien la agudizó. Desde que había pisado Ezeiza y pasado migración, los recuerdos comenzaron a atropellarse en su cabeza, intentando salir. Era una caja de Pandora plena de fuegos a punto de estallar, incontrolables en sus consecuencias sentimentales.

Carecía de capacidad para transmitirle a su hijo nicaragüense algún afecto hacia la ciudad. Carlos captaba la situación sin comprenderla. Comenzó a demostrar abiertamente su hastío y animadversión hacia Buenos Aires. Su hijo menor, nacido en una ciudad pequeña, no entendía las distancias, la corredera de la gente, sus expresiones y horarios. Percibía el malestar de Paula y también quería irse. José, si bien no había nacido en la urbe, la saboreaba de manera diferente. Como buen degustador de la vida, disfrutaba en ella las particularidades que la hacían única.

Por la mañana, salieron los tres a comprar los boletos para viajar a San Nicolás. Pasarían Navidad allí y luego saldrían a Tucumán. La única posibilidad, para no regresar a Buenos Aires, era hacerlo en ómnibus. Llegaron en subte a Retiro. Paula le dijo a Carlos: "Esto viene a ser más o menos el Oriental de aquí": mercado en Managua donde se podía encontrar de todo, desde una aguja hasta un repuesto para el automóvil importado más sofisticado; la suciedad en el lugar era increíble. La basura se amontonaba en cada hueco y las ratas más pequeñas tenían un tamaño muy responsable. Carlos, sonriendo, le contestó: "Un poco más limpio".

Con los boletos en la mano, que les costó conseguir, caminaron en medio de un mar de gente. Paula les dijo: "Esperen". Se paró, haciendo como que buscaba algo en su cartera, el tiempo suficiente para que pasaran un policía de la Federal y dos hombres de civil, quienes venían unos metros atrás de ellos. Sus hijos la miraron sorprendidos: "¿Cómo supiste que estaban atrás si no te diste vuelta?". Ella había mirado fugazmente sobre su hombro y notó a alguien

vestido de azul, acompañado por dos tipos más. Les dijo a sus hijos: “No me gusta tenerlos a mis espaldas”. A pesar de los años transcurridos, no había perdido el hábito.

Paula tenía una cita con Esperanza. Le entregaría a José después de haber pasado dos deliciosos días con su bebé. Se encontrarían en una confitería de San Juan y Boedo. Entró al lugar con su hijo. Sentada en una mesa del fondo, con su entrañable sonrisa de Gioconda, la madre de Mariano los esperaba pacientemente. La muchacha se acomodó a su lado, frente a la puerta, nunca de espaldas a ella. Eran las únicas clientas, lo que extrañó a Paula. A esa hora, lo usual era encontrar el sitio lleno de gente. El mesero no llegó a atenderlas. Había un hombre de edad indefinida detrás del mostrador, quien lavaba vasos sin siquiera mirarlas. Paula, con un vuelco en el estómago, comenzó a oler el peligro. Por los ventanales de vidrio prestó atención a tres hombres acercándose a la puerta. Miraron adentro y se ubicaron sobre la vidriera, en fila y de espaldas al establecimiento, uno al lado del otro; dificultando la visibilidad hacia afuera. Distinguió una mirada de reojo, hacia ella, del hombre en el mostrador. Uno de los de la puerta detenía delicadamente a un despistado quien, ojeando el periódico, intentaba entrar al lugar. Ella bajó inmediatamente la mirada hacia el bolso con la ropa del bebé, pretendiendo pensar. Le dijo a Esperanza: "Salga con José y por nada del mundo se detenga, pase lo que pase". La madre de Mariano, sin preguntar, tomó fuertemente al niño en sus brazos. Paula mirándolos alejarse, pensó que el niño ya le quedaba grande; la abuela era pequeña, sólo físicamente. Demostraba una indestructible fortaleza para defender a los suyos. Con sus pasitos de geisha se retiró sin mirar hacia atrás. Su hijo la saludó con su manita, acostumbrado a esos encuentros y despedidas. Paula le contestó reprimiendo sus deseos de llorar.

Por unos minutos permaneció sentada, esperando que sus seres queridos se alejaran. Los milicos no se movieron y dejaron pasar a la abuela y al nieto. Repasó rápidamente si tenía alguna dirección o teléfono, cualquier cosa que los llevara hacia adentro de la organización. Hizo lo posible para que los hombres no se dieran cuenta de su nerviosismo. En el salón, sólo se escuchaba el ruido de los vasos debajo del agua. Se levantó lentamente, intentando no hacer ruido al mover la silla. Pasó frente al mostrador casi gritando, con rabia, al supuesto lavacopas: “¿No atienden?”. El personaje dejó caer uno que retumbó sobre el aluminio de la

pileta sin romperse. No lo miró. En absoluto comprendía su capacidad de reaccionar agresivamente en los momentos de mayor peligro. Centró su atención en el movimiento de los que estaban afuera: no hacían ningún gesto. El tercero miró furtivamente, sobre el hombro y hacia adentro, cerciorándose de que allí permanecía. Atravesó la puerta. En la vereda, percibió la respiración agitada del primero a escasos centímetros de ella. El corazón enclavado en su garganta parecía dispuesto a saltar de su boca a la acera. Aterrorizada, observó al tercer hombre que respondía a la descripción del coronel a cargo de la infiltración en el partido. Éste encontró la mirada de mujer atrapada y sonrió, disfrutando el instante. Esa sonrisa y la del tipo elegante en Cabildo, fueron dos gestos que Paula nunca pudo borrar de su memoria. Si estaban allí y el hombre era quien ella creía, significaba que habían logrado su objetivo, asir la punta de la madeja que les permitiría llegar a los aparatos que coordinaba. No sería imprescindible que ella hablara o perder tiempo en controlarla y seguirla. Ignoraba cómo lo habían logrado, si por un informante, un seguimiento, la caída de alguien que desconocía o estaban dispuestos a secuestrarla con su hijo. El departamento donde vivía Esperanza estaba cerca. Cuando los tuvo a su espalda continuó caminando, haciendo un esfuerzo supremo para hacerse la tonta. Esperaba el momento de los gritos y las corridas. Le dolía el cuello sintiendo sus miradas. Tomó la dirección de la casa donde estarían José y Esperanza. Caminó unas cuadras, estaba desarmada. Pensó que, si se salvaba, no dejaría de salir con un arma nuevamente. No se atrevió a contrachequearse. La presencia del coronel la hizo pensar que las cosas serían irremediables. Antes de llegar al edificio, paró un taxi, subió y partió.

Ilógicamente estaba en el taxi, desplazándose por las calles de Boedo. Observó los vehículos que transitaban, sin reparar en nada alarmante; no entendía. Especuló sobre tres posibilidades. La más angustiante era la que intentó hacerles pensar, que se dirigía a la residencia de Esperanza, pero la descartó casi inmediatamente; creyó que sus familiares estarían seguros debido al secuestro anterior y las consecuencias que esto acarreó a la imagen de la dictadura en el exterior; la segunda, habría sido un ataque de “persecuta”; la tercera, un alarde del coronel tratando de decir: “Cuando queramos, te tenemos”.

A las pocas horas supo la noticia. La más terrible de las posibilidades se había cumplido. Minutos después del encuentro, un grupo de militares de civil entraron al apartamento donde estaba José y su abuela. Destruyeron todo lo que tenían a mano, vociferando como locos cuando no encontraron a Paula. Su cuñado Facundo estaba con su madre y su sobrino. Lo ataron a una cuerda y lo arrojaron por el balcón para que hablara. El apartamento estaba en un tercer piso.

Facundo no tenía idea de las actividades de Paula. No pertenecía a la organización y ellos lo sabían. Todo lo hicieron delante de Esperanza y su nieto. No conformes y en el histerismo que los enfervorizaba cuando realizaban ese tipo de barbaridades, a la que ellos llamaban procedimientos, se llevaron de nuevo a su niño, esta vez, con la abuela. Facundo, sin tener relación con el partido, salvo la personal, fue arrestado, torturado y lo mantuvieron preso seis años.

Paula, al comprobar esta noticia, sintió que ya no lo soportaría. Nada le interesaba. Los compañeros, al menos los verdaderos, intentaban salvar lo que quedaba; no tenían tiempo para los problemas de uno solo de sus miembros.

De ese segundo secuestro, José sí recordaría algo: que los policías no lo trataban mal. Repetiría que no le habían gritado y que le daban de comer donas. Paula lo fue sabiendo poco a poco, cuando pudo reencontrarse con su bebé. Sin embargo, la forma en que lo expresaba la hizo pensar que, cuando estuvo secuestrado la primera vez, hecho del cual su hijo no recordaba absolutamente nada, al menos le gritaban. Supuestamente lo vigilaban mujeres... ¿Mujeres? ¿Personas? ¿Monstruos?

La familia de Mariano había pertenecido al partido Radical; su padre había sido diputado en el gobierno de Illia. Cuando fue el golpe de estado de los militares en contra de ese gobierno, el 28 de junio de 1966, Mariano se encontraba en la Casa Rosada. Al ser desalojados del lugar el presidente y otros funcionarios, se produjo un acontecimiento que generó una

leyenda de varias versiones. Según una, Mariano, al ser sacado de la casa presidencial gritó: "Si no nos dejan gobernar por las buenas, deberemos intentarlo por las malas".

Paula sabía que la familia Urteaga tenía relación con Alfonsín. Yoli, respondiendo a su solicitud, fue a visitarlo en la ciudad donde vivía. Intentaba que intercediera por José y su abuela. Alfonsín la recibió, lo que en aquel período fue muy loable. No prometió resultados; no obstante, haría lo posible por hablar con conocidos. Lo hizo, logrando que regresaran al apartamento los dos. Para Paula fue un gesto invaluable.

No le importaba cuidarse. La fuerza que la caracterizaba la había abandonado a través del hueco instalado en su pecho. Yoli intentaba alentarla, transmitiéndole los mensajes que recibía y asistiendo a las citas de Paula con los demás compañeros; debían tomarse medidas y orientar acciones. Con la humildad y fibra de siempre, su compañera y entrañable amiga tomó su lugar por unos días.

Cuando Paula supo que su hijo y Esperanza estaban nuevamente en la casa, una ráfaga de euforia la invadió; quería sobrevivir. Yoli la acompañó a transformarse. Un estilista convirtió su larga cabellera castaña en corta melena rubia; su vestimenta, normalmente deportiva y sin ostentaciones, fue reemplazada por atuendos más elegantes y un tanto llamativos. Necesitaba ver a su hijo, para ello debía entrar a la casa. Yoli y ella elaboraron un rudimentario plan. Llegaría en taxi a la puerta y bajaría como una habitante o visitante más del lugar. Justo frente a la entrada, sin hacer rodeos. Si estaban vigilando, de ningún modo esperarían que lo hiciera de esa forma. Yoli, tres minutos después, se colocaría en la parada de colectivos que se encontraba frente al edificio; en caso de que algo saliera mal, podría avisar inmediatamente para que "levantaran" la infraestructura que Paula conocía.

Bajó del auto en la puerta del inmueble. Llevaba falda, tacos altos, anteojos oscuros, el rostro maquillado y una pistola nueve milímetros en su cartera. No notó nada anormal. Tomó el ascensor y marcó dos pisos más. Mirando las luces que se detuvieron en el quinto piso, sentía no estar allí. Bajó por las escaleras al tercero, con su mano en la cartera aferrando la pistola.

Golpeó suavemente la puerta del apartamento. Casi inmediatamente la voz de Esperanza respondió: "¿Quién?" "Soy yo". Al otro lado de la puerta escuchó un susurro: "Andate, andate hijita. Nos tienen aquí para agarrarte a vos". "Ya lo sé, solo quiero ver a José" "No hijita, por favor, no". Escuchó la voz de su hijo diciendo: "Tati, Tati". Replicó acariciando la puerta: "Te quiero negrito lindo, nunca lo olvides".

Bajó corriendo las escaleras, prefirió no usar el ascensor. Al llegar al segundo piso, escuchó voces y disminuyó la velocidad. Dos tipos que parecían militares de civil conversaban apoyados uno en la pared y otro en la baranda. La miraron un tanto sorprendidos, si bien relajados. Ella hizo un comentario sobre los ascensores, saludándolos y coqueteándoles. La dejaron pasar diciéndole cosas. Descendió unos escalones y escuchó voces en un radio de mano: "¡Está ahí, está ahí!" Inmediatamente, resonaron los pasos apresurados de los hombres que había dejado atrás, no sabía si subían o bajaban. Las piernas peleaban con su mente, no querían responderle. Se sacó los zapatos y continuó velozmente el descenso.

Antes de salir al vestíbulo, abrió la puerta despacio, haciendo ejercicios respiratorios para tranquilizarse. No vio a nadie, se colocó los zapatos. Ya en el hall, observó en la calle dos falcons estacionados y, sobre la vereda, un milico de civil parado con una escopeta recortada en la mano, mirando hacia la parte superior del edificio. Al notar su presencia, le echó un vistazo e inmediatamente regresó la mirada al objeto de su atención. Paula estaba en pánico. Su dolor se tornaba más agudo pensando que su niño y su familia pasarían nuevamente momentos muy difíciles. Se sintió culpable.

Al llegar a la esquina, dobló, se sacó los zapatos y comenzó a correr. La falda le molestaba en cada zancada, la subió hasta la mitad de sus muslos. Al día siguiente, Yoli le informó que, a los pocos minutos de entrar ella, llegaron dos autos con tipos armados que se abalanzaron sobre el edificio. Había dos ascensores y los dos estaban abajo. Todos subieron por allí, aparentemente en el preciso instante en que ella bajaba las escaleras. Yoli la vio, segundos después, aparecer en el portal.

Al abandonar Paula el edificio, un milico, pistola en mano, salió corriendo; agitado, miraba hacia ambos lados de la calle. Al poco tiempo se le unieron dos y comenzaron a desplegarse por la vereda, corriendo hacia las esquinas. El de la escopeta recortada no sabía que hacer, según Yoli, también camuflada, sudando y esperando el colectivo en la parada. El que estaba al mando, flaco y rubio, de cabello muy corto, gritaba: " Se fue, se fue de nuevo". De espaldas a la puerta, con el brazo y la frente apoyados en el muro como si fuera un niño en penitencia, dio golpes desesperados a la pared con la culata de su pistola. Cortaron la calle y se llevaron, al menos a tres muchachos que pasaban por el lugar. A Yoli ni la miraron.

Sabían que, después de ese día, Paula no regresaría a la casa. La ayudaron las peleas internas que tenían los milicos. En ocasiones, para llevarse la recompensa, un pequeño grupo no utilizaba el personal necesario. Si hubieran tenido asegurada la manzana de casas, ella difícilmente habría logrado escapar; por glotones, no lo hicieron.

El Cuervo le informó que había sido propuesta para salir del país con los miembros del Comité Ejecutivo y había una sugerencia de cooptarla a esa instancia. Paula, sorprendida, por lo que consideraba nada más que una huida vergonzosa, una traición, preguntó quién había propuesto la medida. Le respondió que la manejaban, desde hacía un tiempo, varios miembros del Comité Ejecutivo y que el defensor de la salida de Paula era el sospechoso del caso Santucho. Ella debía "pasar" lo que tenía a su cargo a otro compañero. No discutió y se marchó.

Su hijo se quedaría en el país. No quería dejarlo sin saber cuándo volvería a verlo y qué pasaría con él. Por otro lado, los compañeros a su cargo no aceptaban ser "pasados"; desconfiaban de todos. Salir del país era traicionar a los que quedaban. Para ella, el sospechoso siempre lo sería, cualquier propuesta de él le generaba más que dudas. Estaba segura que de vivir uno solo de los muertos el 19 de julio, incluido el Gringo, no se hubiera tomado esa decisión. Querían entregar sus equipos a otro militante. La nueva dirección estaba abocada a tratar de reorganizar lo que quedaba, centrando el trabajo y recursos en los frentes de masas y militar. Posiblemente era la medida más correcta, sin embargo, parecía una

sinrazón; no entendía como eso encajaba con la salida del país de los militantes de mayor responsabilidad. El trabajo de Paula y sus compañeros no significaba una prioridad en esa etapa. Ella se preguntaba: “¿Porqué tanta insistencia con ellos?, ¿Porqué sencillamente no le ordenaban dispersarlos, enviándolos a diferentes frentes?” Los caídos eran sus jefes inmediatos, los otros sabían muy poco de sus actividades y tampoco lo necesitaban porque nunca entendieron ni valoraron su trabajo. Ellos no tenían ninguna duda de la infiltración que sufrían y no estaban dispuestos a obedecer ciegamente órdenes, aunque provinieran de un “miembro de la dirección”. Ella estaría con su gente y decidió quedarse "descolgada". Por un tiempo, no acudió a las citas que le habían establecido.

Se suponía que la salida del país era un secreto. Meditaba las posibles alternativas: tratar de hablar con cada uno de sus compañeros, considerar la posibilidad de dejar todos los materiales enterrados y buscar la ayuda de cada familia para sobrevivir por un tiempo o conservar la estructura y comenzar con pequeñas acciones como al principio. Poco antes de la caída de Mariano había formado dos pequeños comandos con su gente, llegaron a “hacer” dos terminales de ómnibus con el objetivo de “recuperar” documentos de identidad perdidos. Su compañero le preguntó: “¿Para qué?”. Ella le explicó, cuando aún sonreía, que la gran mayoría nunca había participado en una acción y debían estar preparados. Con sarcasmo agregó: “En una de esas, debemos regresar al comienzo y hacer acciones de aprovisionamiento”. El y Santucho festejaron la iniciativa. Ese tipo de decisiones, si no tenían efectos funestos, nunca eran sancionadas.

Sabía que sería difícil sobrevivir solos. La mayoría de integrantes de las células eran clandestinos. Para ella y para casi todos, el partido era su casa, su familia, su seguridad. A pesar de los esfuerzos, no encontró una solución viable o no tuvo el valor de hacerlo. Debería ser cómplice de los que podrían salvarse, determinación que marcó su vida.

Habló con Yoli. En contra de todas las recomendaciones, le comunicó lo que pensaba hacer el partido y su decisión de salir del país con el Comité Ejecutivo. Sentadas en el banco de una plaza, escenario repetitivo en sus encuentros, las jóvenes temblaban tomadas de las manos.

Paula consideraba la traición como el estado más aberrante en que un ser humano podía caer, no importaban las razones; en caso extremo podía explicarse, pero no justificarse. Para un ser humano era difícil superarlo.

Carecía de fuerza para hablar. Los grandes lagrimones que mojaban la blusa de Yoli, deslizándose por sus mejillas y deteniéndose por instantes en el temblor de la comisura de sus labios, la habían paralizado. Yoli le dijo: " Si has tomado la decisión de abandonarnos, llevá a Pablito con vos y no nos contactes con nadie". No tenía ninguna posibilidad de llevarse al niño. Ese encuentro fue una llaga que nunca cicatrizó. La palabra "abandonarnos" la perseguiría eternamente en sus sueños, y le dificultaría persistentemente el descanso. Revistiéndose con esfuerzo de una capa de insensibilidad, le explicó que no podía cumplir sus peticiones. Los bellos ojos de Yoli la miraron por última vez con infinita tristeza. En ellos, Paula percibió nubes de desprecio.

Miembros del partido contactaron a su gente a través de la Tana, quien a pesar de todo, seguía recitando Moral y Proletarización. Infelizmente, mientras Paula estaba el exterior, cayó en manos del enemigo con su pequeña hija, al tratar de salir del país junto a Yoli y Pablito, sin una cobertura adecuada o ya vigiladas.

Si no se hubieran cometido tantas atrocidades, si las consecuencias de la guerra se hubieran limitado a la muerte en combate y a la cárcel, si los milicos hubieran respetado a los miles de inocentes y familiares, potencialmente podría haberse hablado en otros términos. Pero, la bestialidad deja huellas imperdonables e inolvidables. Cuando los revolucionarios se lanzaron a la guerra, lo hicieron con gran romanticismo, convencidos, sin el menor asomo de dudas que vencerían. Esa supuesta verdad les dio una fuerza arrolladora, sin límites, que trajo aparejado un gran simplismo en el análisis. No sólo subestimaron al enemigo, también les faltó aptitud para prever sus pasos y hasta dónde sería capaz de llegar, lo que los llevó a cometer graves errores de apreciación, particularmente acerca de las consecuencias humanas de esa guerra.

Los Jardines del Cielo

Los titánicos sacrificios no fueron suficientes para poder brindarles a las futuras generaciones una patria más justa. Tendrían una referencia, una experiencia cercana de la cual aprender, tal vez, para no repetirla jamás. Eventualmente, podrían profundizar la democracia con alguno de aquellos pequeños y grandes señalamientos que habían logrado inculcar. A pesar de los pesares, dijeran lo que dijeran, su pueblo había aprendido de esa difícil experiencia. En el futuro, sus gobernantes y patrocinadores deberían tomarlo en cuenta.

Parece que es cierto. Vas a tu provincia

Salieron hacia San Nicolás. La única visita a la ciudad la había hecho embarazada de José y de paso a Córdoba con Mariano. En ese viaje conoció parte de la familia y probó, por primera vez, los exquisitos raviolos de Esperanza.

Al dejar atrás Buenos Aires, sintió que respiraba ligeramente, sin dificultad. El paisaje no le decía mucho salvo que, al compararlo con la exuberancia vegetal de Nicaragua le resultaba desteñido. En la estación de micros los esperaba Facundo. Llegaron a la casa de Marcelo y Poro, quienes nunca tuvieron un compromiso político. Sufrieron las consecuencias de la represión por ser parientes de Mariano y se vieron obligados a dejar el país, lo que repercutió en la estabilidad emocional de la familia.

Cuando José era un bebé, había vivido un tiempo con ellos por decisión de Mariano. Cuidaron a su hijo con dedicación y cariño, sin miramientos ante el peligro. Paula no hallaba justificación a la decisión de su compañero de separarla de su hijo. Más tarde se daría cuenta de que, en varias oportunidades, él ensayó mecanismos para alejar a José de las actividades que realizaban. Ella, protegida por sus cábala campesinas, no pensaba en esa contingencia: estaba segura de que a ellos nunca les pasaría nada.

Cuando dejó Suiza para dirigirse a Nicaragua, la revolución aún no había triunfado. No podía llevar a José y suspender el viaje hubiera significado ser inconsecuente con la posición que había asumido. No creía en la discusión interna del partido en los cafés de Europa. Lo consideraba un pretexto de aquellos que no querían arriesgar su seguridad. Para ella era una manera de esconderse aduciendo pretendidas posiciones políticas, frente a los pocos que tenían la determinación de romper el círculo del exilio. Fue una de las férreas defensoras del grupo que decidió ir a combatir a Nicaragua, como actitud de solidaridad con ese pueblo y de salvación para ellos. A pesar de que el reencuentro con su hijo era reciente, decidió dejarlo por

Los Jardines del Cielo

un tiempo con sus tíos en España. Quería ser parte activa del puñado de compañeros, quienes, teniendo Centro América como trampolín, regresarían a la Argentina a continuar la lucha. Europa no era su hogar, a pesar de las grandes tentaciones que el relativo bienestar brindaba. Marcelo y Poro no tenían porqué entenderlo: la posición de Paula era más que incomprensible. Batallar tanto para tener su hijo con ella y marcharse de pronto.

Viajó a Nicaragua con tres compañeras. Se repetía la historia del partido el primer equipo, que ya se encontraba en la zona centroamericana, estaba compuesto solamente por hombres. Para ellos consiguieron los recursos. Ellas tuvieron que hacerlo por su propia cuenta, no había dinero. Yolanda trabajó como empleada doméstica para pagar el pasaje. La dueña de casa, una suiza muy atildada, se mostró comprensiva. No entendía porqué debía hacerlo, si el gobierno suizo los apoyaba económicamente. A partir de la llegada de su hijo, aceptó la ayuda para los exilados; de esa manera podía estar más tiempo con él. Las entradas extras, provistas por ese trabajo, las destinó totalmente al viaje del segundo grupo que debía ir a Nicaragua, en el que estaba incluida.

Cuando llegaron a Panamá, eran cuatro compañeras. Allí, tuvieron que esperar para encontrarse con el contacto. Como un anticipo de lo que era esa región y su forma tan particular de hacer las cosas, incumplieron sistemáticamente las citas establecidas. Debían permanecer en hoteles muy baratos; en ocasiones, las confundían con prostitutas argentinas famosas por esos lares. Esto provocaba mucha risa a Claudia, la mujer de Provenzano, pero Celia, seria y sargentona, se encabronaba. Se enteraron del 19 de julio por los periódicos; definitivamente nadie iba a estar pendiente de ellas. No tenían la menor idea de la inminencia del triunfo; los contactos con los compañeros que se encontraban en el Frente Sur eran esporádicos. En el primer vuelo que consiguieron a Managua eran las únicas insatisfechas con la victoria, tenían la sensación de que habían hecho la fiesta sin esperarlas. Yolanda dudó, en ese momento, de viajar a Nicaragua. El fin era combatir contra la dictadura somocista, no residir en el país centroamericano. Quiso regresar a España; razonaba que la urgencia de estar en Centroamérica se había desvanecido, pero recibieron la orden de montarse todas en ese avión.

Al arribar, tuvieron la oportunidad histórica de participar en la más grande explosión de amor y solidaridad de la que todo un pueblo puede ser capaz. Yolanda la absorbió como una única y extraordinaria vivencia. La desorganización, la inexperiencia y la falta de recursos, en aquellos días, eran sólo elementos de un fabuloso todo de gran contenido, fuerza y esperanza.

Tiempo después decidió, con la cuarta compañera del grupo, alquilar una casa y dejar los cuarteles milicianos; las condiciones para sobrevivir mejoraban. Alguien les indicó visitar a una señora, dueña de varias casas. Llegaron a una elegante residencia, en uno de los lugares más bellos de la ciudad. Una dama impecable salió a recibirlas. Ellas, vestidas de verde olivo, no creían despertar mucha simpatía en la integrante de los sobrevivientes en Managua. Les extendió una mano fina, larga, bien cuidada, presentándose con delicada voz y mucha educación: “Encantada, Conchita Malpartida”. Las amigas no podían creer que, en el mundo, hubiera una persona con ese nombre.

Necesitaba traer a José. Procuró la ayuda de Gorriarán para viajar a España y, nuevamente en Barcelona, se reencontró con su hijo. Recorriendo el trayecto desde el aeropuerto de Managua, por carretera norte, hacia la vivienda alquilada, José le dijo: “No te preocupes, mamá, no está todo destruido” Tenía cinco años y quería infundirle confianza en que podría sobrevivir junto a ella.

Pasarían ese 24 de diciembre en la casa donde había vivido José cuando llegó a Argentina a estudiar y que había pertenecido a Esperanza. Estarían los hijos de Marcelo, sus esposas y la nieta de éste. Paula recibió incondicionalmente el apoyo de la familia paterna de su hijo, que contrastaba con la actitud de su familia, explicable, aunque no por ello dejaba de raspar los sentimientos.

Paula recordaba el día en que José viajó desde Nicaragua a Argentina: todo mundo estaba allí para despedirlo. El papá de Carlos, René, a quien José consideraba su padre “sustituto”; el hijo mayor de él, hermano adquirido con quien formó una unión mas allá de la

sangre; sus amigos, amigas y niños que acompañaban a Carlos. Era mucha gente. Paula lloraba sin poder controlarse y todos la acompañaban. En la sala del aeropuerto se formó una laguna de lágrimas donde las almas chapoteaban exhaustas. Cuando el avión levantó vuelo, su cordón umbilical de madre colgaba de la nave.

A pesar de sus temores, José se las arregló. Debió aprender a resolver su vida cotidiana. Estuvo aproximadamente dos años estudiando en San Nicolás, hasta que decidió cambiar de carrera y de ciudad. No estaba muy convencido de la que estaba cursando. Siempre fue independiente, estudioso y sensible. Paula observaba que su hijo maduraba, reflexionaba y formaba sus criterios lejos de ella.

Cuando decidió realizar el cambio de universidad, a Mar del Plata, lo apoyó inmediatamente. Confiaba en su capacidad para decidir y no se equivocó. Cerca del mar, persiguiendo pececitos y adentrándose en sus misterios, regresó a su alegría natural, a su frescura, a su espontaneidad, rescatando su parte de nicaragüense; ese picante toquecito tropical de informalidad.

Conocer la casa donde él había vivido ese tiempo, sería vital para Paula. Desde Managua, la imaginaba inmersa en una descomunal desorganización. José se preciaba de su particular sentido del orden; nunca permitió a su madre meter la nariz en ese aspecto. En Nicaragua, la empleada sólo podía entrar a su cuarto cuando él lo permitía; al hacerlo, no sabía por dónde empezar a ordenar.

Mariano y Facundo, cuando jóvenes, tuvieron un altercado con un militar perteneciente a una conocida familia de San Nicolás, a consecuencia de un conflicto en SOMISA que había dejado como saldo un obrero muerto. Los hermanos, quienes comenzaban sus primeras experiencias políticas, participaron en las movilizaciones organizadas en repudio al hecho, responsabilizando al militar del fallecimiento del obrero. Al poco tiempo, el uniformado apareció muerto. Para su familia, los responsables fueron los Urteaga. Esto significó odio a muerte entre ambas casas.

En San Nicolás, José conoció y se enamoró de una hermosa muchacha, sobrina de aquel militar. Ambos jóvenes generaron una moderna historia de Romeo y Julieta, sin tragedia contenida, para alegría de Paula. La relación finalizó cuando su hijo se trasladó a Mar del Plata.

Se abrieron los regalos, el brindis y un poco de guitarreada. José cantó y tocó junto a sus primos y tíos. Paula lo encontraba guapísimo; para ella cantaba divino y tocaba la guitarra como los dioses. Carlos estaba más que aburrido, la música la consideraba apropiada para un velorio. La nostalgia jamás participaba en las fiestas del trópico.

Al día siguiente, Paula sintió en el estómago, su órgano "sensible", la proximidad del viaje. Por la tarde, luego de las despedidas, Facundo y un amigo los acompañaron a la Terminal de micros. Al estacionarse el enorme vehículo, Paula vio el letrero sobre su borde superior: "Tucumán" Se dijo a sí misma: "Parece que es cierto, vas a tu provincia". Despedidas y besos. José y Carlos se sentaron uno al lado del otro. Ella, junto a una muchacha que viajaba a Santiago del Estero.

Comenzaron a moverse. Ya había oscurecido y no podía ver el camino. En menos de una hora, tanto José como la acompañante de Paula quedaron profundamente dormidos. Ella, por la ansiedad, no podía pegar un ojo. Le preocupaba Carlos, lo sentía moverse constantemente sin conciliar el sueño. Era incapaz de dormir si se sentía incómodo. Llegaría cansado y fastidiado de tanto viaje.

Ella detuvo su mirada en su hijo mayor, recostado en el asiento de al lado. Dormía plácidamente, la tranquilidad de su rostro lo reflejaba. A pesar de todo lo que le había tocado vivir y las separaciones constantes con su madre, por diversas razones, siempre demostró gran madurez, seguridad y convicción en lo que debía y quería hacer. Paula estaba segura de que ella y Carlos viajaban hacia sus raíces gracias a la constancia y valentía de él.

Vamos a la calle con las mechas al vuelo

El solo hecho de pensar en su provincia le provocaba un torbellino de sentimientos. Carencias, olores, infancia, papá, mamá, abuelos, tíos, hermanos, primos, amigos, escuela, colegio, universidad, leche al pie de la vaca. Todo ese tiempo le habían resultado lejanos y ajenos. Llegó a considerar que esa etapa de su vida había transcurrido en un espacio de tiempo o dimensión al que era imposible regresar. En diez horas estaría allí.

Su familia sabía que ella llegaría, aunque no les había confirmado la fecha. Iría a recogerlos, a su arribo, Cacho, hombre incondicional del Comandante; fue uno de los miembros del grupo de Nicaragua distanciado de Gorriarán, quien hizo lo posible por desprestigiarlo, hábito practicado con quien osara cuestionar sus veleidades de dirigente.

Cuando el grupo de Gorriarán salió de Francia a Nicaragua, eran cinco los miembros de la vieja guardia: el Capitán Santiago, muerto en Paraguay, Cacho, Paula, Gorriarán y su esposa.

Cacho y Estela, su esposa, habían regresado a Argentina hacía unos años. Primero se instalaron en Santiago del Estero y, más tarde, fueron a Tucumán. Decir que Estela poseía memoria de elefante no le hacía justicia. Paula conservaba episodios de su vida fuertemente grabados dentro de una línea continua y oscura, en el mejor de los casos, confusa; sin recordar, la mayoría de veces, fechas o detalles precisos. Estela era capaz de realizar una cronología exacta de su vida y de la de casi todos los que, en un período, estuvieron cerca de ella.

Paula creyó que se sentiría más tranquila en casa de ellos, al menos en un principio. Desconocía qué podría suceder con su familia después de tanto tiempo. No quería correr riesgos

de desaires, especialmente por sus hijos. La gran mayoría de sus parientes nunca habían visto a ninguno de los dos, salvo su padre, su esposa y uno de sus hermanos, con quienes habían compartido unas semanas cuando ellos los visitaron en Nicaragua.

Al amanecer, la vegetación pasó a ser inhóspita, el verde había desaparecido. La deprimió constatar la abrumadora pobreza en ese yermo paisaje, sensación que se agudizó al llegar a Santiago del Estero. La pequeña ciudad norteña la impactó por su desolación y tristeza. Llegaba de Nicaragua, donde la miseria se tropezaba por entrar en cualquier resquicio que no se lo hubieran permitido; sin embargo, los contrastes en la Argentina profunda, lejos de suavizarse, parecían haberse agudizado. Mirando sus calles, encontró un panorama mucho más opaco y desdibujado del que le presentaban sus recuerdos. Entraron a la ciudad, el ómnibus paró.

La muchacha a su lado despertó, exactamente, en la entrada de Santiago del Estero diciendo: "¿Ya llegamos? Qué rápido." Carlos y Paula se miraron furtivamente, dibujando ambos una sonrisita sarcástica. José seguía dormido; no podían creerlo, a ellos el viaje les había parecido sencillamente desesperante. Bajaron a desayunar en la estación de ómnibus. El edificio viejo y triste pareció crujir cuando abrieron la puerta de la confitería. Un mozo, mal gestado, les trajo tres cafés con leche con unas medialunas frías y duras. Al intentar cortarlas con los dientes, se estiraban como chicle.

Continuaron el viaje con menor cantidad de pasajeros, lo que siempre significa un alivio. Amplía, de manera pírrica, la sensación de comodidad dentro de un medio de transporte público. A media hora de camino, el paisaje, como si alguien hubiera trazado una exacta línea divisoria entre Santiago del Estero y Tucumán, dejó mostrar el verde en diferentes tonalidades. El contraste era impactante. Las humildes casas evidenciaban el contacto con personas. Del lado que habían atravesado, el viajero percibía que el aliento humano era tragado por la tierra árida. La carretera se transformó en una pareja cinta azul plomo oscuro, sin desniveles ni baches. Los cercos y vallas se veían en mejor estado. La mayor parte de los campos, al alcance de la vista, estaban cultivados. Tan diferente al esquelético agro santiaguino. Un creyente podría haber dicho que Dios era tucumano.

En una elevación de la carretera divisaron, a lo lejos, la ciudad de Tucumán. Las sensaciones se atropellaban para ganar un lugar en su humanidad, peleándose por un pedazo de ella, hasta en la punta de los cabellos. No le parecía real, no podía creer que estaba llegando a su provincia con sus hijos; el nicaragüense, por fin, la conocería. José había estado allí cuando visitó a su abuelo en su primer viaje a Argentina. Paula se la señaló a Carlos profiriendo gritos estúpidos; él reaccionó como siempre, imperturbable, dirigiendo una furtiva mirada de consideración a su madre. José, más expresivo y comprensivo, le sonreía luminosamente. El nicaragüense sólo se asombró cuando descubrió los altos picos de la cordillera y permaneció largo rato observándola.

Ella devoraba ansiosamente todas las imágenes que se presentaban ante su vista. La entrada a la ciudad le era totalmente desconocida. Un pretencioso nudo de carreteras hacia diferentes direcciones y provincias, presagiaba grandes cambios. Intentaba aferrarse a algún recuerdo; todo había cambiado considerablemente. Atravesaron calles y avenidas sin reconocerlas. Conservaba en su imaginación la antigua Terminal de ómnibus. Al acercarse al espacioso y moderno edificio, donde ingresó el monstruo rodante, no tenía idea de donde se encontraba, hasta reconocer un pedazo del parque 9 de Julio.

Descendieron. Paula miraba hacia todos lados. Mientras José se hacía cargo de sacar las maletas, ella buscaba ansiosamente el rostro de sus amigos. Pasaron aproximadamente cinco minutos y nadie aparecía. Su hijo mayor comentó sarcásticamente: "Parece que Tucumán se desbordó para recibirte". Lo miró sonriéndole y pensando de dónde habrían sacado, sus dos hijos, la agudeza que los caracterizaba. Se distrajo observando la edificación: limpia, ordenada, con negocios que parecían de aeropuerto.

Tan diferente a aquella en que, caminando con el Colo, sobre la vereda donde se estacionaban los taxis, los chóferes conversaban junto a los vehículos. Al verlos, uno de ellos comenzó a entrar en pánico. Paula le dijo al Colo: "Te señala a vos" El contestó: "No va hacer más nada, no te preocupes, es que anoche lo "hicimos", ya le devolvimos el auto y le

pagamos, que no joda". Para realizar una operación guerrillera, generalmente se apropiaban de un taxi, dejaban al chofer amarrado en algún lugar y, finalizada la misión, le devolvían el vehículo con una compensación monetaria. Paula continuó caminando al lado del compañero, quien, ni siquiera miraba al taxista; ella, en cambio, no le quitaba la vista al hombre, parecía petrificado. El mismo Colo, digno representante de Rosario, absolutamente temerario e irresponsable, entró a una farmacia a comprar clorato de potasio, químico utilizado para enfermedades de la garganta. La policía, sabiendo que los guerrilleros lo compraban en forma de medicamento para utilizarlo en los explosivos, había indicado a las farmacias prestar atención cuando intentaban comprarlo en grandes cantidades. Para conseguir lo necesario, varios militantes recorrían las boticas hasta obtener la proporción deseada. El Colo, ese día, quiso ahorrar tiempo; entró al establecimiento y pidió una insólita cantidad del medicamento. El farmacéutico, asombrado, le preguntó: "¿Porqué tanta?", él, inclinando la cabeza hacia un costado y mirando el techo levantó la mano derecha para explicarse y, con cara de ángel caído, le dijo: "Yo trabajo en el circo, es para la jirafa". Lo insólito, para Paula y para cualquiera, fue que se la vendieran.

Eran cientos las anécdotas que, en el tiempo, parecían fantásticas, no creíbles. Imaginaba, mucho más lo serían, para cualquiera que no las hubiera vivido.

En pocos instantes apareció Cacho, corriendo y pidiendo disculpas. "Fui un momento a preguntar porqué no entraba el ómnibus de ustedes". Grandes abrazos, canas más o canas menos, igualito a los recuerdos. Saludó con mucho cariño a José, quien vivió con ellos por espacio de un año en Cuba.

Paula lo envió para que hiciera un tratamiento contra el asma, enfermedad en la que ese país había avanzado notablemente. Aunque existía otra poderosa razón: tenía pánico a que su niño repitiera nuevamente una dura experiencia. Nicaragua vivía en estado de alerta permanente ante una posible invasión de los Estados Unidos; de suceder esto, habría una masacre. El papá de Carlos era un alto dirigente sandinista con un cargo público relevante. Seguramente, estaría en la lista de los punibles.

José tenía ocho años. El asma pudo controlarse a partir de su adolescencia debido al tratamiento psicológico prescripto. Concluyeron que su enfermedad había sido producto del trauma sufrido durante los dos secuestros. Su hijo, más tarde, le reprochó dulcemente el haberlo enviado a la isla durante un año. Para él era más importante estar con su familia que estar seguro. El hecho de que estuviera lejos de una situación tan tensa, que podría convertirse en catástrofe, para Paula significaba tranquilidad. José, en cambio, vivió esa etapa angustiado, pensando lo que podría suceder con su familia.

Cacho era un gran hombre y un ser humano íntegro, noble, con un honor que permanentemente traspasó el individualismo y honor que fue la verdadera esencia de lo que fue la organización. Hablar con él encarnaba, para Paula, la posibilidad de ver parte de los orígenes de su experiencia política. Él trató de defender a la organización de elementos ajenos a sus principios en los innumerables embates que esta sufrió. Eso lo hizo encerrarse en una coraza que a muchos le resultaba anacrónica.

Trasladaron las maletas a la vieja camioneta de él. Los muchachos se ubicaron atrás. Ella inició la conversación. Lo notó escéptico y un tanto malhumorado; mientras, Paula miraba la ciudad que enseñaba sus calles arboladas. Los naranjos aún estaban. Una sutil sensación de tranquilidad la invadió al comenzar a reconocer ciertos lugares. Las defensas con las que había cubierto sus recuerdos habían formado una enorme cebolla. Deshojarla, significaría muchas lágrimas. En esa oportunidad, no tendría el tiempo necesario para quitar la gran mayoría de capas. Esperaba hacerlo con algunas.

Transcurridos quince minutos, llegaron a una amplia avenida y se estacionaron frente a una casa de dos pisos. Estela y dos de sus hijos se acercaron. Ella, con sus enormes ojos abiertos y los brazos extendidos, produjo un hermoso choque de sentimientos. Miraba a Carlos sin creer cuánto había crecido. Todavía lo llamaban "Pipito", nombre cariñoso utilizado en Nicaragua para los más pequeños. Ellos no lo veían desde cuando tenía aproximadamente tres años; habían pasado once. El muchachito, al lado de Paula, había dejado muy lejos al pipito. Cuando entraron,

Estela le recordó que había estado en esa casa. Paula, como en una nebulosa, sin poder precisar detalles, se vio sentada junto a Clarisa y otras personas, entre las que se encontraba Santucho. Luego, se vio despidiéndose en la puerta y alejándose por una calle de tierra, mientras conversaba con la que fue su responsable y gran amiga.

La casa se había convertido en un hogar amplio, rodeado de barrios y calles anchas. Enfrente, una estación de servicio ultramoderna, nítida mancha de la presencia imperial. Le dijo a su amiga: "Cambió Tucumán". Más adelante podría darse cuenta cabalmente de su metamorfosis. Era una ciudad agradable con un centro de calles peatonales y galerías elegantes. A pesar de que, efectivamente, había sido seducida en alguna medida por el estilo plastificado, conservaba aspectos de su tradición. El contraste con lo poco que había visto de Santiago del Estero, era apabullante. Al parecer, el nuevo orden económico no sólo cercaba barrios, haciendo lo posible para que las personas no tuvieran que salir de ellos, como si fueran fuertes contra los excluidos: también lo hacía con ciertas ciudades.

Las amigas se sentaron en el patio a conversar. Estela y su familia habían vivido el exilio en Holanda. Cuando llegaron a Nicaragua, ella y Paula llegaron a ser inseparables.

Estela la llamaba aburrida y le decía en su suave tonada provinciana: "Pero che, vamos a la calle con las mechas al vuelo". En Managua, la diversión se limitaba a la conversación y un trago en la casa de alguien, salvo los acariciados domingos. Cuando las ocupaciones lo permitían, saltaban a diferentes playas para disfrutar un día de sol, agua tibia, arena y pescado fresco.

Clarisa, como era de esperarse, apareció rápidamente en la conversación.

Paula recordaba su pequeña y enérgica figura, sus ojos grises que ponían a temblar a cualquiera. Los contrastes permanentes de su humor eran difíciles de entender a cualquiera. Con el tiempo aprendió que gran parte de las mujeres, para ser reconocidas y respetadas, debían camuflar maravillosos sentimientos propios de su naturaleza femenina, que la gran

Los Jardines del Cielo

mayoría de hombres eran incapaces de comprender y valorar. A Clarisa, las relaciones dentro del partido le imponían ser maestra en eso, especialmente, porque se atrevió a ser una líder y además, amar a Santucho. La porción de mujer abnegada, esposa, madre, era potestad de Sayo, la esposa del Comandante. Clarisa, trabajadora incansable, luchadora constante, una de las primeras mujeres que, en la organización, llegó a ser reconocida como dirigente sin ser la mujer de alguien, debía, obligatoriamente, ser un ejemplo de la llamada proletarización.

Soy yo

Después de la deshonrosa retirada de Córdoba, arrastrada por su madre ante la mirada de aprobación de la abuela, en un frustrado intento para que no continuara buceando en política, Paula ingresó a la universidad de Tucumán sin ninguna predisposición a cumplir los deseos maternos.

En la secundaria había tenido contactos esporádicos con la única organización de izquierda que existía en la zona sur de la provincia de Tucumán: el Partido Revolucionario de los Trabajadores. Aunque al llegar a Córdoba conoció una cordobesa, quien la fue introduciendo en un grupo de aquellos bien electrizantes, trozkista, pequeño pero movedizo, de principios políticos rígidos, que no consideraba la lucha armada como vía para la toma del poder. A pesar de ello, en las manifestaciones estudiantiles, Paula prefería colocarse al lado de la gente del PRT. Así conoció a Rodrigo. Tiempo después, el Gringo Mena, al encontrarse nuevamente con ella en Córdoba ya militando con ellos, le dijo: “Sabía que terminarías con nosotros”.

Estableció contactos apenas ingresó a la facultad en Tucumán; cursaba el primer año de derecho. Consiguió la primera cita. Para tal acontecimiento, si hubiese sido hombre, se habría vestido con su mejor traje. Era una adolescente y su mejor gala la constituía una diminuta minifalda. El cabello largo y lacio, casi a la cintura, completaba una imagen no muy proletaria. Emocionada y expectante, esperaba en una esquina a su contacto. Cuando llegó, se trataba de un muchacho de anteojos de esos a los que se les llama ratón de biblioteca, la miró de arriba abajo con cara de asco, y le dijo, luego de las presentaciones: “¿Vos sabés quiénes somos nosotros? ¿Estás segura de lo que querés hacer?”. Paula sintió que un balde de agua fría caía sobre su cabeza. Incómoda, intentaba estirar su minifalda, la que orgullosa se resistía. La

sorprendió esa reacción. En Córdoba, todas las mujeres de la izquierda, incluidas las del partido, se vestían como ella. Más adelante comprendería los matices que marcaban las diferentes regionales de la organización, especialmente, la mística cuáquera que caracterizaba a los nortehños.

Lo único que atinó a decir fue: “Yo, de marxismo mucho no entiendo, pero me duelen los niños con frío y hambre”. Con gesto despreciativo él agregó: “Leíste algo de teoría marxista?”. Le salió un “no” tímido y enclenque, casi de tonta, mientras pensaba: “¿Cómo le explico que todo lo que intenté leer, durante mi estadía en Córdoba, me pareció el colmo de lo aburrido?”. Inteligente el muchacho, no continuó preguntando: “Te envío otra cita dentro de unos días”.

Creó que la habían “descartado” por burguesita. Pero no; cuando menos lo esperaba, le enviaron las indicaciones para una nueva entrevista. Llegó primero, se sentó en la mesa más apartada que encontró en la confitería. A los pocos minutos apareció el muchacho, quién pasó una mirada por el lugar sin detenerse en la mesa de ella y acomodándose en la otra punta. Paula no entendía que pasaba. A los diez minutos, al ver que dirigía sus ojos al reloj y la puerta, se atrevió a acercársele. Por unos segundos, la miró sin reconocerla. Ella dijo: “Soy yo”. El abrió inmensamente los ojos. Frente a él, se sentó una muchacha de cabello corto, con zapatillas que reemplazaban a las sandalias, a la minifalda unos jeans, a la blusa llamativa una camisa de hombre. El militante dejó escapar una carcajada y, tomándola fraternalmente de la mano le dijo: “Qué loca”. Paula respiró aliviada.

Los vestidos cortos continuaron apareciendo esporádicamente en su vestuario, pero no soportó por mucho tiempo otras “caras”. Entre ellas, la de quien tanto le importaba, Clarisa, su mamá política. Ella y Yoli fueron las dos grandes mujeres que encontró en su vida de militante. Tan diferentes ambas: una, por momentos parecía una princesa; la otra, en cambio, tan sencilla. Una, tan enérgica, tan dulce la otra. Idénticas en su entrega a lo que, estaban seguras, era el único camino disponible para hacerle justicia a los desposeídos.

Clarisa fue su primera responsable. En la reunión de iniciación la rebautizó. Estudiaban en la misma facultad y decidieron vivir juntas en una pensión con lo mínimo para sobrevivir. Ambas, con problemas de incomprensión familiar. Lo poco que tenían lo utilizaban para comprar aerosoles, marcadores y papel. La facultad permanecía empapelada en rojo y negro con las siglas TAR (Tendencia Antiimperialista y Revolucionaria), agrupación estudiantil del partido a fines de los sesenta.

Se levantaban a las cuatro de la mañana para hacer carteles y estudiar marxismo. Luego, partían a recibir clases. El reto era formarse políticamente, cumplir con las tareas específicas y ser buenas alumnas. Clarisa era de una disciplina teutona. A Paula le resultó difícil seguirle el paso. Se paraban en las puertas de las aulas de la facultad para vender las publicaciones del partido, con una insistencia tal, que Paula creyó haberse convertido en una Testigo de Jehová, más que en la militante de un partido.

Era tanto el ahínco y la fuerza que transmitían, que los estudiantes llegaron a respetar a estas muchachas que hablaban de la lucha armada a pesar de pertenecer a un centro de estudios tradicionalmente de derechas. Las primeras escaramuzas las tuvieron con un grupo de “fachos”, antiguos estudiantes de la facultad. Muchos de ellos, en el contexto universitario, resultaban viejos.

La única vez que Paula recordaba haberse agarrado a golpes con una mujer fue en la plaza central, frente a la Casa de Gobierno. Luego de una de las tantas manifestaciones estudiantiles, la policía los perseguía. Ellos, en estampida, cruzaban el lugar. De una ojeada, observó a una de las “fachas” alentar a los policías a apalearlos. Se le subió la rabia incontrolablemente y se abalanzó sobre ella. Sin mucha experiencia en esas lides y frente a una contrincante mayor y más proporcionada por la vida y los años, la dejó rápidamente sin aliento. Un compañero de la facultad, alto y grandote, mientras corría y sin detenerse, la tomó por la parte baja del cuello del pullover, la sostuvo prácticamente en el aire y la salvó de una paliza. Ella, trastabillando y sin opción, partió con él dejando a la mujer tirada y enfurecida. Doblaron en la esquina de la catedral, en dirección a la facultad. Yeye Martinelli, dirigente estudiantil, se

Los Jardines del Cielo

aproximaba en sentido contrario con el rostro ensangrentado, pidiendo a gritos que lo ayudaran. Un policía de civil lo perseguía. El dulce mastodonte que corría unos pasos delante de ella se paró en seco, abrió sus piernas como las columnas del Partenón, dejó pasar a Yeye y, sin mediar palabras, esperó al perseguidor. Cuando estuvo a su alcance, movió ligeramente el cuerpo hacia delante y le pegó al policía en la base del cuello con sus manos, en posición de kárate. El sujeto cayó al suelo con los ojos desorbitados. Sin decir nada, el salvador de manifestantes siguió corriendo.

Le gustaba salir a hacer pintadas en las paredes, donde estampaban consignas políticas. Comenzaban a las cuatro de la mañana. Recorrían los barrios con sendos aerosoles, y se escondían cada vez que aparecían los focos encendidos de algún auto. Las fuerzas de seguridad no tenían, todavía, tanta presencia en las calles. El riesgo no era demasiado grande. Terminaban poco antes de la seis y esperaban que abriera una panadería para comprar pan calentito, oloroso y crujiente. En muchas ocasiones, era el único alimento que ingerían al día. A pesar de que ellas guardaban el dinero de la venta de periódicos y cotizaciones que algunos simpatizantes daban al partido, nunca se les hubiera ocurrido tocar un peso de ese dinero, no porque recibirían una sanción, sino porque lo consideraban dinero del pueblo.

Una vez, un compañero, por determinadas circunstancias, quedó “descolgado” por cinco días con una maleta llena de dinero proveniente de alguna acción de las llamadas de recuperación. Cuando volvió a establecer contacto, lo primero que hizo fue pedir que lo llevaran a comer. Se había mantenido a pan y agua con el poco dinero suyo que le quedaba. Nunca se le ocurrió recurrir al “sagrado” dinero del partido para saciar sus necesidades personales.

Además del frente estudiantil, ellas atendían equipos obreros con quienes, en ocasiones, realizaban pequeñas prácticas militares. En una de ellas, salieron con un grupo de tres obreros desde la colonia de un ingenio hacia las montañas del sur. Paula era buena caminadora y ayudaba a Clarisa, a quien por momentos le costaba andar cargada. En un alto, dejaron de guardia a los compañeros y se apartaron a bañarse en la poza de un cristalino río de montaña, salpicado de grandes piedras. Clarisa llegaba a ser maníaca con su higiene personal. Se

quitaron la ropa y, felices, se zambulleron. Un tiempo después, el que más tarde sería el capitán Pepe y que, en ese momento, era uno de los abogados del partido en Tucumán, contaba muerto de risa como al caer en cana uno de estos obreros había cantado hasta tal punto, que describió minuciosamente los detalles físicos de Clarisa y Paula. Ellas, ingenuamente creyeron que el proletario cumpliría la orden de las dos estudiantes venidas de la capital. Las habían espiado mientras se bañaban. Fue el primer choque, para Paula, entre la mística y la realidad, especialmente con los endiosados obreros.

El término proletarización había sido interpretado y “traducido” por representantes de sectores sociales que no tenían mucha idea de lo que los obreros realmente sentían o pensaban. A los militantes, no provenientes de la clase obrera, se les imponía tratar de sentir y pensar como ellos. Era una prolongada misa donde debían lavar la culpa de haber nacido en cuna más cómoda y en la que solamente comulgaban aquellos que hubieran logrado imitar mejor alguna actitud ajena a su esencia; así echaban por la borda, paradójicamente, aquello de “la existencia determina la conciencia”. Máxima a la que hubiera sido oportuno agregar: la diversidad de la existencia puede enriquecer la conciencia hacia un objetivo común.

La relación entre ambas mujeres llegó a ser muy fuerte. Clarisa fue el patrón a seguir de Yolanda, especialmente en lo político. Creía en las personas que creían y eran consecuentes. Estaba convencida de que Clarisa era un ser especial, esto las llevó a una relación singular y una fuerte amistad. Paula, a pesar de la fortaleza de su responsable, constituyó un apoyo afectivo para ella. Clarisa detestaba quedarse sola, eso por momentos la desesperaba. En cambio Paula, desde niña paladeaba gustosamente la soledad. Cuando Clarisa hablaba sobre su situación familiar, se tomaban de la mano y sus ojos claros se llenaban de lágrimas. Sufría profundamente la ausencia materna.

En esa época se hacían reconocimientos en el monte. Paula fue seleccionada para un entrenamiento que dirigiría el comandante y participarían destacados miembros del Partido. Solamente tres mujeres eran de la partida. Algunos simpatizantes les prestaron un igual número de mochilas. Una era enorme e increíblemente roja. Clarisa y la otra compañera eran

físicamente más pequeñas, por lo tanto, a Yolanda le toco la “mole”, mote que rápidamente se ganó la famosa alforja. Inexpertas, pusieron todo lo que se les ocurrió adentro, hasta sábanas: parecía una pelota a punto de estallar.

En una camioneta, las llevaron hasta la falda de una montaña. Llegaron al lugar del encuentro aproximadamente a las once de la noche. La finca de donde partirían pertenecía a un simpatizante. A los diez minutos llegó el Comandante, pasó revista a todos colocados en fila, cada uno con su equipo a los pies; eran como treinta. Cuando estuvo frente a Paula le dijo: “¿Podrás con eso?”, señalando la mole. “Por supuesto”, ¿Cómo podía él dudar de ella? Comenzaron la caminata de casi toda la noche. No pasaron más de veinte minutos y Paula, al poner su pie derecho sobre un montículo de tierra, por el peso en la espalda, perdió equilibrio y cayó como tortuga panza arriba. No podía pararse por la carga. El Comandante se acercó y la ayudó a levantarse. Se escuchaban algunas risas ahogadas. Mirando la mochila, que parecía más y más roja a pesar de la oscuridad de la noche, sin nada de lunita tucumana, le dijo: “Dámela”. Le entregó la de él, que era un cuadrado verde, pequeño, prolijo. Más tarde comprobó que tenía todo lo necesario. Él cargó la de ella toda la noche. Clarisa la miraba de reojo, delineando una sonrisa que a Paula le provocó rabia; tenía deseos de matarla. Paula, por mucho tiempo, consideró el incidente la vergüenza de su vida.

Al llegar al lugar donde iban a acampar, comenzó a llover. Debían armar las hamacas donde dormirían. Era una lona color verde olivo con dos gruesas sogas en cada punta; éstas, debían se atadas a un árbol; sobre ella había que colocar un plástico más ancho y largo que la hamaca, cuyo centro era atravesado por otra soga más fina: al ponerlo, éste tomaba la forma de un techo de dos aguas. Prepararla apropiadamente requería de práctica. Cuando Paula estaba atando una de las puntas de su hamaca, alguien, fraternal y comprensivo, pasó rápidamente y le sopló quedamente: “Meté la soga en una horqueta, si no tiene algo que la sostenga abajo cuando te acostés, se viene al piso”. Desgraciadamente, no tuvo tiempo de explicarle cómo hacer para no empaparse. Al ser un examen de supervivencia, no podían ayudarse entre sí.

La maldita lluvia no paraba. Todos, salvo los de guardia, se habían ido a dormir. El sueño apacible duró unos diez minutos. Yolanda sintió que el agua se colaba por todos lados: los calcetines, la ropa, el abrigo. Eso sí era frío. No era sólo la humedad en la piel: el agua helada parecía correrle por los huesos. A las cuatro de la mañana, llegó Clarisa a despertarla envuelta en una frazada. Le tocaba guardia. Le dijo: “Estoy toda mojada”. Paula respondió: “Yo también”. Ella se acercó a la hamaca y metió la mano para tocar la lona: “Aquí hay más agua que afuera” y, en uno de sus increíbles ataques de ternura que se le escurrían sin que se diera cuenta, corrió a su mochila a traerle un par de calcetines y una camiseta de algodón secos. Paula se los puso, un poco más caliente corrió a su puesto de guardia y tomó presurosa el Fal que le pasaba su compañera. La tibia sensación no duró mucho, la lluvia sí.

A la mañana, cuando todos desayunaban, Paula se acercó a la hamaca del Comandante. Necesitaba constatar si estaba tan mojada como la de ella. La palpó, tratando de no ser vista. Estaba perfectamente seca. ¿El secreto?, casi todos habían colocado el plástico demasiado alto. La cuerda para las dos aguas debía estar unos centímetros más arriba de la hamaca y cubrirla totalmente, formando una especie de sobre. Rápidamente aprendieron que, en esas espesuras, aunque la lluvia cesara, las cosas nunca se secaban.

Durante toda la práctica estuvo helada y mojada; ni sus botines se salvaban. Para llegar al lugar donde montarían el campamento, debieron pasar varios arroyos y un río; todos trataban de saltar de piedra en piedra para no mojarse; cuando le tocó el turno, ella lo cruzó en línea recta con el agua a la rodilla. Más tarde, el Comandante la pondría de ejemplo y regañaría a los otros, diciéndoles si creían que en una situación real podían hacer esa mariconada. Paula lo había hecho por temor a pasar un nuevo papelón, ante la posibilidad de resbalar en una de las piedras.

La mayoría de los ejercicios de tiro eran cuerpo a tierra en medio del lodo y, cuando salía mal, nuevamente de panza al piso. En un descanso, sentada y apoyada en un árbol, se acercó Clarisa para comentarle: “Tiraste bien”. Siempre tuvo fama de buena tiradora. Clarisa continuó: “¿Cómo te sentís?”. Paula respondió: “¿La verdad?, preferiría estar en una gran

bañera de agua caliente con un rico café con leche y medias lunas”. Con la misma capacidad que podía manifestar su ternura, Clarisa descargaba su agresividad cuando consideraba que algo estaba mal; la miró con su mejor cara de desprecio y le gritó: “¡Pequeño burguesa!”. Era lo más hiriente que se podía escuchar de boca de un militante. Dolían hasta las entrañas si, además de responsable, la persona era amiga.

Clarisa y Santucho habían iniciado una relación amorosa. Al conocerse, se produjo un escándalo de grandes proporciones en los círculos de militantes. Los miembros del Partido debían destacarse en cualquiera de las actividades que llevaran a cabo. La familia era sagrada. La mayoría de los dirigentes del norte poseían arraigadas raíces cristianas; si a esto se le agregaban los supuestos criterios de proletarización y se le sumaba el contenido autoritario con algunos elementos fascistas que la educación de cada uno de los argentinos de esa generación recibían, el marco para ese amor era excesivamente estrecho. Para muchos, el enamoramiento de Santucho significó una gran desilusión.

Paula ante el gran cariño que sentía por Clarisa, la admiración ciega por el jefe, el nunca haber sido fervientemente católica y sí claramente rebelde a las normas establecidas, observaba la relación como un cuento que se había hecho realidad. Para ella, lo natural, lo que debía ocurrir cuando dos seres como ellos se encontraban, estaba sucediendo. Paula fue una de las principales defensoras de esa relación, posiblemente la única.

Clarisa, ansiosa y decepcionada, le contaba sobre las presiones que ambos estaban sufriendo. Los sentaban en reuniones interminables a cuestionarlos; algo así como la Inquisición. Las dos amigas charlaban caminando por las arboladas calles de Tucumán y terminaban en carcajadas, cantando a los gritos canciones de la Guerra Civil Española. Si algún transeúnte, asombrado, se cruzaba con ellas, los gritos se convertían en alaridos, espantando al oyente. Lo llamaban la “pausa adolescente”.

Clarisa estaba segura de que él sabría pelear por ese amor. Paula, a veces, almorzaba con ellos y podía observar con deleite la faceta más tierna de ambos. En una ocasión fueron los

tres acompañados de varios compañeros, quienes cuidaban la seguridad de Santucho, a un cine de barrio al aire libre, a ver “La batalla de Argel”. El Comandante disfrutó la película como un niño mirando dibujos animados.

Una tarde, Clarisa entró abruptamente al cuarto donde vivían. Se derrumbó en la cama mirando el techo. Una honda tristeza luchaba por apoderarse de su mirada pero sólo fugazmente lograba su cometido, porque la rabia, inmediatamente, la transformaba en látigo. Las palabras se le quebraban, un poco riendo, un poco llorando, como se ponía cuando estaba angustiada o nerviosa; nunca lloraba del todo, siempre reía a medias: “Es un maricón, me dejó, regresó con la Sayo”. Gran parte de la admiración que Paula sentía por él cayó a sus pies. Con el tiempo, ese episodio sería una nebulosa. En ese instante, el dolor de su amiga explotó dentro del cuarto y dificultó su respiración. La solidaridad femenina se les anudó en el alma. Clarisa sentía vergüenza por lo que le habían hecho pasar y la actitud del hombre que amaba: “Me trataron como a una prostituta”.

Le pidió que la acompañara. Se encontraría con él, hablarían por última vez de su relación. No quería estar sola. Cuando llegaron, Santucho ya estaba en la confitería. Paula se sentó en una mesa alejada, esperando a su amiga. En el rostro del hombre creyó percibir angustia y su profunda mirada parecía acariciar la figura de la mujer. Desgraciadamente, como a la mayoría de los hombres, el pretexto de las responsabilidades le sirvió de perfecto escudo. Unos años después, Clarisa y Sayo murieron juntas en Trelew como compañeras y hermanas. El Comandante logró huir, aunque su corazón, quebrado en dos partes, se convirtió en arena por un tiempo.

Hijita, Bussi no es tan malo

Al día siguiente llamó a su hermano menor que vivía en la ciudad. Enojado por no haberlo prevenido sobre su llegada, llegó rápidamente a casa de Estela. Se abrazaron efusivamente. Los cuatro hermanos de Paula eran hombres; los dos menores, casanovas empedernidos. Se sentaron a conversar largo rato sobre la familia. No había advertido a su padre sobre su regreso, lo que le mereció otra reprimenda por parte del hermano.

Al finalizar su viaje, Paula reflexionó que, al no haber estado segura de poder entrar al país, temor con fundamentos para algunos, para otros sin ninguno, no le permitió planificar el desarrollo de su visita; especialmente, la dificultad de desandar los pasos hacia su familia. Este bloqueo la llevó en un principio a petrificarse cuando llegó a su provincia. No esperaba un caluroso recibimiento por parte de ellos. Su hermano menor fue una excelente puerta. El y José reían, recordando las escapadas de ambos en Managua. La había visitado hacía varios años, junto a su padre y a su madre. Tío y sobrino hablaban como grandes compinches de andanzas.

La llevó a la casa de su tía Elena. Llegaron a una amplia residencia en el centro de San Miguel de Tucumán. Descendieron del auto. Paula, acompañada de sus dos hijos, siguió lentamente al aprendiz de guía. Observó a su hermano acercarse a una señora mayor, sentada en el porche, a quien saludó afectuosamente diciéndole: “Le traigo una sorpresa” y se dio vuelta señalándola. Paula reconoció a su tía, quien, luego de titubear por unos instantes, se tomó la cabeza y luego el pecho. Llorando repetía: “Hijita, hijita”.

Pasaron a una terraza en la parte posterior de la casa. En el jardín, unos metros atrás de la piscina, Paula pudo observar un formidable horno de barro que contrastaba notablemente con el conjunto de la casa. Si bien su tía se había trasladado a la ciudad, continuaba atesorando como preciada reliquia las costumbres campechanas que caracterizaban a su familia. Esto provocó en ella una sensación de seguridad y descanso. Las raíces de su familia parecían adheridas a ese horno.

De niña, Paula visitaba frecuentemente las fincas de la familia en el sur de Tucumán y Catamarca. Una de ellas era El Durazno, propiedad de su tía Elena. En ella pasaban deliciosas vacaciones. La finca se encontraba sobre la carretera a la ciudad de Catamarca. La casa principal, sencilla y acogedora, estaba en la cima de una pequeña loma hacia donde se subía por un camino bordeado de árboles. Altos escalones introducían al visitante en una amplia galería donde desembocaban las habitaciones.

Llegaban al lugar desde Aguilares, donde la familia residía. Partían en caravana con bultos, gritos y reprimendas para los menores. A ella le fascinaba montarse en uno de los camiones utilizados para el transporte de madera, que se unía a ellos. Clivio, el chofer, era un gringo comprensivo, quien los dejaba jugar en la cabina con cama del vehículo. En la finca, apenas amanecía, los primos en pandilla partían hacia el arroyo cada día. Mojaban sus pies en él y daban gritos de alegría al encontrar alguna nueva poza, un cangrejo o una piedra de mica. Recogían el berro que les pedía la cocinera y trataban de mojar al primo más cercano. Subían a los árboles a juntar piquillín. Sigilosamente, robaban duraznos y ciruelas aún verdes. La tía los sermoneaba: “¿Pero no entienden?, les va a dar diarrea.” En ocasiones la pareja de bulldogs que cuidaba la casa, al regresar los primos cansados y hambrientos, se encontraban libres. Esto los hacía correr en todas direcciones, profiriendo alaridos. Íntimamente, cada uno deseaba que alguno fuera apresado, para tener la anécdota de sangre que daría color al resto de la temporada.

La madre de Paula, muchos años después, aseguraba que su hija, siendo niña, había enfermado cuando supo que los Uturuncos, grupo guerrillero que en ese tiempo operaba en la zona, pasaría cerca de la finca. Los aprestos para resguardar la propiedad, por si llegaban, la tumbaron en la cama. Enfermó de fuertes fiebres por el temor que le produjo el hecho. Eso provocó históricos e irónicos comentarios dentro de la familia.

Paula contestó puntiliosamente al insistente interrogatorio de su tía envejecida. De pronto, la anciana se quedó mirándola, como pensando algo y le dijo, cortando la ilación de la

conversación: “Hijita, Bussi no es tan malo, la ciudad está bastante limpia”. Paula no contestó. Sonriéndose para sus adentros, comprendió que la señora aún temía a las reacciones de su sobrina. El gobernador era el responsable del secuestro de su padre.

Se despidieron con la promesa de pasar un fin de semana en su casa de veraneo, ubicada en Raco, a unos cincuenta kilómetros de la ciudad. Allí aprovecharía para conversar detenidamente con su prima. El recibimiento de su tía la hizo bajar las defensas: la familia la acogía nuevamente en su seno.

Comenzó a hacer llamadas. Estaba impresionada por la reacción que provocaba en la parentela, todos deseaban verla y conocer a sus hijos. Las cosas habían cambiado. Al hablar con alguno de ellos, pudo palpar desavenencias y no tanto, propias de la mayoría de familias numerosas y de los personajes originados por ella, terreno donde no pensaba introducirse.

Estela, quien tuvo la cortesía y suprema amabilidad de alojarlos en su casa, era silenciosa testigo del reencuentro de su amiga con ese mundo que ella desconocía. Paula le preguntó: “¿Creés que puede venir una prima a buscarme? Está casada con un militar”. Ella con media sonrisa de sorpresa y levantando las cejas, le dijo: “bue..., se pone divertida la cosa”.

Elsita era hija de una tía de Paula a quien llamaban la Mandona, el diablo de la familia. Paula vivió un tiempo con ellos durante los primeros años de separación de sus padres, al abandonar el internado donde sufrió difíciles experiencias.

Desde que entró en él, busco la manera de salir. Con escalofríos recordaba el día que se demoró más de lo habitual en la ducha. Sus compañeras ya habían salido del espacioso baño a desayunar. Secaba su cuerpo y comenzaba a vestirse, cuando escucho voces. Una de ellas pertenecía a la monja que las atendía. Llegaba con una de las internas de más edad, una suave muchacha de cuarto año de secundaria. Percibió una dulzura desconocida y aprensiva en su voz. Le decía a la muchacha: “Acercate, voy a peinarte, qué bonita eres, qué bonita eres”. Paula, que no entendía qué pasaba, sintió que los poros de su piel se levantaban erizando sus

bellos. Abrió la puerta. La monja, de costado hacia ella y frente a los espejos, acariciaba los incipientes senos de la muchacha, quien con ojitos asustados, le dirigió una mirada fugaz. Al notarla, la agresora se le acercó con furia, le dio una cachetada en la mejilla y le dijo: “Después hablo con usted”. Paula, se tomó el rostro y quedó impávida, observando a su compañera. La religiosa salió apresurada en un susurro de hábito y rosario colgando.

La monja nunca habló con ella. Le clavaba su mirada de hielo en toda oportunidad que se le presentara. La Madre Superiora, una pequeña anciana quien caminaba lentamente y a quien una mosca Tse Tse había picado estando en África, la citó a su despacho. Era difícil sostener una conversación con ella, parecía dormir constantemente; con voz casi inaudible le dijo a la niña: “Me informaron que cometes actos de indisciplina constantemente y que posees una imaginación pecadora”. Cuando la niña intentó replicar, alguien la hizo callar desde atrás. Era la monja. Sentada en una silla contra la pared, con los brazos cruzados, observaba la escena. Paula, paralizada, dijo: “Me portaré bien”.

Lo que más deseaba era huir del colegio. Creyó que su oportunidad se presentaría una noche que se había producido uno de los tantos golpes de estado en el país. Estaban durmiendo cuando las llamaron. Bajaron al patio con un bolso de ropa. Las religiosas trataron de transmitirles lo que sucedía y les ordenaron esperar hasta que el colegio tuviera mayor información antes de enviarlas a sus casas.

Las colegialas, exaltadas por los acontecimientos, se disgregaron en grupos por el patio. Paula no comprendía qué pasaba, pero estaba contenta, saldría de allí. Escuchaba los excitados comentarios de las alumnas. Una de ellas, de quince años, bastante desarrollada para su edad, permanecía sola sentada en el zócalo. Aparentaba tranquilidad, contrastando notablemente con el nerviosismo a su alrededor. Paula le preguntó: “¿No tenés miedo?” Ella respondió: “Para nada, si entran esos malditos, enamoro a uno de los oficiales y salgo con él”. Paula, de ocho años, lo consideró el plan más sensato de los que había escuchado. Le preguntó: “¿Puedo ir con vos?” La compañera, alzando los hombros, le respondió: “Bueno”. Se sentó junto a ella y ambas permanecieron calladas.

No mucho tiempo después, desilusionada, escuchó la voz de una de las religiosas quien, dirigiéndose a todas, les dijo: “Regresen a sus habitaciones, ya pasó el peligro”.

La situación para ella se tornó insoportable: la monja le daba pánico. Y, como había ocurrido en otros momentos difíciles de su vida, se enfermó. Le dieron fiebres altísimas, le diagnosticaron hepatitis. Tuvo una larga convalecencia en la casa de su tía Elena, en Aguilares. Su padre, quien era médico, fue a verla pocas veces debido a sus compromisos políticos como senador. En una de las visitas le comunicó que iría a vivir, por un tiempo, con su tía Mandona en Concepción, la misma ciudad donde se encontraba el colegio. De esa forma, continuaría asistiendo como externa. Sus hermanos varones estaban internos en el Colegio Tulio de San Miguel de Tucumán. De ningún modo pudo enterarse porqué no podía estar con su madre, quien vivía en la misma ciudad que ella.

Elsita entró a la casa de Estela como un torbellino, mostrando sus modales de niña bien educada. Paula vio a su amiga abrir la boca mientras escuchaba a la prima. Elsita contó que se había separado del militar con el que había tenido dos hijos, una niña muy interesada en conocer a esa tía tan peculiar y un varón. Estela decidió dejarlas solas.

Al alejarse Paula de la familia, ésta se encontraba inmersa en un interminable y legendario juicio de sucesión que comenzó a la muerte de su abuelo Alfredo por una de las fincas de la familia: Donato Álvarez, ubicada en un pueblo llamado Río Chico. Los miembros de la familia, hasta la generación de Paula, nacieran donde nacieran, como ella, que dio su primer berrido en Córdoba, eran inscriptos en ese lugar por la abuela paterna, aunque los padres no estuvieran presentes. Así constaba en la partida de nacimiento de Paula.

En esa lucha hubo dos bandos. Uno, donde se encontraba el padre de Paula y los demás hermanos, y otro, establecido en solitario por la Mandona con aliados coyunturales. Una versión manejada por la familia era que esa tía, a los efectos de quedarse con una parte de la finca, había aprovechado el secuestro del padre de Paula y recurrió a sus contactos militares para invalidar

trámites legales. Otra llegaba más lejos: afirmaba que ella había incentivado a su yerno para que su hermano fuera secuestrado cuando éste intentó intervenir en favor de su nieto en manos de la soldadesca. Elsitita contó su versión sin que Paula se lo hubiera preguntado. Negó absolutamente todo: “Prima, es cierto que en esta guerra estuvimos en bandos enfrentados, pero la familia es la familia”. Aunque no sabía si creerle o no y era una espina que dañaba mucho y que en algún momento, en algún espacio de tiempo, debería sacar, Paula no estaba dispuesta a alimentar odios; todo lo contrario, buscaba para ella y sus hijos un reencuentro con el tejido familiar. Esperaría el tiempo de las verdades.

Esa guerra familiar dejó entre los mayores aristas espinosas, odios, rencores y situaciones no resueltas que afectaron decisivamente a la abuela Alejandra. Los más jóvenes no lograban entender semejante enredo.

Nunca conocí al Che

En uno de los desayunos, en casa de Estela, se encontraron todos en la mesa, habitantes y visitantes. Su amiga hizo alguna broma sobre la parentela de Paula, quien sonreía escuchándola. Cacho parecía suspendido en una realidad que, desgraciadamente, se había desvanecido. Continuaba ensimismado, a varios mundos de distancia del pragmatismo que a ella la envolvía como urgente necesidad de supervivencia. Los hijos se levantaron. Ellos continuaron la charla y se introdujeron en temas políticos. No lograban ponerse de acuerdo, a pesar de la mediación que, en varias oportunidades, intentó Estela. Paula percibió en sus silabeantes expresiones que la consideraba cínica, lo que era relativamente cierto, aunque no totalmente justo. Admiraba la entereza de Cacho para seguir amarrado firmemente a sus convicciones. Ella no creía que los errores cometidos por algunos hombres hubieran sido la única explicación a la derrota.

Paula decidió visitar a la madre de Amanda, vieja militante del partido desaparecida. Tomó un taxi desde la casa de Estela. Atravesó la ciudad y llegó a un barrio humilde. Le costó dar con la dirección. Al pasar por una de sus calles, el vehículo se acercó a una mujer que barría la vereda. Con un vuelco en el corazón, Paula reconoció a doña Rafaela. Su mirada cansada buscaba las hojas caídas; el cabello canoso y descuidado caía sobre sus hombros, una bata floreada se adhería a él de cualquier manera; su cuerpo mostraba el peso del tiempo y las penas. La recordaba sencilla, vital, alegre, cariñosa. Había simulado desconocer las actividades de su hija, adoptando una actitud callada y comprensiva. Era una de las pocas personas mayores que Paula recordaba de aquella época. Le agradaba conversar con ella; muchas veces llegaba sola a verla sin la compañía de Amanda.

Cuando cruzó la calle en su dirección, la mujer levantó la vista. Paula se detuvo frente a ella con un enorme nudo en la garganta; no sabía si le permitiría hablar. Dijo, sintiendo que las lágrimas empezaban a correr por su rostro: “Doña Rafaela, soy yo, Yolanda”. La mujer dejó

caer la escoba, abría la boca e inmediatamente se la tapó con las manos. Se quedaron por unos instantes paradas, no querían romper el momento. Sus ojos brillaron aguados y Paula la abrazó, llorando e hipando como una niña.

Entraron a la humilde casa. En la primera habitación había un sencillo comedor de madera gastado por el uso. En su centro, una pequeña carpeta de crochet blanca y en un florero de vidrio unas margaritas agonizaban. Ella llamó a su marido. El anciano se acercó lentamente y la saludó sin mirarla, temiendo mostrar sus sentimientos. Paula meditó en el terrible crimen que cometían los convencionalismos al no permitirle, a la mayoría de los hombres, sentir y expresarse como las mujeres. Se sentaron los tres en el patio de tierra bajo un naranjo. La mamá de Amanda había envejecido cien años. No eran sus arrugas la que evidenciaban su prematura ancianidad, su rostro estaba seco de expresiones.

La invitaron a almorzar. Llegaría Beba con el marido y sus hijos. Tocaron a la puerta y doña Rafaela dijo: “Son ellos”. Un destello de alegría que se apagó rápidamente, relampagueó en sus ojos. Entraron como tromba tres niños, entre siete y catorce años; atrás, la pareja. Presentaciones, abrazos. Ya en la mesa, la conversación se generalizó, llegando a lo inevitable: los hijos de ella, sus hijos... el hijo de Amanda a quien nunca pudieron rescatar. Beba y Paula intentaron soslayar el tema, sabiendo que ese dolor colgaba como guirnalda sangrante en el pensamiento de todos.

Doña Rafaela fue la primera en dejar de comer y se levantó despacio, haciendo lo posible para no ser notada. Paula continuó conversando por unos minutos con los demás, hasta que Beba le hizo un gesto. Dejó la mesa con una disculpa y la siguió al dormitorio de su madre. La mujer, al notar su presencia, comenzó a hablar como si estuviera sola, mirando hacia un punto invisible. Su semblante la había abandonado, lo que mojaban las lágrimas semejava pedazos de hojas muertas. La dejaron platicar. El tema era necesario para todas: “Busqué a Dieguito por todas partes, he recorrido y caminado piedra a piedra el país, he hablado con cientos de personas, nunca obtuve una información precisa, sólo rumores que nunca pudimos confirmar. Las madres me han ayudado, ellas son muy fuertes.” Miraba el piso, mientras sus manos de mujer

trabajadora retorcían la falda de su vestido. Beba, recostada en el marco de la puerta, gemía quedamente.

Paula se sentó en la cama junto a ella y la abrazó. Rafaela preguntaba, sabiendo que no habría respuesta: “¿Cómo pudieron, como pudieron llevarse a un niño de tan sólo un año de edad?”. No le quiso decir que se calmara. Paula precisaba esa oportunidad al lado de ella, para desahogar su espíritu y deshojar la cebolla. Beba se les unió. Las tres mujeres trataron de sacar su angustiada impotencia que, enquistada en sus corazones, no pudo ser desalojada.

Al llegar a la casa de Estela encontró reunidos a un grupo de jóvenes. Su amiga los presentó, el hijo de tal, de fulano, de mengano... todos muertos o desaparecidos. A Paula las manos le transpiraban y la vista se le nubló, se desplomó pálida en una silla. Estela, preocupada, le alcanzó un vaso de agua. Sus amigos se habían acostumbrado a convivir con esa realidad, para ella eran únicamente cuadros en la cabeza. Sintió dolor y vergüenza de estar viva.

Al día siguiente, Elsita la llamó para ir a ver a Bibí. Llegó a buscarla y partieron. Plena de vitalidad, su prima hablaba y reía contando anécdotas, tratando de disfrutar el momento. Paula caviló sobre las diferentes maneras de enfrentar la vida que germinaban de una misma raíz. Llegaron. Su acompañante entró a la residencia gritando: “Sorpresa, sorpresa”. Realmente se la dio. Tanto su hermano menor como su prima gozaron organizando ese tipo de encuentros que dejaban atónitos a los miembros de la familia. Al parecer, continuaba la vocación familiar de “mise en scène”. Bibí, sentada en la cocina, clavó la mirada en la sala por donde entraron sus primas y gritó, inmediatamente, el nombre de Paula. La sorpresa les rebotó, ambas mujeres se miraron sin poder creer que, a pesar del tiempo transcurrido, la hubiera reconocido. Las piernas de Bibí, afectadas por la parálisis infantil, no le permitieron correr al encuentro de Paula. De las ganas que ponía en acercarse a la recién llegada, a ésta le pareció que flotaba por el aire hacia su encuentro. Su madre, mujer enérgica, de voz ronca, la abrazó con fuerza. Paula la halló en su memoria, dando órdenes a los peones al organizar visitas familiares en Telechea, finca de su familia. Allí, muchos parientes aseguraban haber visto al Familiar, perro negro con ojos de fuego que aparecía en los ingenios azucareros para llevarse al más desobediente de los peones.

Extrañamente, coincidía con el que organizaba a la gente en defensa de sus reivindicaciones. Algunos osados aseguraban que su abuelo Alfredo era quien había motivado esa leyenda.

Madre e hija se atropellaban para hablar y presentar a los hermosos hijos de Bibí. Elsa sonreía, contemplando con satisfacción lo que consideraba su obra.

Señalando a sus nietos y mirando a Paula le dijo: “Estos son grandes admiradores del Che Guevara” y continuó, dirigiéndose a ellos: “Vayan, vayan a traer y muestren a su tía los libros y remeras que tienen sobre él. Ella fue su amiga”. Regresaron los muchachos exhibiendo orgullosos sus pertenencias, y su abuela repetía que Paula había sido amiga del personaje. Lo decía con ilusión y orgullo. Ella no se atrevía a mencionar que jamás había visto al Che, pero la tía insistía sobre la estrecha relación de su sobrina con el legendario guerrillero. A cada frase le agregaba un adjetivo...estaba a punto de comenzar una leyenda apócrifa. Dentro de Paula peleaban por imponerse el dejar pasar y el contundente principio de no mentir en el que fue iniciada por las monjas y afianzada por el partido.

Alarmada, descubrió que el tal principio, a pesar de los años, continuaba aferrado como garrapata a sus entrañas y a su mente e, irrumpiendo como langosta, ganó la batalla. Se sorprendió escuchándose a sí misma, contra su voluntad, decirles: “Nunca conocí al Che”. Para abuela y nietos tuvo el efecto de una cachetada sobre el rostro. La tía no lograba entender para qué había sido guerrillera, si ni al Che había conocido. El encanto cayó al piso como cristal hecho trizas. Paula percibió, en el silencio que durante unos segundos se produjo, el ruido de los pedazos al romperse.

Ya en el auto, Elsitita le reprochó: “Pero che, qué te costaba una mentirita más o menos, hubiera fascinado y dejado feliz a todos”. Le contestó: “Se me salió el misal de la familia y el de la guerrilla.” Rieron el resto del viaje comentando la variada fauna familiar.

Mete bombas

Antes del V Congreso del PRT, cayó presa gran parte de la dirección del Partido en Tucumán, incluida Clarisa y el Comandante. Paula quedó “descolgada”.

Los primeros días hubo una desbandada de militantes, quienes como diáspora se fundieron en los senderos de la ciudad. Acéfalos de orientaciones, permanecieron ocultos en casas de familiares y amigos hasta que Juan Mangini, demostrando el temple que lo caracterizaría durante toda su militancia, se hizo cargo de la situación. Yolanda, por unos días, continuó yendo a la Universidad. Trató de mantener mínimos contactos con los estudiantes que pertenecían al partido.

Una tarde lluviosa caminaba hacia el centro de estudios y, al disponerse a cruzar la calle donde estaba ubicada la facultad, un vehículo con dos hombres se detuvo frente a ella. El jefe de la policía de la provincia sacó la cabeza por la ventanilla gritándole: “Mete bombas”. Seguidamente aceleró, mirándola con odio y partió velozmente. Ella no entendía lo que había pasado, ni a qué se debía la actitud de muchacho pandillero por parte de un hombre mayor y con tamaño responsabilidad pública. Paula nunca logró esclarecer incidente tan curioso.

Vivía en la casa de una pareja amiga a la que siempre consideró especial y, en el tiempo, más especiales le parecían. No pertenecían al partido, pero soportaban su actividad política. Simpatizaban con los peronistas y la chicaneaban con sus movimientos. En una ocasión, les dio un ataque de risa cuando ella fabricó un pequeño explosivo para lanzar panfletos que introdujo en una caja de zapatos envuelta en papel negro, del que utilizaban para la elaboración de afiches, porque no encontró otro. El paquete parecía gritar: “soy una bomba, soy una bomba”. Los dos señalaban la caja y lloraban de risa.

La facultad de Derecho estaba tomada por los estudiantes. Ángela, compañera de equipo y alumna de Artes, logró ponerla muy cerca de los policías que se encontraban rodeando el lugar. Los volantes de la TAR cayeron como lluvia sobre los agentes del desorden disfrazados de azul, quienes no pasaron de sufrir un sobresalto. Esas cajas explosivas llevaban papeletas; el objetivo era distribuirlas sin ser vistos en centros estudiantiles, de trabajadores y concentraciones de personas. Eran prácticamente inofensivos, tenían una potencia menor a las bombas de estruendo utilizadas en fiestas. Generalmente, no pasaban de provocar un susto a quien estuviera cerca.

A los pocos días comenzaron a notar vigilancia sobre la casa. Una tarde, dos patrulleros se estacionaron frente a la vivienda y el dueño de casa corrió a avisarle. La única vía de escape era un muro de unos tres metros, al escalarlo se llegaba a una casa vecina vacía. Paula, al ser alertada, corrió y subió la pared en segundos. A los diez minutos los patrulleros se retiraron sin más. Paula esperaba información desde el techo de la casa vecina. Todavía no hacían rastrillos: operativos donde la policía, en ocasiones acompañada del ejército, rodeaba una zona y comenzaba a buscar guerrilleros casa por casa. Escuchó las voces de sus amigos, quienes con gritos sordos le avisaban que el peligro había pasado o nunca llegó a ser. Hicieron grandes esfuerzos para ayudarla a bajar. Más tarde, ellos narrarían a las personas de confianza, interrumpidos por sus propias carcajadas, la agilidad que el miedo había proporcionado a Paula, quien, como gato trepó el muro y, el trabajo que les significó ayudarla a bajar cuando se sintió fuera de peligro.

Debido a su insostenible situación, recibió la orden de replegarse a Córdoba. Pasó a la clandestinidad. Al llegar a esa ciudad la esperaba el Gringo Mena, miembro de la dirección nacional. Apenas la vio exclamó: “¡Sabía que terminarías con nosotros!”, aludiendo a su fugaz experiencia política en Córdoba al comenzar ella la Universidad. Al salir de la Terminal de micros los esperaban tres compañeros en un auto de los llamados escarabajos; la recibieron con abrazos y sonrisas. Partieron, bastante apretujados, los cinco en el pequeño vehículo. Paula notó tensión en el ambiente. El Gringo preguntaba sobre la situación en Tucumán. Al llegar a una calle apartada el chofer dijo: “Llegamos”. Paula se aprestó a descender, pero le indicaron:

“Esperá aquí”. Bajaron los cuatro acomodando sendas bufandas alrededor de sus cuellos; esto la sorprendió porque no hacía frío. Los vio perderse al doblar la esquina, primero dos y a pocos metros el Gringo con un flaco altísimo.

Transcurridos unos veinte minutos aparecieron corriendo, se montaron al auto y partieron a toda velocidad mirando hacia todos lados. Paula no hablaba. A las cuadras comenzaron a reírse. Uno de ellos con voz de locutor de radio le informó: “Compañera, bienvenida a Córdoba, acaba de participar en la expropiación del correo tal”. No podía creerlo; le parecieron absolutamente temerarios, lo que le permitió sellar inmediatamente un vínculo de simpatía con los cordobeses.

La integraron transitoriamente a un equipo, le preguntaron si sabía manejar armas. Después de su experiencia al pisar suelo cordobés, no supo qué responderles: no quería ser “la inexperta.”

Había manejado fusiles y pistolas. Clarisa y ella iban al Tiro Federal en Tucumán, hasta que se pudo, a tirar con un máuser que pateaba como Maradona. Había estado en la práctica – reconocimiento del monte con el Comandante, pero nunca había participado en una acción con armas. La primera vez que le enseñaron a armar y desarmar una nueve milímetros, junto a otros miembros del frente estudiantil, sentía que le quemaba en las manos. Todos sudaban frío, dejando muy claras las marcas húmedas y pegajosas del miedo en el arma. El instructor, al ver su perturbación y los esfuerzos que hacían para disimularlo les dijo con una sonrisa: “No se avergüencen, es normal, me preocuparía que no lo sintieran.”

Delante de los cordobeses respondió rápidamente: “Por supuesto”. En una de las primeras reuniones de equipo, el Gringo solicitó voluntarios para poner una bomba en la casa de un ejecutivo y accionista de una empresa en conflicto con sus obreros. La residencia se encontraba sola, sus habitantes estaban de vacaciones. Había que colocar el artefacto cruzando el jardín, lo más adentro posible para no provocar heridas a algún trasnochado transeúnte. Para ello debía escalar un muro, saltarlo e introducirse al porche de la casa. Esto implicaba

un cierto riesgo. La persona que lo hiciera debía colocar el explosivo y asegurarse de salir en el tiempo que daba el detonador. Muchas manos no se levantaron. Una voz, reflejando cierta timidez, dijo: “Bueno Gringo, ir yo, sería pedirme demasiado... es mi casa”. Entre sonrisas y el asombro de Paula, fue eximido de gigantesca prueba. Los cordobeses le resultaban increíbles, se trataba del hijo del ejecutivo. A pesar de su corta experiencia en escalar paredes, Paula levantó la mano. Todos expresaron su satisfacción a la representación nortea. El Gringo sería quién la llevaría y esperaría en una motoneta.

La recogió a las doce en punto de la noche. Le entregó un paquete y el gotero conteniendo el ácido para el detonante. Paula lo metió en el bolsillo de su pantalón. Realizaron la acción sin problemas, asombrado el responsable por la agilidad de ella. No lo advirtió sobre los motivos que impulsaban esa “virtud”. Escucharon la explosión luego de andar pocas cuadras. Llegaron a una estación de servicio a poner gasolina a la moto. El muchacho que los atendía exclamó: “¿Señorita, qué le sucedió?” Paula bajó la mirada hacia donde apuntaba el dedo para darse cuenta de que la mitad de la pernera de su pantalón había desaparecido quemada por el ácido. Luego de utilizarlo lo había colocado nuevamente en el bolsillo, el contenido evidentemente se había derramado al mal cerrarlo en el apuro. El Gringo se dio vuelta y al ver la pierna de Paula puso en marcha la moto y aceleró, tirando un billete al sorprendido muchacho. Gritaba: “¿Te duele? ¿Te duele?”. Yolanda trataba de explicarle que no sentía nada. El imaginaba una situación dantesca. Llegaron a la casa de Silvia Urdampilleta para hacer las curaciones, él a punto de ser médico y Silvia estudiante de medicina. Cortaron el pantalón: el ácido no había tocado la piel. La dueña de casa exclamó: “Andá a bañarte y dejá caer mucha agua en la zona afectada, qué cuero duro tenés!” Paula replicó: “De indígena”.

Silvia era flaca, espigada y bella, especialista en robar plantas de las residencias vecinas a altas horas de la noche. Era una especie de hobby. Sorprendía a Paula con su manera de ser desenfadada. Se movía todo el día en bikini por la casa, mostrando su bello cuerpo a quien quisiera observarla. Si sorprendía a algún vecino mirándola embobado, sonreía pícaramente; le encantaba provocar ese tipo de situaciones. Luego de su estadía en Córdoba, Paula no volvió a verla, aunque supo de su destacada militancia y su desaparición. A partir de ese hecho, su

Los Jardines del Cielo

madre se convirtió en una luchadora incansable junto a las demás madres de desaparecidos e ingresó al partido y más tarde cayó presa.

¿Este tren, llega directo a Tucumán?

Paula no podía detener el torrente de imágenes que, recorriendo la ciudad de Tucumán, peleaban en su cabeza. La tristeza que el recuerdo de los ausentes le provocaba era suavizada por las anécdotas del idealismo, la inexperiencia y la esperanza de las que testigo y cómplice fueron esas calles.

Se inició en el Partido una lucha política interna, preámbulo del V Congreso. Paula no entendía con claridad este proceso, como gran parte de los militantes. Las disquisiciones ideológicas y políticas eran apoteósicas. Para ella la cosa se limitaba a lucha armada ya, o lucha armada quién sabe cuando; síntesis que a los teóricos del partido les hubiera parecido blasfemia. Ella por supuesto estaba, estaría y seguiría estando donde se encontrara el Comandante, era lo único que resultaba meridianamente claro para Paula.

Enviaron la orden de que regresara a Tucumán. El compañero que llegó a Córdoba a buscarla pertenecía a su primer equipo, un estudiante de Ciencias Económicas. No traía plata y los anfitriones no pudieron conseguirla para el pasaje. Para cumplir la orientación de regresar inmediatamente al norte, se fueron a la ruta a hacer dedo. En un descanso del viaje el camionero que los llevaba les pagó un emparedado del que Paula, años después, aún sentiría el aroma de la milanesa, tanto era el hambre que tenía entonces. Esta experiencia de ninguna manera llegó a ser un mal momento, solo significaba cumplir las órdenes pese a las dificultades que se presentaran, sin esperar ningún tipo de reconocimiento. Así debían ser las cosas. Era la esencia fundamental de la militancia: el convencimiento de la lucha que pretendían librar y el compromiso con los desposeídos los hacía sentirse invencibles; allí radicó la fuerza y el valor, en algunos casos sin límite, que les permitió ganarse el respeto, aunque no el compromiso, de parte importante del pueblo.

Cuando llegó, Clarisa y la dirección estaban libres a consecuencia de varias fugas de las distintas cárceles, acciones que fueron llevadas a cabo por militantes de Tucumán, Rosario y Buenos Aires. Ella le informó que la trasladarían de frente de trabajo y que Paula ocuparía su lugar por un tiempo. Previendo las consecuencias de la lucha de tendencias internas, los “descuelgues” a propósito que propiciaban los adversarios y el “meloneo” que recibirían los del frente estudiantil, que en el norte tenía fuerza, decidieron construir un plan para poder conectarse y mantenerse informadas. Cada tendencia enviaba un delegado a cada una de las regionales, quien podía convocar reuniones con todos los equipos.

En Tucumán no se necesitaba mucho poder de convencimiento. La influencia del Comandante y su autoridad eran indiscutibles. Las otras dos tendencias, lideradas en su mayoría por cuadros que militaban en Buenos Aires, en el norte, desde el vamos, no tendrían muchas oportunidades.

La misma belicosidad, entrega y convicción que le dedicaron al trabajo en la facultad lo volcaron hacia la lucha interna. Cuando el delegado de la única de las tendencias que llegó a Tucumán, visitaba algunos de los equipos del frente dirigido por Paula, ella jamás se quedaba callada. Si intentaba apabullarla con sus conocimientos teóricos - era miembro del Comité Central - ella comenzaba con el “pasemos a la práctica”. Esto prendía inmediatamente en los belicosos norteños, quienes diariamente vivían la presión de los obreros de FOTIA (Federación Obrera de Trabajadores de la Industria Azucarera), vanguardia combativa en esa época que enfrentaba los embates de la crisis azucarera. También contaba que, a pesar de ser estudiantes, los que militaban con ella y los tucumanos en general, no eran tan dados a la intelectualidad como los porteños, por lo que, los exabruptos de Paula tenían su quórum. Así fue como la eligieron delegada al pre-congreso, reunión regional cuyo principal objetivo era seleccionar los delegados al Congreso.

Allí se encontró con Clarisa. Entre las dos, le caían encima al que osara mostrar alguna duda sobre cuál era “el camino a seguir”. Para entonces, Paula ya era muy apegadita a caracterizar de “pequeño burgués” a cualquiera que se saliera de la “raya”. En ese pre-

congreso se encontraba la crema y nata de la tendencia liderada por el Comandante: los delegados del Ingenio San José, sindicato que dirigía el Partido y, con ellos, el Negrito Fernández, máxima expresión del proletariado en las filas de la organización. Paula estaba segura de que, si el Comandante consideró alguna vez a alguien como modelo para extraer las características esenciales de como debería ser el militante, ése era el Negrito Fernández, quien, a diferencia de muchos no proletarios y proletarios, se distinguía por un pensamiento asombrosamente flexible. Paula siempre tuvo presente la defensa que el Negrito hizo de ella cuando llegó a Buenos Aires con José recién nacido, ante las chicanas constantes que recibía por la dedicación a su hijo y la poca predisposición a las tareas partidarias. Quizás podría pensarse en una manifestación más del machismo; sin embargo, el Negrito fue uno de los mayores defensores de los espacios y decisiones individuales de los militantes.

Finalmente, Clarisa y Paula estuvieron entre los delegados para representar a la regional en el Congreso. Tucumán fue la única en enviar delegadas mujeres y no porque no hubieran más que mereciesen estar. Fue otra clara demostración de la discriminación que sufrían las mujeres dentro de la organización. Ana María Villarreal de Santucho, Sayo, participó, aunque no era delegada; incluida ella, las tres mujeres en el Congreso eran del norte.

Clarisa, además de la tensión de la discusión, sufrió la presencia de la esposa de Santucho. Su herida se conservaba abierta. Todos sabían que, de alguna manera, la presencia de la mujer del Comandante respondía al reconocimiento de la dirección del Partido a la “estabilidad” del matrimonio Santucho. Hasta allí llegó la hipocresía de la corriente monacal, que trataba de imponer su “moral”. Esto significaba una bofetada para Clarisa. Paula sintió que también tocaba su rostro; no recordaba haber cruzado una sola palabra con Sayo. Clarisa, mujer al fin y al cabo, sacó a relucir su orgullo cortesano coqueteando con otros compañeros, entre ellos Mariano, quien fue seducido rápidamente por sus encantos.

El V Congreso se realizó en una isla del Río Paraná. Al terminar de votar las últimas resoluciones, los congresistas procedieron a elegir el Comité Central. Paula observó que el Comandante, por primera vez en mucho tiempo, había dejado de fruncir el ceño. Sin su

permanente cara de gravedad, su franca sonrisa embellecía el fuerte y marcado rostro. Una sublime confianza, un respeto incuestionable hacia él los embargaba, sus posiciones habían triunfado. Paula sintió una gran emoción, tenía la certeza de que eran invulnerables y esto, residía en gran parte, en el hecho de que contaban con ese hombre. Allí, se decidió tomar las armas y nació el Ejército Revolucionario del Pueblo.

Finalizado el evento, Clarisa y Paula, como casi todos los tucumanos, regresaron separados en un mismo tren. Las dos, buscaban pretextos para quedar juntas. Contentas y riéndose, subieron al vagón trataron de encontrar dos asientos que estuvieran uno frente al otro. Al comenzar el tren su marcha, se acostaron a todo lo largo en los asientos, relajadas de las tensiones de los últimos meses, felices de sentirse vencedoras. Cansadas de haber mal dormido por tanto tiempo, preguntaron: “¿Este tren llega directo a Tucumán?”. Al saber que sí, cerraron los ojos y se olvidaron del mundo. Profundamente dormida Paula sintió que alguien la zamarreaba. Sobresaltada, abrió los ojos, era Cacho que les decía a ambas, con cara de pocos amigos: “Estamos entrando a Tucumán, han dormido casi dieciocho horas... en un tren”. Se sentaron de un salto, concientes de que habían infringido algunas normas de la clandestinidad por no haber estado vigilantes. Clarisa sonreía de costado, mirando al compañero con aire de aristócrata. Yolanda se reía de esos modales suyos y aseguraba que, en alguna vida, seguramente ella había sido una princesa.

Mové un poco el culo, che

La consigna era comenzar a combatir. Las primeras acciones debían enfocarse en apertrechar las futuras unidades armadas. Por lo tanto, había que desarmar cuanto policía solo se encontrara por la calle. Expropiaciones de dinero, máquinas de imprimir, papeles, pelucas y camiones con comida, éstos últimos para repartir en los barrios pobres como propaganda armada.

Las anécdotas de la época eran incontables. Durante una campaña de “caños” contra empresas imperialistas que causaban destrozos y podían herir a alguna persona, a Paula le ordenaron poner tres. Iría con un simpatizante quien conduciría una moto. Debían colocarlos a altas horas de la noche y en lugares donde fuera poco probable que hubiera víctimas. Era prioritario no herir a civiles ni a miembros de la policía o del ejército de forma indiscriminada.

Paula colocó el primero en las oficinas de una tabacalera, previamente chequeada, mientras el compañero mantenía la moto en marcha. Lo puso en el lugar previsto con anterioridad y corrió al vehículo que partió raudamente. A las dos cuerdas, ordenó al conductor que se detuviera: quería estar segura de que explotaría; escucharon el estruendo y siguieron al segundo objetivo. Paula transpiraba copiosamente a pesar del frío. Hicieron lo mismo con la segunda y le tocó el turno a la tercera. Pararon para escuchar la detonación, esperaron y nunca estalló. Los patrulleros, con su aullido agorero, recorrían las calles, alertados por las primeras explosiones. Varios equipos, a la misma hora, colocaban explosivos en diferentes zonas de la ciudad. Paula le indicó al compañero regresar al lugar. Al llegar, saltó de la moto y corrió a levantar la bomba sin quitarle el detonador. No la dejaron por el peligro que podía representar para cualquier transeúnte.

Despidió al conductor en su casa. “Caño” en mano y agotada, entró. Dejó el artefacto en cualquier lugar y se tiró a la cama sin desarmarlo. Al día siguiente, Cacho llegó a la casa para una reunión, vio el explosivo y preguntó: “¿Qué es eso?” Ella le contó lo sucedido sin

atisbo de remordimiento. El preguntó por el detonador, ella se llevó la mano a la boca, con la misma preocupación que hubiera manifestado al recordar que había dejado la leche en el fuego y se abalanzó sobre el explosivo. Por su inconsciencia, recibió la primera sanción dentro de la organización: una semana “presa”. No podía salir de la casa. Lo lamentable era haber puesto en peligro a los habitantes de la casa, sus amigos peronistas, quienes, además, no pertenecían a la organización. Era una reprimenda moral que, en el tiempo, podría considerarse irrelevante, pero el militante que la vivía sentía gran vergüenza frente a sus compañeros.

Paula, irredenta, para no “desperdiciar el explosivo”, apenas salió de su encierro y sin autorización de la dirección y con otro militante, lo colocaron en la misma empresa. El líder de una agrupación estudiantil de izquierda, quien vivía al lado del lugar, se quejó ante la dirección. La policía lo tenía como principal sospechoso del hecho. Él estaba casado con otra dirigente estudiantil, de apellido Rosemberg. Ambos, más tarde, ingresarían al Partido. Continuando con la mística imperante, esta vez no la sancionaron, la felicitaron por la iniciativa.

A pesar de ello, dentro de la organización, el uso de explosivos era estudiada meticulosamente. El objetivo era provocar zozobra a la dictadura y a empresas aliadas de sus políticas. Santucho se oponía a su utilización indiscriminada por las pérdidas humanas que pudieran acarrear. Hubo compañeros heridos y en los primeros años, incluso muertos, como los de la calle Posadas. Nunca murió un civil por este tipo de acciones, cuando fueron realizadas por el Ejército Revolucionario del Pueblo.

Ella dirigiría una acción en la que participarían seis compañeros. Debían entrar en una distribuidora de máquinas de impresión y llevarse las que pudieran. Tres militantes ingresarían, uno permanecería en la puerta y los dos restantes esperarían cada uno en un auto, los que habían sido quitados a sus dueños poco tiempo antes. Estos recibirían más tarde una compensación monetaria que sobrepasaba con creces el uso del vehículo aunque no podría mitigar el susto. Escogió a una pareja para ingresar con ella al lugar. Ella, una bella muchacha de cabello muy corto y enormes ojos negros, a quien al principio no le cayó muy bien como

responsable. Había ingresado al Partido antes que Paula y eso, dentro de la organización, pesaba. Fue la única militante tucumana perteneciente a otra de las tendencias internas, antes del V Congreso, lo que categóricamente influía.

Cuando comenzaron a combatir, tenían órdenes estrictas de no arriesgar a un civil: se debía cancelar la operación si el jefe consideraba que peligraba la vida de un ciudadano. Este criterio primó hasta los últimos momentos. Incluso cuando en el mismo Tucumán, años después, se llevó a cabo la ejecución del capitán Viola, el responsable de la acción no la canceló al advertir que el objetivo viajaba con su pequeña hija, que desgraciadamente murió. Este lamentable hecho hizo reflexionar a la dirección, quien tomó la decisión de anular campañas de ese tipo, donde eran ajusticiados oficiales del ejército de manera indiscriminada. La ejecución de Viola había sido ordenada como represalia por los compañeros asesinados en Catamarca, entre ellos, el irremplazable Negrito Fernández. El responsable del deceso de la niña fue duramente sancionado y separado de sus responsabilidades.

Paula dirigiría, por primera vez, una acción de cierta relevancia. Estaba nerviosa y asustada. En la cartera llevaba una pistola calibre cuarenta y cinco. Las manos le sudaban, aunque se mantenían firmes. Entraron al lugar y redujeron al personal, la mayoría mujeres muertas de miedo. A los cinco minutos se presentó el primer inconveniente que la inexperiencia de Paula no había previsto: necesitaba dos hombres adentro para cargar las máquinas. Encañonando a los aterrados empleados, le dijo a la compañera que cambiara de posición con el que estaba de “campana” en la puerta. La gran peluca que la muchacha llevaba puesta llegaba justo donde comenzaban los anteojos oscuros, lo que le ayudó a disimular el gesto de disgusto. No era lo mismo ser campana que estar en la acción; eran dos escalones totalmente diferentes. El compañero le informó que una de las empleadas había sufrido un desmayo y las otras gritaban que era enferma del corazón. Paula se acercó a la mujer, mientras con un gesto ordenaba que apresuraran el traslado de los mimeógrafos e impresoras. La empleada no estaba pálida y su pulso era normal; decidió no suspender, aunque sí agilizar. Hizo pasar al personal de la distribuidora a la habitación que se encontraba al fondo del local. En el plan inicial debía cerrar la puerta con llave; no lo hizo, preocupada por la enferma. Los compañeros le

informaron que ya habían terminado. A través de la vidriera vio partir a uno de los autos y estacionarse el segundo. Paula dejó el lugar gritándole al personal del comercio que no se movieran por unos minutos. Si bien la operación no implicaba mucho riesgo, sí lo era la retirada, por el punto en que se encontraba ubicado el establecimiento: a dos cuadras de la casa de gobierno y a cien metros de la Policía Federal. Instalados en el auto, este avanzó unos pocos metros y el conductor gritó: “Mirá atrás”. Dándose vuelta, observó a las empleadas gritando histéricas en medio de la calle. La “desmayada” a la cabeza.

Inmediatamente comenzó a perseguirlos un taxista. Según la información que ellos poseían, algunos pertenecían a la policía. El hombre no abría fuego. Paula no tomaba la decisión de hacerlo porque no estaba segura de si era un policía o un despistado con vocación de héroe. Ordenó al chofer doblar contramano; si los seguía, según ella, era policía. Al dar la vuelta, un camión de bomberos en dirección contraria, perturbando los sentidos con su sirena, avanzaba a gran velocidad. Ambos vehículos chocaron, el de ellos sufrió un fuerte impacto del lado izquierdo sin mayores consecuencias, gracias a la maniobra del chofer. No habían identificado el sonido propio del coche bomba porque la ciudad estaba atravesada por decenas de alarmas que herían la atmósfera. Aturdidos, bajaron con las armas en la mano. Los bomberos reaccionaron tirándose del vehículo con las manos en alto. Paula gritó: “Hay que “hacer” otro auto”. El chofer, pasado el primer susto, regresó al coche y logró retrocederlo como en las películas, abollado, pero caminando. Paula le hizo señas a la pareja que subiera, mientras encañonaba a los bomberos en pánico. En ese preciso instante apareció un patrullero por la esquina contraria y se estacionó. Sus ocupantes parecían no entender lo que estaba ocurriendo. Miraban con la cabeza en alto y no se acercaban. Paula se parapetó atrás del camión y comenzó a disparar en dirección a ellos. Los bomberos corrieron en todas direcciones, buscando protección; al lado de ella escuchó otra pistola: era la compañera. El patrullero, a los primeros tiros desapareció, al igual que el auto de ellos con dos de los compañeros. Paula y la muchacha corrieron alrededor de diez cuadras, al mismo tiempo guardaron pistolas, pelucas y anteojos en sus respectivas carteras y se deshicieron de los abrigos. El color y tipo de vestimenta era uno de los elementos de gran ayuda para la identificación de las personas.

Paula fue directamente a una reunión que tenía preestablecida con la dirección regional, y le solicitó a la muchacha que asistiera a las citas de control con el chofer en estampida. Consultaría con la dirección cómo solucionar lo del auto chocado para devolverlo a su dueño. Cuando llegó a la reunión, la esperaba el responsable regional, Jorge Molina, cuyo seudónimo era Adolfo, quien, asombrado, le dijo: “Creímos estabas presa, por la radio dijeron que habían tenido un enfrentamiento con los bomberos”, lo que provocó la risa de todos. Paula no pudo acompañarlos en sus burlas porque la turbación continuaba asida a su estómago.

Para tener “relación con las masas proletarias” y no convertirse en “militaristas”, debían atender distintos frentes de masas. Además de los equipos estudiantiles, Paula realizaba trabajo político en “villas miserias”. En una visita a una de éstas y reunida con el equipo de la zona, en la casa del responsable del lugar, escucharon voces agitadas al otro lado de la cortina que separaba el humilde dormitorio de la cocina. Distinguió, entre las otras, la de la esposa del compañero de la casa, quien entró con los ojos muy abiertos y mirando a Paula con terror “rodearon la villa, están allanando algunas de las casas, buscan a la “cumpa””.

La mayoría de las veces en que se encontró en peligro, el primer pensamiento lo dirigía a tratar de dilucidar quién podría haberla delatado; nunca pudo superar eso que la hacía perder preciosos segundos. Entró una mujer, evidentemente prostituta, quien había traído la noticia. Sin mucha explicación la tomó del brazo: “Vení conmigo”. Paula miró al compañero como interrogando: “¿ésta quién es?”. Él, asintió con la cabeza, aprobando lo que la mujer decía. La arrastró de la mano, con fuerza, por vericuetos dentro del mismo barrio. Era de noche y no se veía nada, no había luz eléctrica en la mayoría de las humildes casitas. El silencio le produjo desazón. A esa hora, a pesar del invierno, lo normal era escuchar tronar una radio o a un niño llorar. La población parecía haber detenido hasta su respiración, el espanto bailoteaba en los techos de zinc. Sólo rasgaban la noche los gritos sordos, casi silenciosos, de los policías que trataban de movilizarse subrepticamente. De un empujón, la mujer la introdujo a una casita aún más miserable que las demás. Sentada sobre una cama, a la luz de una vela,

estaba otra muchacha; ninguna tendría más de 25 años. La que había entrado con ella le ordenó desvestirse. Paula no reaccionaba, ella le gritó: “Apurate, che”, rasgándole la ropa por los tirones nerviosos que le propinaba. También estaba alterada.

Le alcanzó una diminuta minifalda y zapatos de inmensos tacones que le costó ponérselos, por sus grandes pies. El susto, varita mágica para soluciones extremas, le permitió encajárselos. Le anudaron exóticamente un pañuelo en la cabeza, le pintaron los labios de un rojo rabioso y salieron. Parecía caminar encima de sapos; no podía con los malditos tacones. Cada una la llevaba por un brazo. Recorrieron unos cien metros. Al llegar a una callecita con un único foco de alumbrado público, Paula sintió un vuelco en el pecho al ver a tres patrulleros estacionados que impedían el paso. Cuatro policías, con sus pistolas en mano, escudriñaban hacia la villa, los demás estarían adentro de alguna casa. Se escuchaban gritos de hombres y llantos de mujeres y niños. Al verlos, una de las mujeres, riéndose a carcajadas le dijo por lo bajo a la militante: “Mové un poco el culo, che”. Continuaron las dos hablando alto. Uno de los canas preguntó: “¿Ustedes adónde van?”. Ellas, respondieron casi a coro: “A trabajar cariño, ¿dónde más?” La más baja estiró su brazo para acariciar el mentón a un gordo feo. Él respondió manoseándola y ella replicó: “Gordito, quietas las manos, esto se paga”. Los otros miraban desde sus puestos con cara de machos que se las saben todas. La mujer levantó la mano, lanzando un cantarino “chao” que traspasó la barrera de vehículos. A Paula le temblaban las piernas, no sólo por los tacones.

La acompañaron hasta una parada de colectivo, le dieron plata para el pasaje y con una sonrisa le recomendaron: “La próxima vez, tené más cuidado” y se alejaron conversando tranquilamente entre ellas.

Mañana las cosas serán diferentes, niña

En el auto conducido por su hermano menor y acompañada de sus hijos, viajaba por fin a Aguilares. Lo consideraba su pueblo natal, a pesar de no haber nacido en él. Su hermano, sirviendo de mentor, nombraba las entradas a las diferentes pequeñas ciudades por las que iban pasando, comunicadas por una moderna pista que contribuyó a borrarle la memoria. Recordaba la estrecha cinta de asfalto que pasaba por el borde de los pueblos. Por suerte, ésta apareció a los pocos minutos y se borró el encanto del fingido progreso.

Al pasar frente a Concepción, localizó la entrada a Alpachiri.

Luego del incidente con el jefe de policía de Tucumán y antes de viajar a Córdoba, le habían recomendado esconderse. En aquella oportunidad, Paula acudió a su familia para que la ayudara a encontrar escondite por un tiempo. Los contactos con el partido, debido a la caída de la dirección, no eran lo suficientemente fluidos.

A través de conocidos de su madre, consiguió una finca arriba de ese pequeño pueblo, en un lugar llamado La Mesada, cuyos dueños desconocían su situación. La subieron a un vehículo sin mucha explicación. Ella llevaba un pequeño bolso donde cabían sus pertenencias. En poco tiempo recorrieron los kilómetros desde Concepción a Alpachiri.

La estrecha carretera de tierra pasó por Cochuna. Se presentaron en su memoria las decenas de veces que se había bañado en las pozas frescas de ese río de montaña. Por allí, pasaba el Camino del Inca. Subida a los trozos que quedaban de la pirca, fantaseaba y jugaba con sus hermanos llegar hasta el Cuzco corriendo como chasqui sobre su lomo. Era un muro de piedra, sólido, de aproximadamente un metro de espesor. Al final de su niñez, devoró cuanto libro le caía a las manos sobre esa fascinante civilización.

Al aproximarse al pueblo surgieron casas a ambos lados del camino. Pararon frente al almacén, único punto de referencia del remoto paraje. En sus paredes de áspero barro brillaba el único cartel del pueblo con grandes letras naranjas invitando: "Tome Orange Crush". Allí los esperaba un humilde viejito con dos hermosos caballos.

"Este es don Feliciano. Él te llevará hasta arriba". Sin más, sus acompañantes tomaron el camino de regreso. Paula, que salía apenas de la adolescencia, observaba cómo los únicos rostros familiares se alejaban en el vehículo que los había traído, dejando una estela de polvo que no le permitía mirar con claridad. Sintió un vacío en el estómago. Observó a don Feliciano quien, paradito al lado de los animales, le sonreía plácidamente como si la conociera de siempre.

Paula se le acercó y fue entonces que se percató de la presencia de los silenciosos lugareños. Todos la miraban sin realizar un solo gesto. Había entrado a una dimensión extraña, donde ella era la única persona con capacidad de moverse dentro de una fotografía. Estáticos, los campesinos disfrutaban, a su manera, del momento que los sacaba de la diaria rutina. Unos hombres en medio de la calle, el muchachito que sostenía las bridas del caballo, la señora que nunca terminaba de poner el otro pie para entrar al establecimiento. Los conocía de las vacaciones de su infancia transcurridas en fincas. En ellas le permitieron aprender de ellos, del motivo de sus silencios, sus profundas miradas, su contacto con la tierra, de los caprichos de las vacas o los caballos, dónde aparecía la luz mala o El Familiar, cómo hacer pan amasado o el quesillo de cabra, juntar piquillín, espiar al puma, seleccionar el berro, trepar árboles, cruzar arroyos y también de sus tristezas y miserias.

"Don Feliciano ¿Cuánto tiempo tenemos de viaje?". "Mi niña, si salimos horita llegamos antes que oscurezca." "¿Hay comida?" El bajó la mirada hacia sus pies. Paula sabía que eso significaba casi nada, o nada. Zorro como el sólo, olió el temor de la muchacha: "Pero no se preocupe arreglar, nos arreglamos". Paula entró al oscuro almacén con una pequeña ventana que parecía de calabozo. Compró pan y dos Crush calientes. Extendió su brazo y, sin preguntar, le entregó una al único ser que conocía en esas tierras y de quien

depondría su futuro inmediato. Las tomaron, montaron y partieron. Paula observó los ojos de la fotografía moviéndose en concordancia a los desplazamientos de ellos.

El camino fue estrechándose poco a poco. Asustada y enfrascada en sus pensamientos no se dio cuenta del momento en que desaparecieron los rastros del camino y la civilización. El aleteo de un pájaro la regresó al tiempo, permitiéndole apreciar el paisaje. Le regaló una sonrisa al ave en señal de agradecimiento.

Subían lentamente por la ladera de una montaña. Si bien ella podía considerarse conocedora de los campos del sur de Tucumán, nunca había visitado esa zona. La vegetación era mucho más espesa que en la monótona y dulce planicie de la caña de azúcar. El lugar tenía una encantadora virtud, no se percibía la presencia del hombre. Eso ayudó a su naturaleza solitaria, provocándole un cambio de actitud y sentimientos hacia la aventura en la que se había embarcado. El viejo de espalda gacha, quien marchaba delante balanceándose al compás de su caballo, y ella, eran los únicos seres humanos en muchos kilómetros a la redonda. El miedo fue desalojado de su cabeza, asustado de tanta seguridad y corrió a refugiarse en su estómago. Un tobogán de sinrazones lo deslizó a los pies de Paula, cayó a tierra y, allí mismo, en la falda de esa montaña, quedó agazapado e incrédulo.

Continuaban ascendiendo. Paula sintió que el animal que la transportaba hacía esfuerzos para colocar sus patas en los lugares adecuados del estrecho atajo. Tres horas después, divisó un trecho casi vertical de aproximadamente diez metros de tierra oscura, donde grandes piedras asomaban una parte de su brusca caparazón. Don Feliciano, tranquilamente, se dirigía al sitio. Paula alarmada le gritó: “¿Está seguro de que los caballos pueden?”. “Usted déjelo, el solitito sube”, contestó con voz firme. Ella tensó sus muslos al lomo del animal, observando como su acompañante comenzaba a escalar. El pequeño cuerpo del anciano se inclinó hacia el cuello del caballo; éste trepaba con esfuerzos dando brincos e irguiendo la cabeza para guardar el equilibrio. Las crines del animal golpeaban el rostro del jinete y una estela de polvo proveyó de cierto dramatismo al escenario. Paula se quedó mirándolos hasta que llegaron arriba. Desde allí, don Feliciano le hizo seña de que lo siguiera. Bajó su cuerpo

hasta casi tocar con el rostro el costado derecho del animal para que el cogote, en sus bruscos movimientos, no la golpeará; como le había enseñado el campesino sin una sola palabra. Taconeó suavemente sobre el lomo y, con los ojos cerrados, llegó arriba. Su acompañante la esperaba sonriendo.

La vegetación se hizo tan espesa que, por momentos, había que apartar ramas. El sol anunciaba su retirada. Paula suplicaba que a Don Feliciano no se le ocurriera dormir en el camino. A los pocos minutos salieron a un claro. El sol brilló nuevamente en la foresta. La vegetación y la temperatura empezaron a cambiar suavemente. A medida que avanzaban los árboles se retiraban, permitiendo pequeños espacios de pasto verde. Matorrales de frutas silvestres y algunas florcillas salpicaban el lugar. Paula quedó maravillada.

Escuchó al característico ruido de un río de montaña corriendo muy próximo. La grama comenzó a expandirse, dejando surgir una pequeña pradera del color verde tierno y apacible de las zonas templadas, no el verde duro y firme de los territorios calientes. Al fondo de la meseta Paula descubrió una cabaña que habría tenido mejores tiempos; se veía lúgubre. El atardecer, reflejándose en la madera oscura de su silueta, ayudaba a tornar más tétrico el cuadro. Ella creyó que habría alguien esperándolos; sin embargo, la casa parecía sola. Don Feliciano bajó de su caballo y, como buen hombre de campo, no hizo ningún comentario sobre la llegada ni el lugar.

Entraron directamente al área de las habitaciones, no muy amplias, con muebles de madera hechos hacía mucho tiempo sin estilo definido, algunos más rústicos que otros. El olor a moho impregnaba el lugar. El viejo abrió una puerta para indicarle que podía quedarse a dormir en esa habitación. Una pequeña mesa para el velador, un mullido colchón con sábanas y frazadas que la sorprendieron y un desvencijado armario constituían el mobiliario.

“Niña voy a prender el fuego”. Se fue sin decirle dónde estaba la cocina. Paula sacó, del bolso que llevaba un poco de ropa y sus enseres personales y los acomodó donde pudo. Pensó que bañarse seguramente sería una quimera. Salió de la habitación en busca de don

Feliciano, para pedirle una vela y preguntar sobre el baño. Lo encontró en el pasillo: “Aquí tiene su velador. Los baños no funcionan”. Sin decir palabra, Paula regresó al cuarto. Colocó el candelero en la mesita y salió rápidamente siguiendo la luz del viejo.

La cocina era un fogón. Había una mesa de gruesa madera manchada por grasa acumulada en años y tres sillas a su alrededor. Unas cacerolas negras resaltaban sobre un mueble, confundido con la pared de la habitación de madera maltrecha. Paula se sentó al lado del fuego sin decir una palabra; se sentía agobiada. “Mañana las cosas serán diferentes niña”. Ella permitió al fuego jugar con su imaginación, mirando hipnotizada las chispas que por momentos desprendía, y las figuras que las rojas, amarillas y azuladas llamas producían. El viejo, con un cucharón, extrajo leche de una olla que humeaba sobre las brasas y la puso en una jarra de loza blanca marcada por manchas negras producto de los golpes que fueron descascarándola. Se la entregó pronosticando: “La ayudará a dormir más tranquila”. Paula tomó la jarra y se retiró a su cuarto.

La despertó el ruido de los deliciosos amaneceres campesinos: brisa fresca y pura, olor a madera mojada, vieja, quemada, pájaros trinando y revoloteando y los ladridos lejanos de un perro. Miró por la ventana, el paisaje era majestuoso. Una pequeña meseta verde, plena de grandes árboles, establecía el primer marco; en su contorno sobresalían colinas y laderas. Se vistió y corrió hacia la cocina. No había nadie en ella. Estaban la olla con leche humeante en un costado del fogón, y el pan sobrante de la noche anterior. Tomó un poco de ambos y salió. Don Feliciano no aparecía por ningún lado. Dio una vuelta a la casa. Encontró una especie de letrina con piso de madera, al lado, una palangana reposaba sobre una pila de agua. Corrió a buscar toalla y jabón. Llenó la cubeta y la metió al cuartito del mal olor. Tiritando y con los vellos erizados por el agua helada, tomó una media ducha. Resurgió fresca y llena de energía, con el deseo de disfrutar el lugar.

Atrás de la casa había un huerto descuidado y unos cuantos árboles de ciruelas y duraznos. Cortó uno, lo limpió en la manga de su camisa y dio el primer mordisco. Escupió

asqueada: estaba cundido de gusanos; recogió algunos para rescatar las partes buenas y hacer una compota.

Cuando regresaba a la casa, don Feliciano caminaba hacia ella. Apareció desde el fondo de la meseta con algo en la mano. Al aproximarse notó que eran peces. Ambos se sonrieron a modo de saludo. Levantando su carga, él masculló: “Truchas, las sembraron hace años. Dijeron que era un experimento pero nunca regresaron”.

Durante el almuerzo, mientras devoraban las exquisitas truchas asadas, Paula supo que la leche era traída de una hacienda vecina, situada en la otra meseta. “Ahí tienen muchiiiiisimo ganado”. Esquivando la mirada de ella, dijo en voz baja: “Me dijeron que a usted no debe verla nadie”. Paula, si algo los conocía, tenía la certeza de que su presencia en la zona era ampliamente sabida por los campesinos. “Don Feliciano ¿puedo ir con usted a pescar?”. “Debe levantarse más temprano”.

A la madrugada tocó a la puerta de su cuarto. Paula dio un brinco y se vistió apresurada, sabía que partiría sin esperarla. De dos saltos llegó a la puerta de la casa sin poder lavarse los dientes, él ya iba en camino. El hombre no llevaba caña de pescar. Creyó que la tendría en algún escondite del río.

Lo siguió. A medida que avanzaban, el ruido del río se hizo más estruendoso. Caminaron casi media hora y llegaron a un barranco. Como un gato, el viejo comenzó a deslizarse hacia abajo. Apenas amanecía. Paula distinguió, al fondo, la hermosa serpiente de agua que bajaba de la montaña. Inició el descenso absolutamente segura de que no la ayudaría. Era bastante empinado; debía tomarse de las ramas para no caer y arrastrarse sentada, las manos se le lastimaron. Juró no volver.

Al llegar a la orilla, el viejo hacía como que buscaba algo; ella creyó era la caña. Más cerca percibió una burlona mirada de reojo del viejo, quien continuó caminando en silencio por el borde. La había esperado.

Saltando sobre piedras cruzaron a la otra orilla; caminaron un pequeño trecho y pararon la marcha. Él buscó algo en el bolsillo, sacó un ovillo de tansa con un anzuelo y se metió al agua. A Paula le pareció ver un brillante pez saltando de una poza e intentando remontar el arroyo. Así aprendió que las truchas iban río arriba. Estuvieron aproximadamente dos horas; el hombre había pescado cuatro hermosos ejemplares, suficientes para saciar el hambre de ambos.

Esa tarde, luego del almuerzo, tomó uno de los caballos y recorrió la meseta. Paula reafirmó uno de los pocos placeres que disfrutaba intensamente y que, algunos consideraban una enfermedad de la que jamás pudo desprenderse, aunque hizo traumáticos intentos para superarla: la soledad. Por primera vez se sentía libre, absolutamente desprendida de temores, responsabilidades, dudas y ataduras. Desde ese día supo que sólo de esa manera lograría ser ella. Las posibilidades de prolongar o mantener esa situación eran escasas, aunque siempre la buscaría.

Por la noche, con la jarra de leche en la mano, el hombre preguntó: “¿La llamo mañana?” Paula, con una gran sonrisa, contestó: “Claro”. Estaba feliz: el viejo no la consideraba una carga. Al día siguiente, cuando llegaron al río, él sacó dos ovillos y Paula aprendió a pescar truchas.

Pasaron más de treinta días de pesca y paseos a caballo. En la última semana, las noches se habían transformado de jarro de leche, a jarro de leche con conversación al lado del fogón. Le contaba acerca de las leyendas del lugar, las historias de sus habitantes, los temores que les despertaban los extraños, de la importancia de la sal, cómo montar, cómo pescar; nunca una palabra sobre su vida. Ella intentó preguntar por su familia; al notar que se retraía, optó por obviar el tema.

Un día cuando se aprestaba a dar su paseo a caballo, distinguió un muchacho de unos trece años acompañado por un perro, quien llegaba a la casa. Se imaginó que pertenecería a la

finca cercana, sería quien traía la leche y el perro, el que escuchó la primera mañana. Pasó a su lado echándole una ojeada e inclinando su cabeza sin abrir la boca.

Don Feliciano removía cansinamente el fuego, haciendo saltar chispas. Sin aspavientos le dijo: “Vinieron a avisar que abajo está la policía”. A Paula le saltó el corazón. El continuó: “Preguntaron a la gente si habían visto un grupo guerrillero donde iba una mujer. La gente les dijo que sí, que eran como treinta”. “¿Porque dijeron eso?” preguntó Paula, abriendo desmesuradamente los ojos. “Porque ellos son como quince, así que mi niña, no se preocupe, esos horita no suben. Si hubieran dicho que no había nadie, no les hubieran creído, porque si ya están por aquí, es porque algo saben.”

Paula estuvo dos días sin salir a cabalgar ni a pescar, esperando. Al tercero continuó con su rutina y se olvidó lo que había pasado. Su preocupación fundamental era conseguir sal, se había acabado.

El paraíso de Paula se rompió. Algún finquero fue informado sobre tropas que se instalaban en el lugar. Una muchacha revoltosa de izquierda, en aquellas épocas, no era la mayor preocupación. Las tropas que se asentaban en el área y provocaban conflictos, sí. Su familia y amigos, enterados de lo que estaba sucediendo, llegaron a buscarla. Bajarían la montaña por el mismo lugar, pero darían una vuelta para evitar el pueblo. Al despedirse, el viejo miraba el piso. Ella hizo un gesto para abrazarlo pero se contuvo: él no sabría qué hacer, se sentiría incómodo. Su amigo nunca supo la importancia que él, y ese tiempo, tuvieron en la vida de Paula.

Donde lo había dejado, allí, casi al terminar la ladera, sintió un escozor en los pies que le subió al vientre y se instaló nuevamente en su cabeza y estómago. Don Feliciano no iba en el caballo de adelante.

Llegamos

Su hermano anunció: “Llegamos”. El auto entró a la ciudad de Aguilares. Los gobiernos habían volcado verdaderos esfuerzos en cambiar y embellecer las entradas a pueblos y ciudades. Algo así como carita limpia culito sucio.

Yolanda no reconocía nada hasta que llegaron a la plaza. Allí el tiempo se había detenido. Todo estaba igual: el cine, el banco, la iglesia, las casas. Una confitería al lado del Centro Sirio era lo único que no recordaba. En toda la calle hasta llegar a la siguiente esquina, la del alicaído Club Social, lugar de diaria reunión de su padre, había mesas, gente caminando y sentada. Altoparlantes con música estridente le recordaron el trópico, era la misma que se escuchaba en Centro América, incluso bastante pasada de moda. Fenómeno de la globalización o la aculturación. En verano, los amores juveniles y no tanto, se alborotaban, era deber de buenos samaritanos proporcionarles el escenario adecuado para que se exhibieran cerca de la supervisión del pueblo. Ella suspiró. La alegraba comprobar que el tiempo se había detenido en ese recóndito lugar de la Argentina.

Abriéndose paso entre el gentío y las sillas, entraron al porche. Subiendo las escaleras Enrique, el tercero de los hermanos, se abalanzó a recibirla; Alberto, el mayor, más acartonado, se tomó su tiempo para el abrazo. Su padre y Gini, su esposa, sus nueve sobrinos, a quienes no conocía y sus cuñadas, esperaban turno para el saludo. Allí estaban todos. Las lágrimas dieron paso a los relatos y luego a las anécdotas. Yolanda, después de más de veinticinco años pasó una noche con toda su familia.

Entró en escena la Tataya. Yolanda, atónita, comprobó era la misma de hacia veinticinco años. Fuerte como un roble, mujer de raza, mujer indígena. A principios de siglo, cuando tenía casi diez años, su madre la había dejado al cuidado de la abuela Alejandra. La doña le dio como tarea acompañar y estar pendiente de Alberto, padre de Yolanda. Al abrazarla, lloró como una niña. Más que empleada, era otro miembro de la familia. Su padre no podía comer platillos que

fueran elaborados por otra persona, lo que Gini, de origen italiano y más cosmopolita, no lograba comprender después de más de cuarenta años de casados. Yolanda le preguntó porque no se quedaba a descansar en su casa. Ella le contestó: “Antes de morir, doña Alejandra, me hizo jurarle que nunca me separaría del doctor”.

La presencia de esa mujer la introdujo abruptamente a su infancia, especialmente a su abuela paterna. Dentro de la familia tres mujeres se destacaron por su carácter, doña Alejandra: su abuela, la Mandona: su tía y ella. Tres generaciones de mujeres tan diferentes convergiendo al olor de la tierra

Doña Alejandra desde su mecedora, miraba fijamente las coloraciones volátiles que producía la leña encendida en el fogón. Le gustaba quedarse allí largos e inquietos momentos, sumergiendo el pensamiento en el recuerdo de lo que ese lugar había significado para ella. Petrona trajinaba en los alrededores, llevando y trayendo utensilios de cocina. Para que no fueran a creer que estaba dormida, la mujer gritaba a alguna de las muchachas que le alcanzara algo para hacer quién sabe que. Para ella, lo cotidiano, había dejado de ser importante desde hacía mucho tiempo. La curiosa ansiedad del estómago que la hacía levantar las ollas humeantes, se fue diluyendo en la importancia que comenzó a cobrar el pasado. Lo esencial radicaba en su historia de mujer de tierra adentro y esposa legítima de él. “Petrona alcánzame agua, mandá alguna chinita que la saque fresca del aljibe”.

Petrona salió de la cocina separada de la casona principal por una galería descubierta. Se introdujo en el salón del frente, desde el cual podía verse el bosque que la noche transformaba en un temible cajón de cuentos de terror para atemorizar a los nietos rebeldes; convirtiéndolo, en generador de obediencia. La mujer se aproximó furtivamente a la tinaja que almacenaba agua fresca, traída del aljibe en la mañana. Llenó el jarro enlozado de color blanco que llevaba en la mano y regresó a la mecedora donde se encontraba la anciana. Se lo alcanzó, ella bebió un trago y gritó: "Petrona no es del aljibe, la sacaste de la tinaja, nunca me haces caso". La empleada quería transformarse en sustancia dentro de la anciana para aprender a reconocer la diferencia

entre una y otra; para ella eran exactamente iguales. "Son unas vagas, todo por no ir hasta el aljibe. Esta tiene el mismo olor de Alfredo".

Petrona continuó con su quehacer, rodeada de las muchachas que trabajan a su mando, pensando como el agua podría tener el olor de un muerto. La anciana abrió la boca de nuevo para preguntar: "¿Ya llegó Simeón?", "no doña". Simeón, el hermano que había estado siempre a su lado, el hombre fuerte, rudo, el que manejaba a la peonada, el que se encargaba de la cosecha, el del trato con el ingenio, el que siempre estaba a su sombra donde ella lo necesitara. Administrador de lo que una vez había sido de ellos y ahora, por curiosos caprichos mezclados entre la historia y las coincidencias, era de ella.

"Me voy a la cama, llevame el caldo". Se incorporó con esfuerzo, no tanto por la edad como por el peso. En su antiguo rostro de mujer dominante de penetrante mirada indígena y acostumbrada al mando, las arrugas que lo surcaban definían nítidamente el contorno de cada uno de sus rasgos. El tiempo no era el único responsable. El aire, el sol y su tierra, tenían una importante cuota de responsabilidad en esa obra; era una piel virgen en cremas y maquillajes.

Nunca entendió como podían gustarle tanto, a los hombres, esas señoronas de la ciudad cinceladas en yeso, tan temerosas de todo. Cuando en la finca se realizaba alguna fiesta y llegaban de la ciudad muy remilgadas, sin quitarse el pañuelo de la nariz por el polvo, hasta el aleteo de un gorrión desprevenido, posado sobre una rama, podía inquietarlas. Siempre les tuvo un poco de envidia, la acomplejaban porque eran las receptoras de los galanteos masculinos. En cambio a ella solo se acercaban con respeto, para ellos era la "doña", un ser asexuado. Debía morderse la rabia al ver a Alfredo revolotear alrededor de alguna descaradamente. Hubiera querido que su marido se diera cuenta que, también ella continuaba siendo mujer, a pesar de haberse responsabilizado de la finca y la familia. En ocasiones se sentía sin fuerza, necesitaba su apoyo y él siempre se encontraba fuera de la rutina hogareña.

El trabajo en la finca era su vida, el olor de la tierra le proporcionaba vitalidad, un sentido de poder y emancipación comparable a nada. Cuando algún peón llegaba aterrorizado, avisando

que un puma merodeaba por el lado del corral grande o por el monte de la ladera, ella saltaba a su caballo con el rifle en una mano partiendo al galope, apurando el paso para que los demás la siguieran.

El cabello se le enmarañaba con el aire al cruce violento de su montura, experimentando el inverosímil goce de ser animal-mujer. Una sola ella y la bestia, míticamente unidas por la simbiosis de la imaginación y la libertad. Esto le provocaba un angustioso placer en el estómago y la garganta, donde se mezclaban el miedo y el valor. Tenía la convicción que, la mayoría de las ciudadinas, morirían sin haber siquiera presentado esos placeres.

Se dirigió al interior de la casa diciendo: "Que revisen los corrales, suelten los perros, apaguen bien los fogones, que las chinitas no se vayan a dormir hasta que quede todo limpio, vean la tranquera, cierren las puertas, mañana voy al ordeño...". Petrona pensaba: "Todas las noches lo mismito, ya sabemos de purita memoria lo que va a decir".

Cruzó la galería, pasó por el salón de las tinajas donde reposaban algunos muebles sencillos de madera gastada, testigos mudos de tantos acontecimientos familiares. Los ventanales, hacia los que dirigió una mirada, parecieron iluminarse con la luz del día y pudo ver a sus pequeños nietos gritar de alegría cruzando al frente de la casa y perdiéndose entre los árboles, al poder, alguno de ellos, dominar por primera vez un caballo. Le sonrió al recuerdo. Llegó al pasillo a cuyos costados se distribuían las habitaciones, miró hacia la suya. A través de la puerta abierta se recortaba, en el centro del dormitorio, la enorme cama de respaldar de bronce cubierta por una hermosa manta de hilo blanco tejida al crochet. Sobre el pesado mármol de la cómoda, holgaba aburrido el jarrón dentro del lavamanos de porcelana. Algunos portarretratos con imágenes queridas completaban la decoración. El solitario toque femenino lo constituía el cepillo de cerda y mango de carey para el cabello. Observó su reflejo sobre la luna del ropero, el que siempre quedaba revuelto luego de la visita de los nietos, quienes afanados, lo registraban esperando encontrar excitantes maravillas en tesoros olvidados. Acompañada por su sombra continuó hasta el final del corredor, alumbrándose con la lámpara de kerosén. Empujó las altas

puertas y entró al salón principal. Desde los retratos, en anchos marcos ovales de madera lustrada y en hilera colgante, la miraban doña Antonia, doña Ernestina, don Evaristo, Alfredo.

Se sentó en uno de los sillones. Destiló un suspiro mientras trataba de escudriñar a su alrededor. Allí estaba la mesa grande que, a veces, resultó pequeña para sentar a todos, el bargueño de patas retorcidas guardaba cosas que no podía recordar. Sobre la pared, a su espalda, estaba ella. No podía verla pero sentía su no mirada de papel en la nuca. Pobre hija, la enterraron tan joven, en medio del escándalo que asombró a los hipócritas y dolió a los pocos amigos; a Yolanda le pusieron su nombre y también, a ella, la familia de algún modo la había perdido muy joven. Ese nombre moriría con su nieta, no traía buenos recuerdos.

Alejandra se irguió poniendo punto final a su visita habitual al salón, antes de acostarse. Cotidiano ritual para acompañar a los muertos y sonreír a los vivos. Las paredes tenían manchas de moho en algunas esquinas, la luz de la lámpara esculpía figuras nocturnas e insensatas que trataban de cobrar vida. Ya no la asustaban. Antes de cerrar la puerta permaneció un instante bajo su marco, olfateando el pasado.

Al entrar a su cuarto gritó: "Manuela , la bacinilla". Otra que se hizo mujer en la finca. La dejó la familia para que acompañara a la doña y esta, a cambio, la haría estudiar. Pero: "Pobre la doña, ella tan buena, hizo todo lo posible, pero la Manuela no tenía cabeza para los libros."

La muchacha de casi dieciséis salió, a los tropezones desde una de las habitaciones, debido a la oscuridad. Era la única que dormía adentro para acompañarla. Los demás lo hacían en las casitas donde habitaban los peones y sus familias, ubicadas al cruzar la calle en la parte posterior del casco. "Está donde siempre doña Alejandra". Sabía que el grito era para corroborar si había algún ser vivo, además de ella y los fantasmas, quienes ya comenzaban a pasearse confundiendo sus susurros con los habituales ruidos. No admitiría jamás su zozobra. La noche se impuso. Los sonidos, emanados de ratones y murciélagos, comenzaron a poblar los corredores y estancias de la vieja casona.

El tronco de la familia de Yolanda lo constituyó esa mujer. Capacitada para sentir con fuerza, amar con fuerza, odiar con fuerza, sin melindres ni dobleces. Su enemigo era su enemigo, su amigo era su amigo. Odiada y amada, ese roble femenino comenzó a doblarse luego de la muerte del marido y dos de sus hijos. El devastador huracán que cayó sobre la familia cuando la Mandona comenzó a pelear contra sus otros hermanos, por lo que ella consideraba su herencia, provocó en el seno de la familia heridas que nunca sanaron.

La culpa y el miedo

Esa noche todos los hermanos dormirían en Concepción. La casa de su padre no podía albergar semejante prole, venida desde otras provincias y lejano país. Se despidieron hasta la mañana siguiente y en el coche Alberto, dieron una vuelta por el pueblo.

Pasaron frente al Colegio Nacional de Aguilares donde cursaron la secundaria todos los hermanos; Alberto y ella en la misma aula, era la menor de sus condiscípulos por estar más de un año adelantada. Al observar los grandes portones, guardianes del claustro, aparecieron ante sus ojos los encendidos discursos políticos de adolescentes sensibles e inexpertos. Su hermano había fundado, junto a otros alumnos, el Club Colegial. Estaba en contacto con el partido, del que se alejó, apenas entró a la Universidad. Ella era de las terribles del colegio, la rebelde sin causa. Casi por inercia, sin entender mucho lo que pretendían su hermano y compañeros, se les unió fervorosamente.

Ellos la convencieron para que se presentara como candidata a reina del colegio. El objetivo era llegar a las finales provinciales donde, las participantes darían un saludo por radio. Allí, Yolanda debía decir unas palabras acerca de la crisis azucarera y el desempleo. Ellos mismos le consiguieron un vestido de color rosa vaporoso, zapatos de pequeños tacones forrados de raso y guantes. Yolanda estaba acostumbrada a las zapatillas y vaqueros de niña-adolescente, jamás había usado tacos altos. La situación la incomodaba, se sentía disfrazada y deseaba que la tierra la tragara.

Arriba del escenario escuchó su nombre, había ganado, no se lo esperaba. Al ver el micrófono, en frente de ella, entró en pánico, atinó a balbucear, entrecortadamente, las mismas trivialidades que las demás. Su hermano y amigos, recostados sobre la pared del fondo del local donde se realizaba el evento, la contemplaron absolutamente desilusionados.

Llegaron a la Perla del Sur tucumano. La entrada...remodelada. En contraste, la calle principal donde los comercios permanecían, le pareció la misma, posiblemente el nombre de los negocios habían cambiado, lo que para ella era imposible percibir. Se instalaron en un hotel cercano a la plaza. Enfrente estaba la ex cárcel de mujeres donde estuvo detenida Clarisa cuando la caída de la dirección, lugar del que pudo fugarse con gran escándalo, expandido hasta la estratosfera por el brusco rompimiento de la inercia pueblerina. El edificio estaba abandonado y en ruinas. Los arbustos crecían en su interior, asomando impudicamente sus ramas a través de los ventanales destruidos. Yolanda no sabía si realmente significaba algo, pero de momento, que la cárcel ya no existiera, le iluminó la expresión. Hacía un calor de muerte, parecía Nicaragua en Semana Santa, y eso, era mucho decir.

Decidió buscar a Mabí, su mejor amiga de la adolescencia. Pensó que en la casa de sus padres podrían darle noticias de ella, recordaba perfectamente donde quedaba. La posibilidad de llegar de sorpresa le provocó cierto resquemor. Resolvió buscar el número telefónico en la guía y llamó. Contestó su amiga, quién confundida y muda, no reaccionaba; cuando logró hacerlo, acordaron encontrarse.

Mabí era una muchacha rubia de resplandeciente sonrisa, ojos avellana claros y gestos dulces, hija de un próspero comerciante de la ciudad. Con ella vivió las confidencias de los primeros besos, los primeros desencuentros, las primeras escapadas, las primeras mentiras a la familia. Los primeros novios, intercambiados en ocasiones, por la estrechez física y mental del círculo social en que se movían. Ella, se oponía con fuerza a las inclinaciones políticas de Yolanda.

Salió del hotel y caminó hasta la casa de su amiga. Pasó frente al colegio donde cursó su último año de primaria, cuando pudo abandonar, por fin, el colegio de monjas e irse a vivir con la anticlerical de su madre. En la siguiente calle estaba la casa de Mabí. Ella, parada en la puerta, observaba agitada hacia todas partes, al verla, corrió hacia Yolanda y se abrazaron llorando. Seguidamente guardaron distancia, tratando de reconocer, en esas mujeres maduras, a

las adolescentes de antaño. Entraron a la casa, Mabí se veía ansiosa y su voz había enronquecido. La muerte del padre la había golpeado duramente.

En una confitería tomaron algo, Yolanda prestó atención a su alrededor, continuaba siendo lo mismo, diferentes caras, misma actitud. Los presentes miraban furtivamente tratando de dilucidar quien era la extraña. Vida de pueblo, con sus lados buenos y aspectos insoportables. La risa cantarina de Mabí, desprendiéndose en gajos metálicos de dulzura infinita ya no estaba. Su frescura y ganas de vivir se habían apagado. Algo o alguien se las había triturado. La tristeza revoloteaba en sus ojos y Yolanda no tenía tiempo para ahondar en preguntas, así de estrecha se le presentó la vida y así de estrecho fue el encuentro.

Tratando de bucear en su adolescencia, pidió a su hermano visitar un amigo de ambos. Los tres, frente a una taza de café, intentaban acercar el pasado. Yolanda se dio cuenta que el amigo no disfrutaba la reunión. De pronto, él comenzó a hablar de Monina. Por él supo las circunstancias en que los militares se la llevaron. Amiga de la infancia, tabla de salvación en el colegio de monjas y militante del partido. La sacaron con lujo de violencia de su casa, la montaron a un helicóptero y nunca más la vieron. Había sido novia de él en aquellos momentos. El repetía, sin mirarla a la cara: “No pude hacer nada, no pude hacer nada”. Se consideraba culpable frente a Yolanda, gesto que ella no lograba entender y actitud que empañó el reencuentro.

Ambas experiencias determinaron que Yolanda finalizara la búsqueda de su adolescencia. No quiso seguir explorando ni reconstruyendo su pasado. Los anhelos de encontrar un hilo hacia ese período de su vida, estaban definitivamente cortados. Llegó buscando vida y encontró el aliento de la muerte. El miedo había dejado huellas, al parecer insuperables, aún en aquellos que no se vieron involucrados directamente en el terror.

El abuelo Alfredo

Su padre y ella conversaban sentados en un aparte. Yolanda lo atosigaba a preguntas sobre la familia. Sus hermanos, enfrentados cotidianamente a esa realidad, no sentían la sed de Yolanda por conocer cada nudo de su raíz. Les asombraba su curiosidad. Su padre se extasiaba en los detalles de cada anécdota que, su hija, sorbía ensimismada disfrutando cada centímetro que retrocedía hacia el pasado.

El polvo del camino no le permitía respirar con tranquilidad, el carruaje parecía desarmarse en cualquier momento a consecuencia del mal estado del camino. Hacia ambos lados se veían grandes extensiones de sal, salpicadas muy de tanto en tanto, por algún pequeño arbusto que, tímidamente parecía pedir permiso para crecer. Además de él, de cinco años, viajaban a su lado la niñera, robusta campesina de piel lustrosa y tez oscura y, sentados enfrente, su padre y la hermana mayor de las mujeres. Venían de Córdoba.

La apariencia de la muchacha denotaba fragilidad. Se sentía mal, aunque hacía todo lo posible por no manifestarlo. La palidez de su rostro y el rictus de su boca, tratando de disimular el gesto de dolor, la delataban. Delgada, vestía un traje de franela gris, botitas negras abotonadas a los costados, hasta donde llegaba el borde de la larga falda, una blusa blanca bordada y de cuello alto, completaba su atuendo. Su nariz estuvo cubierta, durante todo el viaje, por un pañuelo de batista bordeado de fina vainilla sostenido en su mano derecha. Su padre la palmeaba afectuosamente, de tanto en tanto, para infundirle valor.

El, un hombre robusto con botas de caña alta de montar, de amigables ojos marrones, miraba por la ventana hacia el desierto, tironando nerviosamente la curva de sus bigotes, mientras rezongaba en susurros: " Estamos llegando al siglo XX y estos caminos aún parecen huellas".

El carruaje disminuyó su velocidad hasta que paró totalmente. A través del polvo y, estirando su cuello para alcanzar la ventanilla, Alfredo visualizó una humilde casa de techo de maloja y paredes de barro. En la puerta, se veían varios caballos y otro carricoche. El cochero anunció la llegada a un parador, abriendo la puerta y ayudándolos a bajar.

En el interior, varias personas bebían en pequeñas vasijas de barro. Se sentaron en las rústicas sillas de madera colocadas sobre la pared. Una mujer gorda, de larga trenza negra y rasgos indígenas, se acercó con una refrescante bebida. Los parroquianos de mirada penetrante, manos callosas, labios partidos por el frío y la sequedad del ambiente, los observaron inquisidoramente.

Uno de ellos, vestido de traje, se acercó a saludarlos: "Don Evaristo, que placer" Tocando su sombrero sonrió a los demás. El, contestó con un apretón de manos diciendo: "Vengo de Córdoba, Elisa sufre grandes dolores de estómago, nadie logra hacer nada y el viaje le está resultando un tormento; deberemos quedarnos un tiempo en Santiago, antes de seguir a Tucumán"

El conocido preguntó: "¿Cómo se encuentra doña Antonia?". El padre respondió: "Bien, gracias". El otro continuó con una sonrisa en los labios: "¿Sigue jugando a las tabas?" Evaristo respondió con un gesto grandilocuente: "Por supuesto, ya la conoce" Doña Antonia, empedernida jugadora. Por las tardes calzaba sus pantalones, montaba su caballo y partía a reunirse con los hombres del pueblo a jugar. Cuando ella tiraba el hueso y este caía culo, a pesar de haber perdido, levantaba las monedas. Ante las quejas de los demás jugadores ella refutaba: "¿Acaso las mujeres no ganamos con el culo?". Antonia Marañón, de carácter fuerte y seguridad facilitada por su pertenencia a una de las grandes familias de la región, desechaba los convencionalismos de la época.

El hombre se despidió con una inclinación, deseándoles un feliz viaje. Terminaron sus bebidas y Alfredo escuchó un carruaje que partía. Asomándose a la pequeña ventana lo observó alejarse por donde ellos habían llegado. Regresaron al coche: " Faltan tres horas para llegar a

Santiago del Estero”, dijo solícito el conductor. Comenzaron a moverse y la rutina del paisaje continuó repitiéndose perseverantemente.

Pasadas las horas, surgieron pequeñas construcciones dispersas, los árboles eran más altos y verdes. A medida que avanzaban, las casas se juntaban, apareciendo pequeños callejones laterales. Las paredes de adobe empezaron a mezclarse con los edificios de ladrillo. Un pequeño salto del carruaje y las ruedas transmitieron un ruido diferente, más duro e irregular, indicando que entraba a la única calle empedrada. Esta se ensanchó, surgiendo la típica plaza pueblerina a la que rodearon completamente. Sus bancos estaban colocados de manera circular, los jardines se veían un tanto descuidados y la pérgola blanca, de orgullosas columnas, sostenía la honra de la ciudad norteña.

El carruaje se detuvo. Elisa exhaló un profundo suspiro y su inteligente mirada cobró vida. Al frente se encontraba la iglesia, en su escalinata, dos niños vestidos humildemente jugaban a la rayuela. Una señora, sentada cerca de ellos, observaba con aires de resignación a los recién llegados. Un remolino de faldas y gritos de alegría recibió a los viajeros, dos jóvenes muchachas se disputaban el primer beso de su prima. Evaristo sonreía, dando órdenes a dos peones para que bajaran el equipaje y lo subieran a los sulkis. Los esperaban largos días, de largas siestas, de largas noches y de largas charlas de corta imaginación. Alfredo, arrobado en brazo de una de sus primas, observaba cada movimiento de los mayores. Montaron entre chácharas y risas perdiéndose por una de las calles adyacentes a la iglesia, rumbo a la finca.

Eran los tiempos del abuelo Alfredo. La cantidad de leyendas ciertas o inciertas que sobre él conoció, sumada a su permanente tendencia a la imaginación, hiló en su subconsciente una conexión insospechada con la existencia de ese hombre. Sentía que un lazo profundo e incomprensible la unía a él, a pesar, de haber muerto siendo Yolanda muy pequeña. Su padre alimentaba ese sentimiento asegurando que ella era la última de su raza.

Alfredo era guapo, alegre, vital, irreverente, incomprensible y sin moldes. Desesperante y dulce. Su familia se instaló al sur de la provincia de Tucumán, con influencias políticas y

económicas en la provincia de Catamarca. A mediados del siglo XIX la familia era dueña de grandes extensiones de tierras, entre ellas, las que habían pertenecido a la comunidad indígena de la Alejandra. Llegaron desde Santiago, no obstante su posición económica, basada en los beneficios provenientes de las plantaciones de caña de azúcar, esa rama de la familia siempre conservó su forma de vida campechana de costumbres sencillas. En un ambiente de caballos, polvo, ingenios, caña de azúcar, zafra y carros cañeros, se crió Alfredo, en lo que hoy es una pequeña ciudad del sur tucumano, Alberdi.

De joven le hechizaba pavonearse por el pueblo a caballo, con un grupo de medio amigos, medio trabajadores de las fincas de su familia, medio guardaespaldas y allegados a él; andaba siempre en busca de fiesta. Se consideraba, en alguna medida, el "dueño" de la villa. Su madre y hermanas mantenían la iglesia, prácticamente la habían construido con sus donaciones, al igual que la plaza y el dispensario. El pueblo, inclusive, había crecido sobre tierras de la familia.

El abuelo Alfredo, debido a estas circunstancias y juventud, creía tener autoridad y potestad sobre las gentes. Con aires de suficiencia paseaba su humanidad por la pequeña población. Una tarde, al entrar a la plaza por una de las esquinas de calles empolvadas, junto a sus acompañantes, prestó atención al cura del pueblo, quien, sentado en la puerta de la casa parroquial, al lado de la iglesia, conversaba con una sobrina.

Alfredo, sin perder la oportunidad, se dio vuelta hacia el jinete más próximo de los que lo acompañaban para decirle: "Mirá al curita, que mal ejemplo está dando al pueblo, conversando con una mujer en la misma puerta de la iglesia". Lentamente, con sonrisas socarronas, fueron acercándose a la pareja. Se pararon enfrente de donde descansaban. El párroco, hombre joven, quién plácidamente intentaba tomar un poco de aire fresco, gozando de la tranquilidad pueblerina en un caluroso día de enero, saludó respetuosamente al muchacho: "Buenas tardes don Alfredo, que día, ¿Cómo está usted?", "No muy bien, preocupado por el ejemplo que usted está dando". El asombrado párroco intentó esbozar una explicación que nunca le fue permitida. Alfredo ya había dispuesto cual era la situación.

Los cinco jinetes desmontan y subieron a la vereda entablando una discusión con el cura, quien envió inmediatamente adentro a la muchacha. Llegaron a acalorarse los ánimos, a tal grado, que el abuelo de Yolanda desenfundó su revolver, disparándole al pobre servidor de Dios, quien corrió despavorido a refugiarse dentro de la iglesia para no ser alcanzado. Entre risotadas y frases subidas de tono, los agresores montaron sus caballos dirigiéndose a la cantina en busca de alcohol. Ingresó con la misma arrogancia con la que se había paseado desprendiendo suspiros de los pechos hinchados de las meretrices.

Un caluroso día de enero, en la casa de la finca, se presentó el párroco solicitando hablar con doña Antonia. La dama gratamente sorprendida lo hizo pasar, invitándolo a sentarse en uno de los sillones de mimbre de la amplia galería, al frente de la casa, que miraba hacia el jardín. Allí, grandes árboles proporcionaban refrescante sombra. Los canteros de rosas mostraban acalorados rastros de su colorido marchito por el bochorno estival. Ella, con un gesto de su mano, indicó a una muchacha, de tez oscura, les sirviera un refresco.

El hombre, jugando con su sombrero en la mano y observando el piso, sin atreverse a mirarla de frente y atragantándose con la limonada, le dijo: "Doña Antonia, lamento comunicarle que debido a un incidente y, teniendo en cuenta el comportamiento habitual de su hijo Alfredo, me veo precisado a dirigirme a la capital a solicitar al señor Obispo que su hijo sea excomulgado". La mujer no habría reaccionado peor si le hubiesen tirado un balde de agua helada. Con la respiración entrecortada, intentando esbozar una sonrisa que no terminaba de dibujarse en su rostro, preguntó con voz autoritaria, haciendo esfuerzos por conservar sus modales: "¿Qué está usted diciendo?". El pobre hombre con un hilo de voz, temeroso de la ira que provocaría, pero con valentía, procedió a relatar lo que había sucedido, finalizando: " Por suerte no tuvimos que lamentar ninguna desgracia".

El sacerdote cumplió su palabra. Antes del mes, la familia fue notificada por parte del obispo. La madre y hermanas partieron hacia la capital, en un intento de interceder en favor del vástago, quien permanecía en el pueblo emborrachándose.

Don Evaristo no participaría: "Es cosa de mujeres, que vean ellas si pueden resolverlo". El Obispo, en consideración a la familia: " Haré una excepción, si el irreverente pide, en ceremonia pública, disculpas a la iglesia y al clérigo". La comitiva femenina, luego del largo viaje, regresó a la finca. Las hermanas corrieron a desempolvarse y a tomar un baño recuperador. Doña Antonia, enérgica, se dirigió al cuarto de Alfredo: " En una semana te venís a San Miguel con nosotras, debes pedir disculpas al obispo y al cura, no habrá un excomulgado en mi familia". El joven no tuvo tiempo de reaccionar, un fuerte portazo lo dejó con la palabra en la boca. Si a su madre se le había metido eso en la cabeza no existía quién la hiciera cambiar de opinión. Habría que hacerle caso hasta donde su "hombría y honor" se lo permitieran.

Pasaron siete días y nuevamente partió la comitiva. Dos sulkis llevaban el equipaje y el personal de servicio que los acompañaría. En una pequeña calesa, iban dos de las hermanas y la madre. Alfredo y los hombres irían a caballo. Salieron a las tres de la mañana para llegar en las primeras horas de la tarde a la ciudad. Don Evaristo, desde la galería, los saludó con una sonrisa de incredulidad. Su hijo, en un gesto de saludo a su progenitor, levantó el sombrero y ladeó ligeramente la cabeza hacia la derecha; sabía que hiciera lo que hiciera, contaría con su aprobación. Antonia frunció el ceño al notar los códigos de complicidad masculina entre padre e hijo. Una molestia en el pecho y un rictus de preocupación la acompañaron todo el trayecto.

El empolvado cortejo llegó a San Miguel de Tucumán y recorrió las calles empedradas llamando la atención de los pocos transeúntes que en ella circulaban. Caía la tarde. Se dirigieron directamente a la casa de la hermana de doña Antonia, Marcelina los recibió con cara de velorio, iría tempranito a misa para rogar que todo saliera bien.

A los dos días, toda la familia acompañados por la tía, los primos y algunos amigos íntimos, se dirigieron a la casa del Obispo. En la sala central se realizaría la ceremonia.

Al ingresar la familia al lugar, se escuchó un sordo murmullo. Estaban los notables de la ciudad, más de sesenta personas, párrocos y toda la comparsa, cortejando al hombre de púrpura,

entronizado al fondo en el centro del salón. Antonia murmuró: "Maldito cura, me aseguró que sería en la intimidad, pone en evidencia a la familia delante de todo mundo". Alfredo, cabizbajo, escuchó a su madre y sonrió a su posibilidad. La dama, reponiéndose rápidamente, esbozó una amplia sonrisa en su rostro sintiendo un agudo aguijonazo en el estómago que la hizo palidecer. Prosiguió la marcha hacia el obispo, a su lado Alfredo y atrás las hermanas.

La madre e hijas se adelantaron unos pasos para besar el anillo del prelado, retirándose en actitud de recogimiento hacia uno de los costados de la sala. Antonia, miraba a su hijo de reojo. Alfredo quedó solo en medio de la sala, a unos pasos del Obispo, quien le tendió la mano para que besara el anillo. De un rápido vistazo, el ofensor observó al agraviado, quien según él, se escudaba en la sotana de su superior. Aseguró toda su vida ver una sonrisa triunfal en el sacerdote, sin mínimo gesto de humildad como correspondía. Para justificar lo que posteriormente hizo, explicaba que se le nubló la vista y vio todo negro por el enojo que sentía, salvo la mano tendida, a la que, en lugar de besar con una genuflexión, signo de respeto y obediencia, la tomó como a la de un amigo, diciendo: "Buenos días Monseñor". Su madre, alarmada, creyó desmayarse y eso que no era fácil intimidarla, mientras el murmullo crecía en el recinto. Al sentir la mano de Alfredo en la suya, el eclesiástico dio un respingo casi imperceptible. Se arrellanó incomodo hacia atrás, queriendo atravesar con su espalda y posaderas el respaldo de su digno asiento. Debía alejarse solapadamente del demonio sin que se notara, no había que enojar a la familia tan bondadosa con la institución eclesiástica. Se repuso rápidamente y comenzó su alocución, haciendo un llamado a la reflexión sobre el arrepentimiento y la humildad, la que finalizó solicitando al victimario ofrecer públicamente disculpas. En su escala de valores morales Alfredo colocaba primero el honor y luego la devoción. Se imaginó al cura, no mucho mayor que él, regresando a la villa y vanagloriándose de haber logrado doblegar a don Alfredo. Su voz ronca y fuerte rompió el aire tenso: "Lo siento su eminencia, pero no voy a pedir perdón porque nada malo hice". Diciendo esto, inclinó su cabeza en actitud de respeto y abandonó el salón. Doña Antonia, pálida y avergonzada, tomándose el estómago pidió disculpas y se retiró, ante el cuchicheo sofocado de los presentes y la boca abierta del obispo Alfredo fue excomulgado.

Al poco tiempo el abuelo de Yolanda conoció a una muchacha, de rostro aindiado, perteneciente a un pueblo cercano, Río Chico, donde la familia tenía una de sus fincas. La continuación de la historia, varía de acuerdo al hijo de Alfredo que la cuente. La Mandona aseguraba que ese casamiento trajo como consecuencia el alejamiento de su padre de la familia, la que decidió no ayudarlo más.

Por el contrario, el padre de Yolanda, contaba la versión romántica, según la cual, la Alejandra perteneció a una tribu indígena del lugar, descendiente de los comechingones. Habría sido la única de su raza que pudo estudiar. Los indígenas habían perdido sus tierras con engaños acerca de su valor, vendiéndoselas por poco o nada a los ascendientes de Yolanda.

La Alejandra no era el partido que doña Antonia esperaba para su hijo. Insolente, se casó con ella. En un principio, debió “sentar cabeza” y trabajar, más tarde, compró un trozo importante de tierra. La vida de seriedad y responsabilidad no le duró mucho, no estaba hecha para él. Comenzó a frecuentar nuevamente el pueblo y su mujer, debió hacerse cargo de todo, la finca y los hijos; regresando como patrona de una parte de lo que había perdido su tribu. Alfredo, nuevamente, comenzó a esfumarse en las callejuelas del pueblo rodeado de amigos y mujeres.

Años más tarde, se enamoró, según la familia, de una mujer que regentaba un local de mujeres “de dudosa reputación”, quien se convirtió en la amante del pícaro abuelo. Situación que mantuvo por años. En una de sus frecuentes borracheras y visitas a la casa de esa mujer, murió en la cama de ella.

Desbastada, la supuesta meretriz y sus empleadas, organizaron el velorio con la colaboración de amigos del difunto. La familia, conmovida al enterarse de lo sucedido, envió emisarios para que entregaran el cadáver de Alfredo. La señora se negó rotundamente alegando, con fundamentada convicción que ella era su única mujer, por lo tanto, a ella le correspondía enterrarlo.

La hija menor de Alfredo, la Mandona, profiriendo alaridos en el salón de la casona, arreglado y dispuesto para velar los restos mortales de su padre, mandó ensillar un caballo y, buscando un revólver, lo colocó en su cintura. Reunió algunos peones de la finca y salió a galope frenético. Recorrió la distancia que la separaba del pueblo y al alcanzarlo, envió a uno de los trabajadores a buscar un carro. Llegaron a la casa donde se encontraba su padre. La muchacha, sin esperar que el animal se detuviera completamente, saltó al suelo. Al intentar entrar, las mujeres, considerando la cuestión una situación de dignidad, le flanquearon el paso dándole con la puerta en la cara, creyendo que eso podía frenarla. Embravecida, la Mandona, ordenó a los peones tirar la puerta a patadas, lo que gustosos se apresuraron a cumplir. Con amenazas e improperios sacaron el cadáver del Alfredo, quien seguramente disfrutaba el espectáculo, de la casa de la inconsolable amante. Lo llevaron a la finca, donde sus restos fueron velados en bendecida unión familiar.

Al día siguiente, el cortejo partió de la hacienda acompañado por familiares y amigos. Todos vestidos rigurosamente de negro. Mandaron avisar al cura para que preparara la iglesia y oficiara una misa de cuerpo presente. La familia sabría corresponder generosamente si el cura olvidaba agravios pasados y las circunstancias de la muerte de don Alfredo.

Al entrar la comitiva a la villa y llegar a la esquina de la plaza, un grupo de mujeres llorosas y apesadumbradas, con los mismos pañuelos que enjugaban sus lágrimas, los agitaban en gesto de despedida al féretro. La regenta, a punto de desvanecerse, debía ser ayudada por dos de ellas. Eran un jardín erótico y plañidero brotado en la esquina del polvoriento pueblo.

Las puertas de la iglesia estaban herméticamente cerradas. El carro tirado por caballos que conducían al Alfredo se detuvo, lo mismo hicieron los sulkis y algunos coches. Observaron entre atónitos y angustiados las inescrutables puertas de la capilla. La Mandona, de un salto, desmontó de su cabalgadura, furiosa e imparable arremetió contra la puerta de la casa parroquial. Todos esperaban estoicos que la muchacha solucionara la situación.

A los quince minutos la puerta de la iglesia comenzó a abrirse, chirriando como un lamento ante el acto sacrílego que ese santo recinto se aprestaba a presenciar. De un grito, revolver en mano, la tía de Yolanda ordenaba que entraran el ataúd e indicaba a uno de los peones tocar a rebato las campanas. El pobre cura sudoroso gritaba: " Es un demonio, es un demonio, ha sido excomulgado".

La gentil muchachita lo tomó por el cuello diciéndole: "Callate, a mi padre no lo enterramos sin una misa, como corresponde". La iglesia comenzó a llenarse hasta quedar atiborrada de familiares, amigos, trabajadores y un gentío de curiosos quienes no se perderían por nada, tamaño acontecimiento que daría de hablar a generaciones. La misa la ofreció el párroco tembloroso y con lágrimas de rabia en los ojos, mientras la Mandona, sentada en el primer asiento y con el arma en la mano, lo observaba tranquilamente persignándose devotamente. Así, fue cristianamente sepultado el abuelo Alfredo y así, la Mandona puso en evidencia el carácter que la marcaría toda su vida, consiguiendo lo que se propusiera.

Yolanda, a pesar de haber andado por el mundo y vivir en un lejano país, quería que la enterraran en el cementerio de Alberdi, en uno de los mausoleos de su familia paterna. Si era posible, al lado de su abuelo Alfredo, junto a las profundas raíces que le costaba desenterrar.

Abuela: ¿Qué son las nubes?

En el aeropuerto de San Miguel de Tucumán, Yolanda y sus hijos se prepararon para regresar a Buenos Aires, en camino a Centro América. Gran parte de la familia llegó a despedirla, esto le recordó Nicaragua. En ese pequeño país la pérdida de una vida, impregnadas de resignación las almas, no se lloraba alborotadamente. En cambio, la partida de un familiar, era acompañada por casi todo la parentela a la que se sumaban los amigos. El aeropuerto de Managua, al decolar un avión, semejaba un velorio argentino.

Su tía Elena se le acercó con unas fotocopias en la mano: “Tomá hijita mostralas por allá para que sepan quien eres”. Yolanda miró las copias del Quien es Quien, donde se encontraba el árbol genealógico de la familia desde antes de su llegada a Argentina. Agradeció a su tía el tierno gesto, pensando que debía guardar esos papeles que seguramente no mostraría, no solo por lo *demodé*, sino por considerar que la mayor parte de ella venía de la Alejandra, quien ante semejante muestrario de alicaídas alcurnias no debía sentirse muy orgullosa, porque jamás perteneció a ellas.

Siendo muy pequeña, en Donato Alvarez, Yolanda caminó hacia el corral que estaba antes de llegar a un pequeño pantano cubierto por una capa verde de vegetación lodosa. Allí, los hermanos y primos más grandes, cazaban ranas. Una vaca gorda y mansa, rumiaba extasiada una bola de pasto. Yolanda, absolutamente subyugada, observaba con atención el manjar verde que era trasladado de un costado a otro de la boca de la animala. Perpleja y curiosa, sospechó un infinito placer, desconocido para ella, reflejado en los enormes y distantes ojos de la rumiante. En posición de cuatro patas, imitándola, arrancó con la boca pasto que comenzó a masticar, tratando de formar la misma espuma que la vaca, volteando los ojos y haciendo lo posible para que cada pupila se desparramara por todo el verde que había en su derredor.

La abuela la sacó abruptamente del éxtasis. Con un grito preguntó: “¿Qué hacés?”. La pequeña le dirigió la mirada, abriendo su boca y, con la lengua afuera, mostró la succulenta exquisitez. La mujer tocó la cabeza de la niña diciendo: “Hija mía, Dios mío”, mientras echaba una mirada de desconcierto a una de las muchachas que la acompañaba. La Alejandra, impactada por lo que había visto y la fama de rara que Yolanda gozaba en la familia, prefirió tenerla cerca para vigilarla. Con frases cortas y enérgicas hizo que la siguiera, mientras ella realizaba la supervisión del trabajo en la finca. Esta actitud no era lo habitual en ella, la doña no se distinguía por tener aferrados a sus polleras a alguno de los nietos.

Por la tarde, cuando el sol comenzaba a desaparecer, recostada sobre un parante del corral, la abuela inspeccionaba la entrada del ganado. Yolanda, con sus ojos fijos en el cielo, observaba las nubes con inquietud. Sus cambios, lo efímero de las formas que creía percibir, como se unían, se separaban y se iban, incluso desaparecían provocándole angustia. Quería que las figuras descubiertas por ella permanecieran, no se esfumaran, no le presagiaran la fragilidad de la existencia. La niña preguntó a la mujer indígena, rica en la sabiduría que la vida le había ofrecido: “¿Abuela, que son las nubes?” La Alejandra levantó la vista y contestó: “Los jardines del cielo”.

FIN